

 HARLEQUIN™  
A black and white photograph of a man and a woman in a close embrace. The woman is wearing a black lace blindfold over her eyes and has dark lipstick on. The man is on the left, leaning towards her. The background is dark.

# INTENSE

ZONA  
PROHIBIDA

CLARE CONNELLY

INTENSE

ZONA  
PROHIBIDA  
CLARE CONNELLY



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins  
Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2018 Clare Connelly

© 2018 Harlequin Ibérica, una  
división de HarperCollins Ibérica  
S.A.

Zona prohibida, n.º 2 - septiembre  
2018

Título original: Off Limits

Publicada originalmente por  
Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están  
reservados incluidos los de  
reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por

Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-944-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)



*Ya no quiero las  
estrellas. Que las  
apaguen, que empaquen  
la luna y desmantelen el  
sol. Que sequen el  
océano y barran los  
bosques porque ya nada*

*de lo que venga habrá  
de ser bueno.*

W.H. Auden

# Prólogo

—Te va a llamar el primer ministro dentro de diez minutos.

Jack se limitó a asentir, no mostró ninguna reacción. Jack Grant no era un hombre

previsible. Además de multimillonario hecho a sí mismo, inversor, filántropo y dios del sexo, era salvaje y duro y no respetaba la autoridad.

La situación era la siguiente: Jack seguía en la cama, completamente desnudo, sin importarle que hiciese una hora que tenía que estar en su

despacho. Y yo solo podía ver su bonita espalda y su trasero. Y no podía desearlo más.

—¿Para qué?

Mientras lo preguntaba se giró hacia mí y me traspasó con aquellos inteligentes ojos verdes. Tenía acento irlandés. Su voz era como la de Colin Farrel después de toda

una noche de juerga:  
profunda y ronca.

—Para hablar del  
último episodio de  
*Masterchef*.

Puse los ojos en  
blanco. Llevábamos seis  
meses negociando la  
compra de una enorme  
extensión de terreno  
perteneiente a la Corona  
y, dado el interés de los  
medios por el tema, el

primer ministro se había involucrado también.

—¿A ti qué te parece?

Jack se echó a reír.

—Que todo el mundo necesita una buena receta de panecillos caseros.

—¿Y tú la tienes?

—Por supuesto.

Jack sonrió. Su sonrisa era pícaro y encantadora, le debía de ser muy

sencillo llevarse a las mujeres a la cama. Y eso, sin tener en cuenta su cuerpo, el dinero y el poder.

—Nueve minutos —le advertí.

Él sonrió y a mí se me encogió el corazón. «Ignóralo, estúpido corazón».

—¿Has reservado lo de Sídney?



—Sí.

Jack arqueó las cejas al ver que yo le respondía con impaciencia y después se estiró perezosamente en la cama y colocó los brazos debajo de la cabeza.

—¿Y Amber?

Yo no quise suspirar, pero habían llamado del

despacho del primer ministro y sentía cierta responsabilidad. Al parecer, Jack no.

—Ya está todo arreglado.

La hermana de Lucy se había tomado un año sabático de su trabajo como ejecutiva en un banco para llevar las riendas del despegue de la fundación. Estaba

sobradamente cualificada y muy motivada.

—Está de acuerdo con el sueldo. Vivirá a las afueras de Edimburgo, tal y como hablamos.

Él asintió, pero no hizo intención de moverse.

—En serio, Jack. Ocho minutos. Haz el favor de moverte.

—Vaya, ¿te has levantado con el pie izquierdo esta mañana?

Se pasó los dedos por el pecho, haciendo que mi atención se clavase en los perfectos músculos de su abdomen. Se me secó la boca.

—No.

—Estás todavía más enfadada de lo habitual

—bromeó él.

Y yo apreté los labios con impaciencia.

Jack tenía razón. Esa mañana me había llegado «la invitación», la que llegaba todos los años, instándome a asistir a la celebración del aniversario de mis padres.

Era el acto social que menos me gustaba, y el

que me obligaba a recordar quién era yo en realidad. Y que, hiciese lo que hiciese, tanto profesional como personalmente, siempre sería Gemma Picton. Lady Gemma Picton.

Uff.

—Siéntate.

Cuéntamelo.

Jack tocó la cama para

que me sentase a su lado y yo puse los ojos en blanco a pesar de la tentación. Imaginé cómo sería ceder ante aquella... corriente eléctrica que pasaba entre ambos. Podía ceder a aquello que había entre nosotros por una vez, pero no lo haría, no podía hacerlo. Jack estaba fuera de mi

alcance, solo podía ser el protagonista de mis fantasías y de mis pesadillas.

—No, gracias.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Problemas personales —le respondí.

Él se encogió de hombros.

No obstante, había



curiosidad en su mirada. Una curiosidad que yo tuve que ignorar, lo mismo que el deseo.

Todos teníamos límites que sabíamos que no debíamos cruzar.

Jack apartó la sábana, dejando al descubierto el tatuaje que tenía en el trasero y que se enrollaba en la parte alta de sus piernas. Pensé que

debía haberle dolido mucho hacérselo, en especial, en la zona de los muslos, tan cerca del sexo.

En una ocasión le había preguntado por qué se lo había hecho. ¿Su respuesta? Que porque le había parecido buena idea.

No le importaba que lo

viere desnudo. No era la primera vez ni sería la última. Yo me preguntaba en ocasiones si lo hacía para provocarme, a ver si yo reaccionaba. Al fin y al cabo, era lo típico del acoso sexual en el trabajo.

Salvo que Jack no me acosaba y yo no me sentía acosada.

Me sentía divertida, y

un tanto excitada.

Hacía dos años que había empezado a trabajar para él y lo había visto desnudo una media de una vez por semana. Antes Jack no había sido así. Antes de ser así había estado ella.

Lucy. Su esposa. Pero se había puesto enferma y había fallecido, y dos

meses después había llegado yo a trabajar para él, que ya había sido así, moreno, reflexivo, sexy y fascinante.

Lo de acostarse con cualquiera que llevase falda había empezado a hacerlo después de Lucy, lo mismo que lo de beber whisky abundantemente después. Era una manera de castigarse a sí mismo,

pero Jack no se daba cuenta.

Por mucho que me gustase ver su trasero desnudo, yo sabía que no podía tocarlo. Como cuando mi abuela me llevaba de niña a sus tiendas de artesanía favoritas y yo me pasaba horas mirando las intrincadas obras de arte,

sin tocar nada.

Porque si tocaba algo podía romperse y me temía que, si tocaba a Jack, me rompería yo.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él.

—No —respondí yo esbozando una sonrisa—. Siete minutos.

Me di la media vuelta y me marché, sonriendo y excitada.

Gemma me estaba mirando y yo tuve la sensación de que éramos como Tarzán y Jane. Deseé agarrarla por la cintura y apretarla contra mi cuerpo. Y hacerla mía, sin preámbulos, sin juegos.

En mi fantasía no



llevaba ropa interior y dejaba el cerebro al otro lado de la puerta, porque la Gemma de verdad me daría mil razones para no acostarse conmigo, incluso mientras gemía entre mis brazos.

La noche anterior había sido divertida. O, al menos, había empezado siéndolo, pero la mujer a la que había

llevado a casa...  
¿Rebecca?, ¿Rowena?  
había hablado  
demasiado.

Había querido que la  
cortejase.

Y yo solo había  
querido sexo.

Así que le había  
pagado un taxi para que  
se marchase.

Y en esos momentos

estaba excitado y mi asistente, Gemma, odiaba que la llamase así, por eso lo hacía con frecuencia, aunque técnicamente fuese mi asesora. Gemma parecía haberse instalado en mis fantasías sexuales de manera permanente. Yo no estaba seguro de cuándo había ocurrido eso.

Intenté buscar en mi memoria el momento en el que había pasado de observarla a estar obsesionado con ella. De mirarla sin ningún acaloramiento y fijarme en aquellos trajes que se ponía a imaginarme quitándoselos.

En realidad, no pensaba que aquello

hubiese ocurrido en un solo día. No, había sido un cúmulo de momentos: una mirada al subirse a mi helicóptero en España. Una carcajada durante la cena. Oírla canturrear mientras miraba por la ventana dándole vueltas a alguna idea.

Y aquel día en el que nos habíamos quedado

encerrados en la oficina de Londres porque había saltado la alarma antiincendios y yo me había fijado en lo largas y suaves que parecían sus piernas bajo la tenue luz de emergencia.

Sí, aquel debía de haber sido el momento en el que me había dado cuenta de que tenía un

problema.

No quería una relación, pero quería acostarme con ella. Y pensaba que ella también lo deseaba. Me miraba el trasero desnudo con deseo cuando pensaba que yo no la estaba viendo.

Pero, últimamente, no había momento en que no la observase.





# Capítulo 1

Podía haber ido completamente desnuda. Llevaba un vestido rojo muy corto, ajustado y escotado. Con unos tirantes muy finos. Era demasiado corto. No

indecente, pero sí demasiado corto para aquellas piernas tan largas y suaves. Y yo no conseguía apartar la mirada de ella con aquel vestido.

Estaba más sexy que ninguna otra de las mujeres que había allí. Y aquello era mucho decir, teniendo en cuenta que el evento había reunido a

casi toda la élite de Londres. Había modelos, actrices, cantantes, atletas, y muchas mujeres que se habían casado por dinero y dedicaban sus vidas a cumplir con las expectativas de sus maridos.

Y, después, estaba Gemma.

Llevaba la melena

rubia recogida en un moño, estaba seria y su piel clara era como de seda.

Hizo un comentario divertido y el tipo que estaba a su lado se echó a reír. ¿Sería su pareja? Fruncí el ceño. La miré todavía más fijamente. ¿Salía con alguien? ¿No se suponía que esa noche era mi acompañante?

No me gustó verla con otro hombre, un impulso posesivo hizo que se me encogiese el pecho.

Tomé dos copas de champán de una bandeja y atravesé el salón. Varias personas intentaron acercarse a mí, pero yo no tenía tiempo para nadie, para nadie más que Gemma.

—Jack...

Apretó los labios al ver que me acercaba y me miró con frialdad al tiempo que insinuaba una sonrisa. ¿Cómo era posible que me mirase con frialdad e incluso cierto desdén y que, al mismo tiempo, hubiese en su simétrico rostro un esbozo de sonrisa?

Le tendí la copa de champán, que aceptó, y sus dedos rozaron los míos un instante. Inmediatamente, imaginé aquellos dedos tocando otra parte de mi cuerpo.

—¿Te acuerdas de Wolf DuChamp? —me preguntó—. Nos lleva la contabilidad en Nueva York.

Recordaba aquel estúpido nombre, pero no al tipo en sí. Aquel hombre rubio, guapo y fornido, con aspecto de jugador de rugby, no tenía nada de especial.

—Por supuesto —respondí, tendiéndole la mano por educación, aunque toda mi atención estuviese puesta en



Gemma.

—Me alegra verlo de nuevo, señor.

A Gemma le temblaron los labios. Sabía que yo odiaba que me llamasen «señor». Aunque, de repente, me la imaginé delante de mí, arrodillada y tomando con los labios mi erección y llamándome así. Tal vez, en

determinadas  
circunstancias, podría  
hacer una excepción...

«Imposible». Pensé  
que debía añadir aquel  
tatuaje a mi colección.

—Le estaba contando  
a Gem que vamos a  
mejorar el software con  
el que trabajamos.

¿Estaría intentando  
fastidiarme? Primero me

hablaba del software mientras yo pensaba en Gemma y después la llamaba «Gem», como si fuesen amigos.

—Luego te hago un resumen —me dijo ella, sintiendo mi impaciencia, aunque no el verdadero motivo.

—Va a marcar una enorme diferencia en nuestras operaciones —

añadió Wolf.

Gem se apartó ligeramente de mí, dejándome espacio para escapar.

—Hay que analizar bien la viabilidad, asegurarse de que los sistemas están protegidos mientras se hace el traslado de datos. Manejas la parte más

sensible de nuestro trabajo y una filtración de datos sería intolerable.

—También he pensado en eso —añadió Wolf, dirigiéndose a Gemma, como si yo no estuviese allí.

En la otra punta del salón, una rubia platino con un cuerpo espectacular intentaba

llamar mi atención.

A mí me gustaba Gemma, pero no podía tenerla y no iba a quedarme allí parado, lamentándome por ello.

Tenía dos normas con respecto a las mujeres: ni compromisos ni pelirrojas.

El compromiso había sido con Lucy, que era

pelirroja.

Me quedé inmóvil. De repente, vi a Lucy ante mí, con el ceño fruncido, mirándome con desaprobación. Antes de conocerla, ya había estado con mujeres, pero no de aquel modo. Sabía que me estaba pasando, pero no me importaba. Aunque lo cierto era que no quería decepcionar a

Lucy, aunque estuviese muerta.

«¿Qué esperas que haga, Luce? Has dejado un enorme vacío en mi vida», pensé.

«No me eches a mí la culpa», oí que me respondía. «Es tu vida. Eres tú quién decide».

Y tenía razón.

Así que volví a mirar



a Gemma, que tenía la cabeza agachada. Wolf estaba con el móvil y ella asentía y sonreía, tenía una mano apoyada en su brazo. Al verlo, se me hizo un nudo en el estómago.

Y decidí ir hacia la rubia como si fuese la única mujer que había en aquel salón.

—Hola, soy Jack

Grant.

Llevaba los labios pintados de un rojo brillante.

—Ya sé quién eres —  
ronroneó.

—En ese caso, tienes ventaja.

—Por lo que he oído, decirte mi nombre no serviría de nada. Mañana ya no te acordarías,

¿verdad?

Me eché a reír, me gustó su sinceridad.

—No...

Acerqué los labios a su oreja y le acaricié el pelo con mi aliento, vi cómo se le ponía la piel de gallina y le susurré:

—Pero tú me recordarías para el resto de tu vida.

Ella rio de manera

sensual. En cualquier otro momento, aquella mujer lo habría tenido todo para parecerme sexy, pero en aquellos me resulto únicamente pasable. En realidad, estaba aburrido. Era una situación casi incómoda, de la que habría pagado por salir.

—Ya veremos...

—¿Quieres una copa?

—Puedo compartir la  
tuya —murmuró, bajando  
la vista a mi copa de  
champán.

Ni siquiera me había  
dado cuenta de que  
seguía teniendo la copa  
en la mano, se la di y  
bebió del líquido dorado,  
después me la devolvió y  
le di un sorbo yo

también.

—Salgamos de aquí  
—me propuso con voz  
ronca, riendo de nuevo.

Yo asentí y apoyé una  
mano en su espalda.  
Tenía en la cabeza a  
Gemma y a Lucy a la vez.  
Entonces se me ocurrió si  
se habrían confabulado  
contra mí. Me pregunté si  
se habrían caído bien.

Lucy había sido una

mujer dulce y tranquila,  
que me había mirado  
como si yo fuese su  
salvador después de  
haber tenido un novio  
que la había tratado fatal.  
Yo había hecho sus  
sueños realidad.

Pero el asqueroso  
destino solo había tenido  
malas noticias para ella,  
hasta que se la había

llevado. Era imposible escapar del destino.

Gemma no se parecía en nada a Lucy. Tenía una personalidad mucho más fuerte. Era inteligente, bastante más que yo, y estaba muy centrada en el trabajo, en eso coincidíamos. Además, era sexy, aunque se mostrase fría cuando estaba cerca de



mí, como si ni siquiera supiese lo que era un orgasmo, eso hacía que yo la desease todavía más. Y quería demostrarle que sabía que me mentía, quería hacer que disfrutase de un orgasmo detrás de otro y que se olvidase de lo que era ser fría.

—Jack.

Me abordó antes de que saliese del salón, posando la mirada solo un instante en la rubia, casi por educación, pero de manera fría. Y yo deseé empujarla contra la pared y besarla apasionadamente. Allí mismo.

—Tienes que hablar dentro de veinte minutos

—me recordó.

Vaya, se me había olvidado, a pesar de que no solía permitir que nada se interpusiese en mi trabajo, ni siquiera mi vida sexual.

—Habremos vuelto para entonces.

La rubia nos sorprendió a los dos, que comprendimos perfectamente lo que

quería decir con aquel comentario.

Y yo me maldije y pensé que no recordaba la última vez que lo había hecho de prisa y corriendo en un coche. ¿Era eso lo que estaba sugiriendo?

Gemma clavó la atención en su iPhone, que manejaba como si

ella misma lo hubiese diseñado, y añadió:

—De acuerdo. El discurso será breve. Bastará con que resumas el objetivo de la fundación y des las gracias a los patrocinadores, ya sabes, bla, bla, bla.

—¿Bla, bla, bla? — repetí, sonriendo y mirándola a los ojos,

retándola a dejar de comportarse con frialdad.

Gemma miró a la rubia y sonrió de manera superficial.

—Qué os divirtáis.

Jack clavó el discurso, por supuesto. No tenía ni un pelo fuera de su sitio. Su esmoquin lucía

perfecto, la camisa blanca parecía recién planchada y llevaba la pajarita tan recta que parecía que se la habían pegado a la camisa. Habló con elocuencia y un toque de humor acerca de la fundación, su público río.

Yo no.

Yo estaba pensando en la rubia.

No. Estaba pensando en Jack. Me dije que aquello no podía controlarme. Me dejaba la piel en el trabajo y no iba a permitir que la atracción que sentía por mi jefe lo estropease.

Pensé en Wolf, que en esos momentos estaba hablando con otra persona, seguro que



seguía con el tema del maldito software. Estaba muy serio y aquello me hizo sonreír. Wolf siempre estaba serio.

«¡Cuidado!», me dije. Yo no quería nada serio.

Solo la idea de vestirme de blanco me provocaba sudores. Seguro que Wolf quería casarse y tener hijos. Tres. Y una esposa que

cuidase de ellos. Me miraría con ojos de cordero degollado, con tristeza y decepción si yo le sugería que buscásemos una niñera.

Pensé que podría montar una guardería en el despacho y ser una de esas madres que hacía de todo y lo ponía en Pinterest. Wolf jamás

tendría por qué saber que en realidad no era yo la que cuidaba de los niños.

Pero Jack sí. Y lo odiaría. ¿Cómo iba a tener a un niño llorando mientras intentaba hablarle de las tarifas de las importaciones chinas? No, seguro que Jack seducía a la niñera, obligándome a despedirla o a matarla.

¿No me estaba adelantando a la historia?

Wolf se dio cuenta de que lo estaba mirando y yo aparté la vista. No era el hombre adecuado y cuando se diese cuenta de que yo no iba a dejar a Jack para irme a Manhattan con él, trabajar juntos sería una pesadilla.

Miré a Jack.

Lo tenía justo delante.

Había empezado a sonar la música y yo había estado tan perdida en mis pensamientos que no me había dado ni cuenta.

—¿Te ha gustado el discurso?

—¿Qué quieres, un cumplido? —le pregunté,

dando un sorbo a mi copa de champán—. ¿Qué ocurre? ¿No has conseguido impresionar a la rubia?

Él me miró fijamente a los ojos. Estaba enfadado. ¿Por qué?

—¿Piensas que no soy capaz de complacer a una mujer en quince minutos?

—La verdad es que no me he parado a pensar en

tus proezas sexuales —  
mentí.

—Mentirosa —  
murmuró él en voz tan  
baja que no supe si había  
oído mal.

Ambos sabíamos que  
no debíamos hablar así.  
No podía desearlo más,  
pero mi cabeza seguía  
llevando las riendas. No  
quería estropear mi

carrera, pero lo cierto era que amaba a Jack. No, en realidad me encantaba trabajar con él. Aunque se comportase como un cretino.

Por un instante, imaginé que teníamos una aventura y que terminaba, porque Jack no tenía relaciones largas, y entonces imaginé que no volvía a verlo.



Y sentí náuseas.

Ni siquiera quería pensarlo.

No quería arriesgarme.

—El discurso ha estado bien —dije, reconduciendo la conversación.

—Dime algo, Gemma —contestó él en tono todavía peligroso, mirándome a los ojos.

—No sé si es buena idea —respondí yo en tono profesional—. A lo mejor no te gusta lo que te digo.

—¿Qué tienes con ese tipo de Nueva York?

—¿Te refieres a Wolf?

—¿Es una fiera en la cama?

La pregunta me sorprendió, nunca

habíamos hablado de ese tema.

Incliné la cabeza y repliqué:

—¿Y la rubia, qué tal?

—Aburrida —  
respondió él,  
encogiéndose de  
hombros.

—¿Dónde está?

—En su casa.

Esperando.

—¿Esperándote a ti?

—Le he dicho que tal vez me pase. Me ha parecido la única manera de deshacerme de ella.

Entonces, ¿no lo habían hecho? No pude evitar alegrarme.

—Eres un cerdo —murmuré—. ¿Vas a ir a verla?

Jack me estaba mirando fijamente y yo

sentí que todas mis fantasías, mis sueños más tórridos, pasaban ante nuestros ojos como si tuviésemos delante un pensadero.

Sí, era fan de *Harry Potter*. Hermione había sido uno de mis primeros modelos.

—Tal vez.

Se me hizo un nudo en el estómago. Estaba

acostumbrada a que me ocurriese con Jack. Los seis primeros meses me había ruborizado, no había sido capaz de mirarle a los ojos, pero después de dos años trabajando para él, tenía mucha práctica.

Sonreí.

—Bueno... —sonreí como si no tuviese el

corazón acelerado y los pezones endurecidos—. Que tengas una buena noche.

—Espera —me ordenó él, agarrándome por la muñeca.

Yo lo miré. Nunca nos tocábamos, salvo por accidente, pero nunca así.

Me acarició el interior de la muñeca con el dedo

pulgar y, como yo no respondí, me apretó contra su cuerpo. Estábamos rodeados de gente, pero estábamos solos.

La sensación era nueva. No estaba bien. Y sí.

El cuerpo de Jack era fuerte y estaba caliente, como en mis fantasías. Y



yo tuve que hacer un esfuerzo enorme para respirar con normalidad, para mirarlo como si se hubiese vuelto loco y decirle:

—¿Sí, señor?

Jack me fulminó con la mirada, pero no me soltó.

—Baila conmigo.

Yo sabía que me estaba pidiendo algo más que un baile.

—De acuerdo —  
respondí, sonriendo de  
manera tensa.

Él suspiró y apoyó una  
mano en mi espalda,  
justo encima del trasero,  
con firmeza. Y entrelazó  
los dedos de la otra mano  
con los míos.

Yo clavé la vista en la  
mano y me concentré en  
parecer tranquila.

—Llevas un vestido precioso —me dijo.

—¿Sí? ¿Qué te gusta de él?

—A ver... el color. Y el modo en que se te pega a la piel.

Bajó la cabeza para acercarse más a mí y yo pensé que aquello no estaba bien. Jack se acostaba con otras

mujeres y, por supuesto, coqueteaba conmigo, y eso no tenía importancia.

Pero aquello era diferente.

La música se detuvo y yo me aparté de él, aliviada.

—Ponme al día de la situación en Nueva York —me pidió.

—Lo haré, por supuesto —le respondí,

todavía incómoda.

—Ahora.

Yo miré hacia Wolf inconscientemente.

Seguía hablando y yo no tenía ninguna intención de marcharme con él, pero el hecho de que Jack diese por sentado que no tenía vida privada me molestó.

—No es urgente —le

respondí en tono tenso—.  
Te lo contaré mañana.

Y me zafé de él.

—Quiero oírlo esta  
noche —me retó.

Como era mi jefe, no  
me podía negar.

—De acuerdo.  
Necesito... veinte  
minutos.

Me alejé de Jack y mi  
cuerpo protestó con  
frustración. Fui hacia

Wolf.

—¿Tienes un momento? —le pregunté, disculpándome con la mirada con el hombre con el que hablaba.

—Por supuesto —respondió sonriendo.

Me agarró por el codo, aunque fui yo quien lo guio fuera del salón, solo para que Jack probase su

propia medicina. No podía controlarme completamente.

—¿Sigue en pie lo de luego? —me preguntó Wolf.

—Me temo que no. Tengo que trabajar. Jack quiere que le ponga al día del tema del software.

—¿Esta noche? —preguntó Wolf con



incredulidad.

—Lo quiere controlar todo —le expliqué yo. Era la verdad—. Y es muy impaciente. Solo quería asegurarme de que tengo toda la información.

Wolf asintió sin ocultar su decepción.

—Vamos a recapitular.

Y así me pasé los diecinueve minutos restantes, bueno, dieciocho, porque empleé un minuto en sacarme un mechón del moño y pellizcarme las mejillas, para parecer ruborizada por el placer.

Jack me estaba esperando en la limusina y yo fingí llegar casi sin

aliento.

—¿Preparada?

Yo asentí sin saber a qué.

—Sí, vamos.

## Capítulo 2

Tenía que admitirlo. Jack sabía cómo hacer aquello. El entretenimiento nocturno era su punto fuerte.

La luz de su despacho era tenue y puso música

acústica, de guitarra, que hizo vibrar la parte baja de mi abdomen. La voz ronca del cantante me estaba desestabilizando. Jack preparó dos martinis y metió una cereza en cada uno.

—Odio las cerezas —  
le dije, arqueando una  
ceja.

—Interesante —  
respondió él, mirándome

fijamente a los ojos—.  
¿Por qué?

Yo clavé la vista en la copa que me acababa de dar, di un sorbo e hice una mueca al comprobar que sabía ligeramente a medicina.

—Porque su sabor es extraño. Artificial.

—No el de las de verdad.

—No.

Tragué saliva, tenía el estómago encogido y el pulso acelerado. Me dije que tenía que centrarme en el trabajo. Ese era el motivo por el que estaba allí con él.

—El servidor de Canadá puede tomar el relevo, pero va a retrasar la operación.

—¿Cuánto?

—Unos segundos, pero es inevitable, dada la distancia.

—¿Unos segundos? — repitió él, sacudiendo la cabeza—. ¿No se puede hacer con mayor rapidez?

—No con semejante cantidad de datos.

Jack se bebió su martini de un sorbo.



—¿Y a Wolf le parece aceptable?

Pronunció su nombre de manera burlona.

—¿Piensas que se habría molestado en venir hasta aquí a proponerlo si no se lo pareciese?

—Se está acostando contigo, ¿no?

Tomé aire enfadada,

no pude evitarlo. Jack siempre era brusco. Y exigente. Yo había aprendido a que no me afectase, a no esperar de Jack Grant que se comportase como el resto del mundo, pero aquello estaba yendo demasiado lejos incluso para él... incluso cuando llevábamos toda la noche flirteando.

—No me parece un comentario profesional —repliqué en voz baja.

—¿Pero te acuestas con él? —repitió, como si no me hubiese oído.

—Por favor, Jack.

Él me estudió con la mirada. Me estaba leyendo el pensamiento, pero a mí me dio igual, estaba demasiado

enfadada. Jack estaba medio borracho y su actitud era repugnante, pero desde que me había apretado contra su cuerpo yo me sentía débil.

No obstante, oculté la debilidad, la disfracé de ira.

—Eso no es asunto tuyo —añadí.

Él me miró a los ojos

con arrogancia, también estaba enfadado.

—Trabaja para mí. Lo mismo que tú. Si te estás acostando con él, quiero saberlo.

—Lo que haga en mi tiempo libre no es asunto tuyo. Si no afecta a mi trabajo, no tengo que rendirte cuentas —le repliqué con los ojos

brillantes—.                      ¿Lo  
entiendes?

Jack parecía tranquilo,  
pero yo sabía que seguía  
tenso. Conocía bien a  
Jack, probablemente,  
mejor que nadie en el  
mundo.

—No me pareces una  
mujer remilgada.

—No lo soy.

Retrocedí. Me di  
contra la pared y me sentí

acorralada y confundida,  
y excitada por la extraña  
situación.

—Pues responde a mi  
pregunta.

—¿Que si me acuesto  
con Wolf? —dije yo con  
voz ronca.

—Sí —respondió él  
acercándose—. Tú lo  
sabes todo de mí, ¿no?  
¿Por qué quieres tener

secretos conmigo?

Yo abrí la boca para contestar algo rápido, pero volví a cerrarla. Jack tenía razón. Sabía mucho acerca de él. No todo, pero mucho.

—Si quieres tener más privacidad con respecto a tu vida amorosa, siempre puedes cerrar la puerta de tu habitación.

—Vida sexual —me



corrigió, y yo supe que lo hacía por Lucy.

No lo sabía todo acerca de su esposa, pero imaginaba que había sido una persona agradable, tal vez insensata, porque se había casado con Jack. Aunque era posible que Jack hubiese sido diferente antes de que ella falleciese.

—¿Y vas a pasarte el resto de la vida así? ¿De mujer en mujer, pero sin saber de ellas nada mas que la talla del sujetador y sus gustos sexuales?

Él clavó la vista en mi pecho, como calculando mi talla de sujetador. Me maldije. Mis pezones se endurecieron, no llevaba sujetador porque el

vestido era demasiado ajustado y, por desgracia, no me hacía falta.

Jack sonrió con satisfacción y yo deseé abofetearlo. Tuve que hacer un esfuerzo para no cruzarme de brazos y taparme los pechos.

—En estos momentos estoy intentando conocerte mejor —me dijo.

Yo tenía el pulso acelerado. De repente recordé cómo me lo encontraba en la cama muchas mañanas, dormido y desnudo, después de haberse pasado la noche... Me dije que no era el momento de pensar en aquello.

—¿Tienes miedo a que

te juzgue?

—¿Tú? ¿Qué derecho tendrías, si ha pasado media Inglaterra por aquí?

—Media Inglaterra, no —murmuró él—. Medio Londres, tal vez.

—¿Estás intentando justificarte? —le pregunté, a pesar de saber que me estaba adentrando en terreno

pantanoso—. ¿Crees que a Lucy le gustaría que te acostases con una mujer detrás de otra solo porque no quieres tener una relación seria?

Jack apretó la mandíbula, yo supe que había metido el dedo en la llaga, pero continué. ¡También estaba enfadada!

—¿Te parece justo lo que les haces a esas mujeres?

—Ninguna se queja — respondió él en tono frío, enfadado.

Y aquello me hizo explotar.

—¡La mitad de las veces las echas de aquí sin tan siquiera saber su nombre! ¿Cómo se van a

quejar? Dios mío, Jack.  
No conozco a nadie tan  
machista, egoísta,  
desconsiderado...

Él apoyó un dedo en  
mis labios para hacerme  
callar. Me miró a los  
ojos fijamente. Yo sentí  
calor, casi como si  
tuviese fiebre.

—No sé si sabes... —  
empezó, metiendo el  
dedo en mi copa para



sacar la cereza—. Que tiendes a ser muy moralista.

Yo tomé aire y él pasó un dedo por mi labio inferior. En la otra mano tenía la cereza. Clavé la vista en ella.

—¿Nunca has descubierto que te gusta algo que pensabas que odiabas? ¿Nunca te has

dado cuenta de que estabas equivocada?

Negué con la cabeza, sin saber qué me estaba preguntando exactamente. Y me sorprendió metiéndose la cereza en la boca. Lo observé, bajó la mano de mis labios y yo intenté decir algo. No sabía el qué, jamás lo sabré. Jack acercó los labios a los míos y me

pasó la cereza.

Su sabor me invadió y no me importó, porque también sabía a él. El sabor de la cereza se perdió en el ardor del beso.

Sus labios chocaron contra los míos, silenciándome, y un calor nuevo invadió mi cuerpo. Su beso fue un castigo,

fue posesión. No sería capaz de explicarlo mejor. Mi enfado se evaporó temporalmente y le devolví el beso con la misma intensidad.

    Mi lengua se entrelazó con la suya y enterré los dedos en su pelo, lo besé como si siguiese gritándole con mis caricias.

    Él gimió y me apretó

con el cuerpo contra la pared. Yo tuve la sensación de que mi cerebro quería decirme algo, pero no podía oír nada más allá de los fuertes latidos de mi corazón.

Jack bajó los labios a mi hombro, me mordisqueó la piel, pasó la lengua por mi cuello.

Yo gemí y eché la cabeza hacia atrás. Aquello tenía que acabar.

Pero ya habíamos cruzado la frontera. La situación era nueva y quería ser yo la que la definiese, no que ella me definiese a mí. Necesitaba tomar el control, al menos, hasta cierto punto.

—¿Por qué te importa?

—me preguntó Jack, volviendo a besarme en los labios.

—¿Importarme? — balbucí. ¿De qué estaba hablando?

Rompió el beso, pero no pude ni pensar, Jack estaba metiendo la mano por debajo de mi ropa interior, me estaba acariciando y yo estaba a

punto de llegar al clímax.  
Era                                   suya.  
Completamente.

—¿Por qué te importa  
con quién me acueste? —  
inquirió.

Yo parpadeé e intenté  
pensar con claridad, pero  
él me acarició el clítoris  
y me estremecí, estaba al  
borde del orgasmo.

—No me importa —  
dije entre dientes.



Tenía los ojos cerrados, no le vi inclinar la cabeza y me sorprendió notar su boca en mi pecho para mordisquearlo a través de la sedosa tela del vestido.

Se me hizo un nudo en el estómago. Él profundizó la caricia entre mis muslos y me

perdí. Exploté.

Yo casi no podía respirar y él empezó a mordisquearme el otro pecho.

Aquello era demasiado. No me tenía en pie. No era la primera vez que tenía una experiencia sexual increíble, pero aquello iba mucho más allá. ¿Sería porque estaba con

mi jefe?

Mi jefe.

Jack Grant.

Supe con certeza que iba a arrepentirme, pero no podía parar.

Dos años de miradas, risas, discusiones y diferencias de opinión habían llevado a aquello.

Dos años encontrándomelo en la

cama y fantaseando con meterme con él. Me había resistido porque era mi jefe y me encantaba el trabajo, y porque era Jack Grant. Me había resistido a mis deseos, pero en aquellos momentos era imposible no disfrutar.

La sensación era mucho mejor de lo que había imaginado.

Y había pasado mucho tiempo imaginando.

Suspiré, pensé que era la primera vez que suspiraba así, cuando volvió a besarme en los labios.

—¿Sigues pensando que las mujeres se quejan después de haber estado conmigo? —me preguntó, apartándose, andando

hacia atrás, con los ojos brillantes, sin rastro de pasión en la mirada.

Estaba ruborizado y respiraba con dificultad, como yo, pero su voz era firme y su mirada, fría.

Aquella pregunta no tenía sentido. Me llevé la mano a los pechos, que tenía hinchados. Lo miré, me costó responderle.

—Les doy lo que

quieren. Lo que tú quieres.

Y se giró bruscamente y se fue a servirse otra copa. Yo estaba tan sorprendida que no podía ni contestar.

¿Qué estaba intentando demostrar Jack? Yo estaba temblando, con la ropa interior mojada, marcas de su beso en el

vestido, aturdida y él...  
¿nada?

Fantaseé con quitarme el vestido y atravesar la habitación, tumbarlo en el suelo y sentarme encima, hacerle admitir que me deseaba.

Sabía que me deseaba, lo sentía, pero de repente recuperé la cordura y me di cuenta de que lo que habíamos hecho era una



estupidez, una enorme estupidez. Pero ya no había marcha atrás. Tenía que salvar mi orgullo y salir de allí antes de cometer otra locura, como pedirle que terminase lo que había empezado.

—Te enviaré por correo electrónico un informe completo de la

viabilidad del servidor mañana —dije en tono tenso.

—Ya está aquí. Mi asistente, fría como un témpano.

Puse la espalda recta. Nunca había sido su asistente y Jack lo sabía. Me estaba provocando.

—De fría nada, estoy muy, muy caliente.

Tal vez mi sinceridad

lo sorprendió. Giró el rostro hacia mí, pero no me miró.

—Si me perdonas, voy a marcharme, a ver si me desahogo un poco.

Salí tranquilamente, aunque llena de dudas. Dejé a Jack allí, que pensase lo que quisiera: que me iba a ver a Wolf, que me iba a masturbar

mirando una fotografía  
suya...

Cuando salí de la  
mansión hacía frío y  
lloviznaba.

Una de las decisiones  
que había tomado a los  
seis meses de trabajar  
para él había sido  
mudarme a Hampstead,  
donde vivía Jack, para no  
perder tiempo yendo y  
viniendo.

La mansión estaba al final de un camino largo, y justo detrás de una escuela estaba mi casa. Una casa de ladrillos, con la puerta roja y las ventanas algo descuidadas durante el verano. Tenía que haber plantado margaritas y fresas, que era lo que había cuando me mudé a

ella, pero no había encontrado el momento.

Empujé la puerta con el hombro para entrar y la cerré de un portazo, con incredulidad.

Pero entonces cometí el error de cerrar los ojos y allí estaba él. Jack Grant... con la cabeza inclinada hacia delante... la boca en mi pecho. Juré, enfadada, y me miré

en el espejo del  
recibidor.

Tenía dos marcas  
oscuras en los pechos.  
Las tracé con los dedos y  
me estremecí al recordar  
lo que había sentido,  
desesperada por sentir  
más. Más de él. Más de  
aquello.

Gemí en voz alta y fui  
a la cocina.

¿Qué había pasado?  
Jack era mi jefe. ¡Mi jefe! Y yo lo conocía bien. Sabía que era un desastre. Había estado dos años guardando las formas, ¿por qué había perdido el control aquella noche?

Me serví una copa de vino con la esperanza de que aquello pudiese



borrar lo ocurrido no solo de mi memoria, sino de su existencia. No era posible. Cada sorbo me recordaba a él, me hacía desearlo más.

Aquello no iba bien.

Paseé despacio por la casa, que tenía una gran altura y era estrecha, con una habitación o dos en cada uno de sus cinco pisos. Mi despacho

estaba en el primero, mi dormitorio y el baño, en el siguiente. Después había tres dormitorios más en el resto de pisos y una terraza en lo alto. La terraza me encantaba, pero no la utilizaba casi nunca.

Me quité los zapatos a patadas y encendí la luz con la base de la copa,

con cuidado para no  
derramar el pinot noir en  
la moqueta beis.  
Mientras andaba por ella  
me quité el vestido. Lo  
regalaría en cuanto  
tuviese ocasión.

Con las braguitas  
todavía húmedas me metí  
en la cama y me tapé con  
la colcha hasta la  
barbilla. Con la copa de  
vino en la mano, clavé la

vista en la pared.

No era para tanto, ¿o sí?

Estaba segura de que había personas que hacían aquello con asiduidad. Jack y yo trabajábamos juntos. Prácticamente vivíamos juntos. Aquello había sido inevitable.

Me encogí.

No estaba bien. Solo un par de días antes me había felicitado a mí misma por las lecciones que había aprendido al ver cómo degradaban y se burlaban de otras mujeres por tener una aventura con alguien del trabajo.

En la mansión trabajábamos pocas

personas. Las dos asistentes de Jack, el conductor, un guardaespaldas y yo. Entre nosotros reinaba el respeto y casi todo el mundo me tenía demasiado miedo como para meterse conmigo. Así que lo que me preocupaba no eran los rumores.

Era Jack.

Y yo misma.

Y el respeto que había sacrificado por haber permitido que ocurriera aquello.

Di otro sorbo a la copa, que no me supo bien. Estaba cansada. El día había sido largo y la noche, extraña.

Lo último en lo que pensé antes de dormirme

fue en cómo sería el día siguiente.

Cuando llegué a la mañana siguiente Jack estaba sentado a su escritorio, con un café delante, la cabeza inclinada.

Pasé por delante de la puerta diciéndome que no sería tan cobarde como



para andar de puntillas,  
aunque sí contuve la  
respiración.

—¿Gemma? Ven aquí.

«Oh, oh».

Abrí los ojos, tomé  
aire. Podía hacer  
aquello. Solo nos  
habíamos besado.

«No es verdad. Te ha  
metido el dedo dentro y  
te ha hecho llegar al  
orgasmo».

«Calla, cerebro».

«Voy a tener que hacerme una lobotomía».

—¿Gemma?

Juré en silencio, giré sobre mis tacones Jimmy Choo y entré en la habitación fingiendo sentirme tranquila.

—Hola, Jack.

Volví a jurar. Llevaba la camisa azul clara que

le resaltaba los ojos desabrochada en el cuello, dejando ver el vello oscuro de su pecho.

—No me había dado cuenta de que estabas aquí —mentí.

Él hizo una mueca, era evidente que no me creía.

—Siéntate.

Yo arqueé las cejas y me quedé donde estaba, intentando no mirar hacia

la pared de la izquierda. La pared contra la que me había apoyado la noche anterior mientras me acariciaba íntimamente. En su lugar, mi vista fue hacia el bar, hacia el cóctel que Jack había bebido la noche anterior.

—Siéntate —repitió.

Hubo algo en su tono

de voz que me puso algo nerviosa.

Su tono era prometedor y cálido.

—¿Cómo estás? —me preguntó en tono preocupado.

Y yo temblé por dentro.

—Estoy bien —repliqué—. Ocupada.  
¿Qué quieres?

Él sonrió lentamente.

—¿Cómo has dormido?

¿Sabría que había soñado con él? ¿Que en mis sueños me hacía cosas muy, muy malas?

Tragué saliva, me crucé de brazos y recordé lo ocurrido la noche anterior.

—¿Quieres algo o no?  
Él se puso en pie y yo

me quedé inmóvil. Fue hasta la puerta, la cerró y echó el cerrojo.

—Yo he dormido muy mal —dijo, ignorando mi pregunta.

—¿Sí? —murmuré—. Tal vez debías haberte tomado un somnífero.

Fue hasta la silla que había enfrente de la suya y me la ofreció.

Yo me senté con

cuidado para no tocar sus dedos, unos dedos que habían estado dentro de mí, acariciándome, rompiendo mis barreras.

Volví a contener la respiración. ¿Era así como iba a superar aquel bache? ¿Sofocándome? Espiré lentamente mientras él volvía a sentarse.



—Entonces... —  
empecé con impaciencia.

Él sonrió. ¿Se estaba riendo de mí? ¡Era un cerdo arrogante! Así era Jack. Y yo lo conocía muy bien. Sabía que era un cerdo y que era muy atractivo.

—¿Cómo has dormido?

Parpadeé.

—Ya me lo has preguntado.

—No me has respondido.

Espiré, enfadada.

—Como siempre. En serio, Jack. Tengo el escritorio lleno de papeles. Tengo que trabajar.

—Yo soy tu trabajo —  
respondió Jack con

insolencia.

Se inclinó hacia delante.

—¿Fuiste a verlo anoche?

Deseé recordarle lo que ya le había dicho la noche anterior, que aquello no era asunto suyo, pero no supe si sería capaz de decirlo con suficiente convicción después de haber

probado sus besos.

¿Cómo podía evitar responder a aquello?

—¿Que tú eres mi trabajo? Está bien, tengo a los de Nueva York esperando los contratos, tú tienes una reunión la semana que viene y la tengo que preparar todavía, y Atenas quiere tu opinión, es decir, la

mía, acerca de un  
contrato de  
arrendamiento. Y  
necesito...

—Cállate.

Me encantaba cuando se ponía autoritario, no podía evitarlo. Y casi siempre era así.

Lo fulminé con la mirada, era mejor que no supiese que aquella era mi versión favorita de él.

—¿Me estás diciendo que me calle? —inquirí, echándome hacia delante yo también, casi nos estábamos tocando—. ¿En serio?

—Estás molesta.

—Por supuesto que estoy molesta.

Él rio suavemente. De manera muy sensual.

—¿Porque no

terminamos?

Yo cerré los ojos. Me  
ardían las mejillas.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes una relación  
con él?

—¿Con quién?

—Con                      Wolf  
DuChamp.

Yo      contuve      una  
sonrisa.

—Así que sí sabes  
cómo se llama.

—Ahora lo sé.

Su expresión era indescifrable. No pude evitar sentirme esperanzada. ¿Por qué? ¿Por qué a Jack le interesaba mi vida?

—Entonces, ¿qué hay entre vosotros?

—¿Estás celoso? —lo reté, se me escapó.

—¿Por qué iba a



estarlo? —espetó.

—Olvídalo —me puse en pie, no quería discutir —. ¿Es eso todo?

—No has respondido a mi pregunta.

—Me gusta — contesté, encogiéndome de hombros.

Era la verdad. No me atraía especialmente, pero era un hombre agradable, guapo.

—¿Te acuestas con él?  
Yo lo miré  
gélidamente.

—¿No es esa la  
pregunta que nos causó  
problemas anoche?

Jack se puso en pie y  
golpeó el escritorio con  
ambas manos.

—¿Te acuestas con él?  
Lo dijo en voz muy  
alta y yo me sobresalté.

Aquello estaba completamente fuera de los límites de nuestra relación profesional y ambos lo sabíamos. Aunque supuse que ya no existían límites. Estábamos en un momento de incertidumbre, todo era impredecible en esos momentos.

—Vete al infierno.

Me giré y salí del despacho, pero me temblaban las rodillas y me sentía aturdida, como con ganas de llorar, cosa que llevaba años sin hacer, la verdad. Yo nunca lloraba. Ni siquiera con las películas tristes. Ni siquiera cuando se moría un gato.

Pero estaba temblando

y pensé que, si Jack me seguía, estaba perdida.

No me siguió.

Me dejé caer frente a mi escritorio. No había exagerado, estaba lleno de papeles. Les di la espalda y pensé que aquello era una pesadilla.

Mi cerebro me respondió en tono socarrón: «Te lo

advertí».

## Capítulo 3

Había pasado una semana y yo seguía allí. Lo que era más, casi volvía a ser amiga de mi cerebro. Me había comportado bien. Había trabajado mucho, había

sido educada y había fingido desinterés.

También había sido de gran ayuda que Jack no había estado allí.

Había estado cuatro días en Tokio, un viaje en el que yo solía acompañarlo.

Un viaje que consistía en ir en avión privado, después en limusina, alojarse en un hotel de



lujo, asistir a reuniones y quedarse hasta tarde hablando de trabajo.

Era, evidentemente, una situación peligrosa.

Así que le había dicho que tenía demasiado trabajo y que no lo podía acompañar.

Él había apretado los dientes, me había mirado como si supiese que

quería evitarlo y después había asentido.

—Está bien.

Jack iba a volver ese mismo día y mi escritorio seguía tan lleno de papeles como cuando se había marchado. Mi teléfono sonó.

Respondí en tono brusco, impaciente.

—No sueñas bien.

Sonreí nada más oír su

VOZ.

—Hola, abuela.

—¿Cómo estás,  
cariño?

—Ya sabes...  
sobreviviendo —  
respondí, mirando mi  
mesa llena de papeles.

—Deja que lo adivine,  
todavía estás trabajando.

—Me has llamado al  
número del trabajo, así

que ya sabes cuál es la respuesta.

—¿Vas a venir a verme pronto? Tengo algo para ti.

—¿Otra charla acerca de mis prioridades?

—Eres una chica lista. Ya sabes que no me gustan tus prioridades —suspiró—. Te lo dice una mujer que ya está llegando al final del

viaje. Ahí afuera hay un mundo maravilloso, que no podrías conocer ni aunque te pasases toda la vida viajando.

—Eso me hace sentir mareada y claustrofóbica abuela, es una frase demasiado cursi incluso para ti.

Ella se echó a reír. Me encantaba su risa. Mi

abuela se iluminaba entera con tan solo sonreír.

—Todos tenemos derecho a ponernos sentimentales de vez en cuando, ¿no? En especial, a mi edad.

—Yo viajo a todas partes del mundo —le dije, abriendo el calendario del teléfono y echando un vistazo—. De

hecho, voy a ir a Australia la semana que viene.

«Oh, oh. Con Jack».

—Ah, ¿sí? Pero seguro que es un viaje de trabajo.

Sonreí.

—Aun así, imagino que tendré tiempo de ver algún koala.

—No hay koalas por

las calles, ¿sabes?  
Tendrás que soltarte la  
melena e ir al monte para  
verlos.

Yo me eché a reír.

—¿Soltarme la  
melena? Abuela, que eres  
una duquesa, no puedes  
hablar así.

No era broma. Mi  
abuela era realmente una  
duquesa. Se había casado  
con mi abuelo, que era



diez años mayor que ella y había vuelto de la Segunda Guerra Mundial con un trastorno por estrés postraumático. Ella había sido enfermera y la familia de mi abuelo la había contratado para cuidarlo, para curarlo. Mi abuela había dimitido al primer día. A mi abuelo no le

pasaba nada. Solo era diferente.

Se habían prometido aquella misma tarde.

Aquel era el único cuento de hadas en el que yo creía. Era cierto, mi abuela había curado a mi abuelo, y él la había convertido en una princesa.

Hacía años que mi abuelo había fallecido, y

mi abuela no lo había superado todavía, pero seguía siendo una mujer increíble. La persona más bella de mi vida. La única que había estado siempre ahí.

Jack y mi abuela. Estupendo. Un viudo muy sexy al que yo no debía desear y una octogenaria aristócrata a la que le

encantaba beber  
champán. Los dos pilares  
de mi vida.

Sacudí la cabeza y  
sonreí con  
arrepentimiento.

—Yo me solté la  
melena e hice muchas  
otras cosas en su  
momento —dijo mi  
abuela, suspirando—.  
Pero ahora es tu  
momento, y lo estás

pasando metida en una casa, en medio de la nada.

—Es una mansión, abuela. Y está en Hampstead Heath, no en medio de la nada.

—Aun así —replicó ella con impaciencia—. ¿Vas a venir este fin de semana?

—Te lo prometo.

Puse una nota en el calendario. No era nadie sin el calendario. Se me clavó la vista en la fecha del aniversario de mis padres.

—Supongo que habrás recibido la invitación.

—Sí. Muy elegante.

Yo contuve una carcajada.

—Firme y seca.

—Al menos habrá alcohol —comentó mi abuela.

—Y mucho.

Pasé el dedo por mi escritorio. El año anterior mi abuela y yo nos habíamos emborrachado en la fiesta de aniversario. Si no hubiésemos sido familia de la novia, este

año no nos habrían invitado.

—Ensayaremos durante el fin de semana —sugirió mi abuela en tono de broma.

—Perfecto. Hasta entonces.

—Adiós, cariño.

Acababa de colgar cuando volvió a sonar el teléfono. Respondí todavía sonriendo.



—¿Sí?

—Gemma.

Su voz me sorprendió. Siempre estábamos en contacto cuando Jack viajaba, pero solo por correo electrónico o mensajes de texto, todo estrictamente profesional.

Jack no me había recordado lo que había

hecho con sus labios ni habíamos comentado que me había hecho llegar al orgasmo contra la pared.

En esos momentos, su voz sonó íntima y personal, como si acabase de entrar en la habitación y me hubiese acorralado para besarme...

—Voy a reunirme con unos clientes en Londres.

Necesito la presentación del proyecto de Tokio, un análisis actualizado de los costes y el informe que prepararé. Nos veremos dentro de una hora.

«Voy a volver a verlo». De repente, me sentí viva por primera vez en toda la semana, ansiosa, nerviosa.

Mi cuerpo se dejó  
llevar,                   pero,  
afortunadamente,       mi  
cerebro                   seguía  
funcionando.

    —Bien.

    —Bien    —respondió  
él.

    Su aprobación me hizo  
estremecer y odié la  
sensación.

    —Ah, Gemma, Rose

tiene algo para ti.

Recogí los documentos que Jack necesitaba y revisé rápidamente la presentación del proyecto, salí del despacho cargada con los documentos y mi MacBook Air.

Sophia y Rose estaban en el despacho que compartían.

—He quedado con

Jack en Londres. Me ha dicho que tenéis algo para mí.

Me dirigí a Rose, que buscó en su escritorio y sacó un sobre. En él ponía mi nombre con la letra de Jack. Resistí el impulso de pasar el dedo por ella.

—Gracias.

Sophia levantó el

teléfono.

—Hughes, la señorita Picton va a ir a Londres.

—Gracias —le dije, agradecida por su eficiencia.

Había contratado a Sophia para sustituir a la última asistente de Jack que había dimitido. Desde que Lucy había fallecido, Jack había tenido seis asistentes

distintas.

—¿Vas a tardar? —me preguntó Rose—. ¿Cambio lo de las dos?

No pude mirar en la agenda del teléfono lo que tenía a las dos. Supuse que mi mirada me había traicionado, porque Rose sonrió con ternura. Yo no comprendía que hubiese aguantado tres



años trabajando para Jack. Era una mujer dura.

—Carrie Johnson —  
me recordó.

—De acuerdo —  
asentí, pensando en el misterioso y pequeño sobre.

Carrie era mi amiga, estaba buscando trabajo, y yo había pensado en ella para la fundación, aunque todavía no sabía

qué puesto ofrecerle. La habían echado del trabajo en el último reajuste de personal de la empresa, pero era una mujer brillante e incisiva, demasiado inteligente para dejarla marchar.

—Pásalo a mañana. Gracias. Y discúlpate en mi nombre, por favor.

—Espera —me dijo Sophia, poniéndose en pie y acercándose con los brazos estirados—. Te acompañaré al coche.

Le di parte de los documentos. Los despachos estaban separados del resto de la casa y salimos a un camino que atravesaba el jardín y daba al patio

delantero. Estaba bien pensado para separar el trabajo de la vida personal.

Entré en la limusina, distraída, sin saludar a Hughes, cosa que siempre hacía porque me caía bien y era muy agradable.

«Lo sabes todo de mí».

De repente, recordé

aquellas palabras de Jack y me pregunté si eran ciertas.

Habíamos pasado mucho tiempo juntos, eso era cierto, pero yo no habría dicho que nos conocíamos bien. Recordé sus labios sobre los míos, sentí que me empujaban contra el asiento de cuero.

Y entonces decidí ceder a la tentación y abrir el sobre después de pasar un dedo por mi nombre.

Sentí una mezcla de emociones al notar que el objeto caía en mi mano.

El papel rojo oscuro que cubría la barra de chocolate Cherry Ripe, rellena de cerezas, era

inconfundible. Busqué una nota, pero no la había. No era necesaria.

No pude evitarlo, rompí el papel y aspiré hondo.

Las cerezas siempre me recordarían a Jack. Ya no podría volver a decir que las odiaba.

Se me hizo un nudo en el estómago al recordar sus caricias íntimas y me

estremecí. Todavía no me había recuperado cuando el coche se detuvo en el aparcamiento de las oficinas que Jack tenía en Londres. Este debía de haber pasado mucho más tiempo allí cuando Lucy vivía y, después de su muerte, había instalado el despacho en la casa.



Me obligué a sonreír a Hughes mientras salía de la limusina, cargada de documentos.

—¿La ayudo?

—Estoy bien, gracias.

Me pregunté si tendría las mejillas coloradas por culpa de los deliciosos pensamientos que me habían invadido durante el trayecto.

¿Por qué había parado Jack? ¿Qué le había hecho apartarse de mí?

Yo lo quería todo. Lo quería a él. Y eso me convertía, técnicamente, en una completa idiota. Porque él era un mujeriego y yo sabía que no podía acostarme con él y conservar mi puesto de trabajo, pero en esos

momentos no me importaba nada.

Lo que significaba que tenía que ponerme todavía más en guardia cuando estuviese con él.

No iba a permitir que aquello se me fuese de las manos. Había muchos otros hombres que podían besarme de aquel modo.

O no...

Había salido con alguno, casi todos inteligentes, guapos, poderosos. Me gustaban así. Pero ninguno me había hecho sentir aquello. Solo tenía que cerrar los ojos para recordar su cuerpo pegado al mío, y se me aceleraba el corazón y se me ponían los vellos de

punta al pensarlo.

El ascensor de cristal me recordó al de *Charlie y la fábrica de chocolate*. Tuve la sensación de que aumentaba la velocidad según iba subiendo y, con un nudo en el estómago, imaginé que rompía el techo y volaba por el cielo.

No lo hizo.

Las oficinas estaban llenas de gente y me resultó tan extraño volver a estar en aquel ambiente que me quedé inmóvil un instante. Siempre había trabajado en lugares así, llenos de personas con tanta prisa y tan agotadas como yo. El agotamiento solía convertirse en energía, así que yo vivía

continuamente cansada.

Alguien pasó rápidamente por mi lado, con una pila de papeles, lo que me recordó que tenía que hacer algo con los documentos que llevaba. Empecé a andar por el pasillo, con la mirada al frente para que nadie me llamase. El problema de ser la mano derecha de Jack era que

la gente me veía como a su sustituta y me bombardeaba a preguntas. Y en esos momentos no me apetecía hablar con nadie.

La sala de conferencias estaba al final del pasillo y se entraba a ella por dos enormes puertas de madera maciza. Entré y



fui derecha a la mesa. Ya había dejado los documentos en ella cuando me di cuenta de que no estaba sola.

Me giré lentamente hacia la derecha, con gesto natural, porque en el fondo ya sabía de quién se trataba, y murmuré:

—Ya estás aquí.

Conseguí hacerlo con

un tono normal, cosa que me agradó. En especial, teniendo en cuenta que Jack llevaba el traje negro de Armani, camisa blanca y corbata gris. Me giré de nuevo hacia los documentos, pero noté que se acercaba a mí y cerré los ojos.

Tenía el corazón desbocado. ¿Por qué no

podía seguir fingiendo que no me afectaba? ¿Por qué no conseguía mantener las distancias?

—Se tarda menos en llegar aquí desde el aeropuerto que desde mi casa —respondió él.

—¿Qué tal en Tokio?  
—pregunté, mientras iba andando alrededor de la mesa, repartiendo documentación y

comprobando que en todos los sitios había un vaso de agua.

Jack se encogió de hombros.

—Bien. ¿Y aquí?

Tenía la mirada clavada en mi escote, como si estuviese recordando cómo había mordisqueado mis pechos a través del

vestido.

Yo gemí en voz muy, muy baja, y aunque pensé que Jack no me había oído, lo vi esbozar una sonrisa y pensé que tenía un problema. Jack tenía unos labios muy bonitos. Y el rostro cubierto de barba, como si no se hubiese afeitado mientras había estado de viaje.

Le di la espalda, tenía

la respiración  
entrecortada. No sabía  
qué hacer.

—Como de costumbre  
—respondí con voz  
ronca.

Quería besarlo.

Necesitaba besarlo.

Me giré hacia él,  
nuestras miradas se  
cruzaron y sentí calor.  
Estaba tan desesperada

que me imaginé teniendo sexo con él encima de la mesa de cristal.

¿Estaría pensando él en lo mismo?

Se acercó un paso hacia mí, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Te han dado la chocolatina? —me preguntó.

Yo asentí.

—¿Me has echado de

menos?

Tenía la voz ronca. Debí haberme echado a reír, como hacía siempre, pero me di cuenta de que le había echado de menos y se me cortó la respiración.

—Sí, claro —murmuré—. He estado sentada en mi despacho pensando en ti todos los días. Un beso



y me he pasado los días escribiendo tu nombre y dibujando corazoncitos.

Puse los ojos en blanco y me perdí el momento en el que Jack entrecerraba los suyos.

No le gustaba que se burlasen de él. Y yo lo sabía, pero no quería darle la razón. Y, no obstante, no me sorprendió cuando noté

sus labios sobre los míos.

Enterró los dedos en mi pelo, soltándome el moño que me había hecho por la mañana y me sujetó la cabeza mientras me besaba.

Y yo sentí calor entre los muslos.

—¿Me has echado de menos? —repitió en tono

firme y serio, mientras se colocaba entre mis piernas.

Estaba excitado. Y yo, instintivamente, intenté apretarme contra su erección.

Él se echó a reír.

—Ahora no.

Me había vuelto loca. Lo necesitaba. Si no lo tenía, iba a gritar. No conseguía pensar con

claridad. Incluso mi cerebro parecía haberse olvidado de sí mismo.

Llevaba puesto un vestido de lana gris y Jack pasó la mano por mi pecho, apretándolo. La tela del vestido era gruesa y la fricción me resultó insoportable.

Un beso no era suficiente. Yo necesitaba

mucho más.

—¿Más? —murmuró  
Jack.

Me pregunté si lo  
habría dicho en voz alta.

Me levantó el vestido  
y metió la mano para  
bajarme las braguitas.

Me miró fijamente y  
yo me pregunté cuál sería  
mi aspecto, con el pelo  
suelto cual halo dorado,  
las mejillas encendidas,

el vestido levantado hasta la cintura y las piernas abrazándolo.

—Así que no me has echado de menos, ¿no?  
—me preguntó en tono burlón.

Y yo sabía que tenía que responder y ponerlo en su lugar, porque todo apuntaba a que él también me había echado

de menos. O al menos  
había fantaseado  
conmigo.

—En absoluto —  
murmuré.

Jack se echó a reír, me separó más las piernas y, antes de que me diese tiempo a reaccionar, se agachó y pasó la lengua por mi sexo con la misma intensidad con la que me había besado. Yo arqueé

la espalda y noté cómo temblaba todo mi cuerpo. Estaba tan cerca del clímax que tuve que mordirme el labio para no gritar.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó, mientras subía por mi vientre y se detenía en el ombligo.

Mientras lo hacía, sus



manos subieron por mi cuerpo y encontraron los pechos, que acarició a través del sujetador de encaje.

—Por favor... —gemí, apretando las caderas contra él, necesitando que terminase con aquella tortura.

—Por favor, ¿qué? —me preguntó.

—Por favor —insistí.

—Dilo.

Nuestras miradas se encontraron, como en una batalla de voluntades. A mí no me importaba quién iba a ganar. En otro momento habría luchado con uñas y dientes, pero en ese instante, no. Solo quería una cosa.

—Tómame, Jack.

—¿Aquí? ¿En la sala

de juntas?

—Sí. Ahora. Por favor. Hazlo —gimoteé, porque necesitaba que Jack hiciese algo.

Me llevé la mano al clítoris, pero él la apartó.

—No, eso es trampa —susurró, desabrochándose el cinturón y bajándose los pantalones solo lo necesario para sacarse el

pene y dejármelo ver.

Se lo había visto muchas veces, pero aquella vez... era para mí.

—Por favor.

Me miró a los ojos mientras se ponía un preservativo.

Yo me acerqué más al borde de la mesa, buscándolo, y sentí un

placer imposible de controlar. Grité cuando me penetraba, porque la sensación era mucho mejor que en mis más locas fantasías.

Me apretó contra él y me levantó de la mesa para acoplarse mejor, y yo, por un instante, me fijé en las ventanas tintadas de la habitación y di gracias de que fueran

así. Me apreté contra él, me volvió a besar, y pensé que no podría volver a mentirle jamás.

Le había echado de menos.

—¿Esto es lo que quieres? —me preguntó, moviéndose en mi interior.

Yo asentí.

—No te he oído.

—Esto es lo que  
quiero —gemí,  
enterrando los dedos en  
su pelo, incapaz de  
pensar.

Él se echó a reír.

—Me deseas.

Me sentí avergonzada,  
enfada e impaciente, y  
bajé la mano a su  
erección y respondí:

—Y tú a mí.

Él asintió lentamente, sin dejar de mirarme a los ojos. En sus ojos ya no había burla, sino algo más serio, resentimiento.

—Te deseo.

Se apartó, se subió los pantalones, se abrochó el cinturón y me dijo:

—Hablaemos después de la reunión.

Y yo parpadeé. La



reunión. El motivo por el que estaba allí.

Miré el reloj que había en la pared y supe que el resto de asistentes podían llegar en cualquier momento. Me pasé las manos por el pelo, me alisé el vestido. No me daba tiempo a hacerme el moño de nuevo, así que me alisé el pelo como pude y lo dejé así.

Lo miré para pedirle que me devolviese la ropa interior, pero Jack me fulminó con la mirada y perdí la voz.

—Da la sensación de que acabas de tener sexo —me dijo.

Me acerqué con la mano extendida, esperando a que me diese las braguitas de encaje,

pero él me la agarró y me acercó más.

—Me gusta como sabes.

Y entonces volvió a apretarme contra el cristal, metió la mano por debajo del vestido y me acarició el clítoris. Yo estaba a punto de romperme. Su cuerpo me atrapó, pero no me besó, me miró fijamente y me

atormentó con su dedo pulgar.

—Esta noche quiero probarte. Quiero separarte las piernas y meterte la lengua. Después, te daré la vuelta y te haré mía desde atrás. No sabes lo sexy que te pones cuando estás caliente.

Yo gimoteé porque sus

palabras, mezcladas con la insistente caricia, eran más de lo que podía soportar.

Y juré mientras estallaba por dentro de placer. Llegué al clímax y, mientras lo hacía, él me metió un dedo y lo hizo girar mientras los músculos de mi vagina se contraían. Después se lo llevó a la boca y lo

chupó mientras seguía con la mirada clavada en mis ojos.

La puerta se abrió de repente. Yo todavía estaba sin aliento, con cara de haber tenido un orgasmo. No era el primero, pero aquel era Jack. Jack Grant. Un hombre peligroso. Que todavía tenía mi ropa

interior. Aquella iba a ser la hora más larga de toda mi vida.

—Gem.

¿Todo el mundo la llamaba así menos yo? Había estado dándome la espalda durante al menos tres minutos, mientras saludábamos a los asistentes a la reunión, y

yo quería verla de frente,  
ver sus labios hinchidos,  
su melena despeinada, su  
expresión de sorpresa.

Ella estaba saludando  
a Barry Moore, uno de  
nuestros consultores para  
el proyecto de Tokio.

—Hola...

La expresión de  
Gemma era tranquila, lo  
único que la delataba  
eran los pezones, que se



marcaban a través de la tela del vestido, detalle que podía explicarse por la temperatura del aire acondicionado.

—Has hecho un trabajo estupendo con los informes, gracias.

—Entonces, ¿has recibido mi correo? —le preguntó ella.

—Mientras venía de

camino —respondió  
Barry, bajando la mirada  
a sus pechos.

Y yo sentí ganas de  
apartarlo de allí.

—¿Jack?

¿Empezamos?

—Sí, sentaos —  
respondí.

Sin poder evitarlo, fui  
hacia una silla en  
particular y apoyé la  
mano en el cristal en el

que había estado Gemma con las piernas abiertas, y entonces la busqué con la mirada.

En sus ojos había resentimiento. Estaba enfadada conmigo. Le había provocado un orgasmo espectacular y estaba enfadada conmigo. Supuse que no había escogido el mejor

momento ni el mejor lugar.

Me senté sin dejar de mirarla a los ojos.

Ella se sentó en la otra punta de la mesa. Yo crucé las piernas y algo llamó mi atención. Algo oscuro y pequeño. Sonriendo, me agaché y recogí su ropa interior del suelo.

Gemma me estaba

observando y se  
ruborizó. Vi cómo  
tragaba saliva. Y volví a  
llevarme un dedo a la  
boca y me lo pasé por el  
labio inferior.

La vi tomar aire y  
sonreír.

Me gustaba verla así.

## Capítulo 4

—Creo que tienes algo que me pertenece.

«Mi dignidad. Mi autocontrol».

La reunión había durado cerca de dos horas y yo había

conseguido mantener la concentración casi todo el tiempo, pero de vez en cuando había pensado en Jack, en cómo me había hecho llegar al orgasmo en la sala de juntas, contra las ventanas de cristal, y en que él no había disfrutado del mismo placer. No me sentía satisfecha después de aquello, sino molesta.

Era como si Jack me hubiese demostrado lo fácil que era hacer que me quebrase y yo no hubiese conseguido lo mismo con él.

—Sí...

Su sonrisa hizo que se me acelerase el corazón. Volví a desearlo de manera intensa.

—¿Me lo das? —le



pregunté, tendiendo la mano y apartándola después para que no la utilizase para volver a acercarme a él.

—Me gusta la sensación de saber que no las llevas puestas — comentó, metiendo la mano en el bolsillo y sacándolas.

Yo puse los ojos en blanco.

—Todo un tópico.  
¿También esperas que a  
partir de ahora me vista  
para ti de un modo  
determinado?

Él sonrió.

—No...

Me rodeó con los  
brazos y me apretó contra  
él. Jack Grant no  
necesitaba mi mano a  
modo de invitación.

Tenía las tuyas propias y si quería tocarme, me tocaba.

—Aunque, si lo hicieras, yo disfrutaría haciendo lo que hemos hecho antes una y otra vez.

Volví a excitarme. Noté cómo el deseo volvía a crecer en mi interior y supe que solo podría calmarlo

acostándome otra vez con él. Aunque seguía enfadada por lo que me había hecho. ¿Cómo se había atrevido a hacerme aquello justo antes de una importante reunión?

—De eso nada — repliqué—. No volverá a ocurrir.

Él arqueó una ceja y sonrió divertido.

—¿De verdad?

Y me tomó la mano para ponerla en su erección. Yo lo miré, lo reté, le demostré que no estaba asustada metiendo la mano por debajo del pantalón y agarrándole la erección. Se me aceleró el corazón de tal manera que llegué a preguntarme si sería posible que se

me saliese del pecho.

—¿Seguro que no quieres que te tumbe en la mesa y te haga mía?

Yo no podía desearlo más, pero me respetaba a mí misma lo suficiente como para saber que estaba jugando conmigo, que era insultante que me dejase tratar así.

—Me parece que tienes una idea muy

exagerada de tus habilidades en la cama.

Jack se echó a reír y yo me dije que debía tener cuidado.

—¿De verdad?

—No te estoy diciendo nada que no sepas ya.

Me aparté de él muy a mi pesar y cerré los puños, aunque mi mano quería volver a agarrar

su erección.

—¿Quieres que te demuestre lo equivocada que estás?

—Cerdo arrogante...  
—murmuré, mirando a mi alrededor hasta encontrar mi bolso Balenciaga.

Lo tomé y fulminé a Jack con la mirada.

—Quédatelas.

Quería que fuese detrás de mí, que me



siguiere y cerrare la  
puerta, que me apretare  
contra esta, que me  
rogare que me tumbare  
en el suelo para hacerme  
suya allí. Porque sabía  
que con cualquier gesto  
conciliador, normal, por  
su parte, volvería a hacer  
lo que Jack me pidiese.

Pero no lo hizo.

Me marché y ni

siquiera supe si Jack me miraba, porque era demasiado orgullosa para volver la vista atrás. Me temblaban las piernas. Tenía toda la tarde por delante y mucho trabajo por hacer, pero no estaba de humor.

No quería estar cerca de Jack.

«¿Seguro que no?», preguntó una vocecilla

sarcástica en mi interior, haciendo que me doliese la cabeza. «¿Seguro que no?».

«Seguro que no».

Llamé el ascensor y esperé. Y al entrar vi que Jack salía de la sala de juntas con el paso firme de un soltero multimillonario.

Oh, oh.

Toqué el botón del aparcamiento con impaciencia, toqué el botón de cierre de las puertas mientras contenía la respiración y rezaba por evitar bajar con Jack en el ascensor.

Me dije que me alegraba de que no llegase a entrar.

Hughes me estaba

esperando en la limusina.  
Le sonreí de manera  
tensa mientras me abría  
la puerta para que entrase  
en el lujoso interior.  
Miré el teléfono y volví a  
sentir ganas de llorar.

¿Qué demonios me  
estaba pasando?

Le envié un rápido  
correo a Sophia,  
pidiéndole que me dejase  
libre el resto de la tarde,

comprobé el itinerario del viaje a Australia.

Jack quería abrir una oficina allí, que empezaría con unos cuatrocientos empleados que se ocuparían de las dos empresas que había adquirido recientemente, así como de una bodega en Nueva Zelanda por la que estaba pujando, si la

conseguía. Era un negocio importante, y la primera vez que yo estaba implicada en algo parecido.

Aquel tipo de retos era otro de los motivos por los que adoraba trabajar para Jack. Cuando había empezado a trabajar para él no había estado preparada para aquello, pero Jack había confiado

en mí y me había alentado a mejorar.

En esos momentos también me estaba retando y yo, en vez de intentar superar el reto, estaba actuando como una niña asustada.

Fruncí el ceño. ¿Por qué había huido de él? Quería acostarse conmigo, lo mismo que



deseaba yo.

La puerta se abrió con brusquedad y levanté el rostro, esperando ver a Hughes, pero era Jack, que parecía muy molesto.

El pulso se me aceleró al instante, pero fingí indiferencia y le pregunté:

—¿En qué puedo ayudarte?

Él no respondió. Se

inclinó hacia delante para golpear el cristal que separaba a Hughes de nosotros y se sentó a mi lado. El coche se puso en marcha.

—¿Jack? —pregunté, girándome a mirarlo.

—Ahora no.

—Como quieras, pero yo pienso que deberíamos hablar —le

respondí después de un momento.

Él me fulminó con la mirada.

—No quiero hablar. Quiero acostarme contigo.

Me dejó boquiabierta.

—¡No me puedes decir eso!

Él apartó el rostro, se echó hacia atrás en el asiento, muy tenso.

—No me hables más.

No me daba miedo Jack, ni lo más mínimo. No habría sido la primera vez que discutíamos, pero en esos momentos preferí no hacerlo porque Hughes estaba delante y no quería incomodarlo, así que me mordí la lengua y me clavé las uñas en las

palmas de las manos.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que no íbamos en dirección a Hampstead.

—Quiero ir a casa — dije en tono gélido.

El gesto de Jack era de fría impaciencia, pero antes de que le diese tiempo a contestarme, el coche se metió en otro aparcamiento subterráneo

y se detuvo junto a un ascensor.

No podría describir lo perdida y confundida que me sentía.

Estaba enfadada y quería discutir con él, pero me resultaba imposible expresar con palabras lo que sentía.

Entonces, habló él.

—Ven conmigo.

Dos palabras, pero suficientes porque el tono era suplicante.

Yo asentí lentamente, también suplicante. «Por favor, no me hagas daño. Por favor, no me utilices». No me había dado cuenta hasta aquel momento, pero, la idea ser para Jack lo mismo que las otras, me

resultaba insoportable. Sopesé aquello con lo mucho que lo deseaba y ganó el deseo. Solo me quedaba esperar no arrepentirme.

Llamó el ascensor y pasó una tarjeta. El ascensor subió hacia los cielos.

—¿Ya puedo hablar?

Él me fulminó con la mirada y después clavó



la vista al frente hasta  
que las puertas se  
abrieron.

Supuse que no.

Puse los brazos en  
jarras, enfadada.

—No pienso salir  
hasta que no me  
expliques qué está  
pasando.

Él se giró, me tomó en  
volandas y me cargó

sobre su hombro de un modo con el que solamente había podido soñar. Me hizo entrar en un apartamento muy lujoso, del que solo me fijé en que había mucho cristal, acero y cuero, y una cocina de última generación. Entonces entramos en una habitación.

El dormitorio.

Con una cama enorme en el centro y unos ventanales del suelo al techo con vistas a la ciudad.

—Me estás volviendo loco. Eso es lo que está pasando. Y no quiero seguir así. Estoy cansado de despertar a punto de estallar porque he pasado la noche soñando

contigo. Estoy cansado de mirarte e imaginarte desnuda siempre que estamos en la misma habitación.

Me dejó caer en la cama, pero yo estaba demasiado confundida por su confesión. Así que Jack sentía lo mismo que yo.

—Así que, si no te importa, quiero

acostarme contigo y  
sacarte de mi cabeza,  
para que después  
podamos seguir  
trabajando juntos, como  
dos adultos, en vez de  
comportarnos como dos  
adolescentes calientes.

—¿Piensas que vas a  
poder acostarte conmigo  
y sacarme de tu cabeza  
tan fácilmente?

—Sí —respondió él  
mientras se desabrochaba  
la camisa.

Yo seguí el  
movimiento con la  
mirada y, a pesar de que  
ya lo había visto  
desnudo, nunca había  
sido así. Nunca se había  
desnudado para mí.

—¿Por qué? ¿Por qué  
ahora?

—Porque te necesito  
ahora.

    Mi cerebro me  
advirtió de que tuviese  
cuidado y yo lo escuché  
por una vez y me bajé de  
la cama.

    Él me siguió, sin dejar  
de desnudarse, y yo sentí  
que tenía la garganta  
seca. Sentí que caía  
desde una enorme altura

y no podía aferrarme a nada, que ya no existía la gravedad.

—¿Cómo te atreves? Me traes aquí a tu... a tu... cueva —espeté enfadada.

Jack se echó a reír.

—¿Mi cueva? — repitió, echando la cabeza hacia atrás.

Era tan sexy. Aquello no era justo. Yo sabía lo



que tenía que hacer. Sabía lo que necesitaba hacer, pero Jack se estaba riendo de mí y mi orgullo se estaba resintiendo.

Volví a saltar a la cama, la crucé rápidamente y salí por el otro lado, golpeándolo con la fuerza de mi cuerpo y haciendo que se

tambalease. Recuperó el equilibrio y me agarró mientras yo seguía empujándolo hacia la pared.

—No vas a poder librarte de mí tan fácilmente —le dije, apoyando el dedo índice en su pecho.

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti? ¿Por qué me consumes

día y noche? ¿Qué clase de embrujo es este?

Había necesitado oír aquellas palabras, que me llenaron de algo que no comprendí. Estaba feliz y confundida, asustada también, porque Jack era como Mr. Darcy, diciéndome que me quería en contra de su voluntad.

Aunque Jack prometía más sexo que amor, y Mr. Darcy jamás habría hecho que Elizabeth Bennet llegase al orgasmo apoyada en una mesa de cristal, en el piso cuarenta y dos de un edificio de Londres.

Lo que Lizzy tampoco habría hecho era...

Me arrodillé delante

de él y, antes de que se diese cuenta de lo que me proponía, o de que dijese algo para impedirlo, me metí su erección en la boca, hasta el fondo de la garganta.

—Dios santo, Gemma —gimió, pero no se apartó.

Enterró las manos en mi pelo, enredándomelo. Seguía despeinada

después de lo que me había hecho en la sala de juntas. Jack tiró de mi melena y yo pasé la lengua por su miembro al tiempo que lo acariciaba con la mano, y después volví a metermelo en la boca otra vez. Vi que Jack estaba tan perdido como yo y eso me hizo continuar.

Si yo iba a sentir que no sabía ni quién era, él también.

Moví la boca más deprisa y él me sujetó por el pelo. Tenía la respiración acelerada.

Yo intenté volver a metérmelo en la boca, pero no me lo permitió.

—Esto no va a terminar tan pronto —me

advirtió, apartándome y mirándome fijamente antes de agarrarme de los brazos para ponerme en pie.

Me miró a los ojos y mi gesto era tan triunfante que Jack debió de darse cuenta.

—Gemma... —me dijo después de un momento, empujándome hacia la cama.



A mí se me encogió el corazón en el pecho. Jack me empujó al medio del colchón y se agachó a recoger algo del suelo.

Un segundo después vi de qué se trataba: su cinturón. Estaba desnudo, espectacularmente desnudo y excitado. Pasó las manos por mis brazos, me agarró las

muñecas y me las colocó por encima de la cabeza.

—¿Confías en mí? — me preguntó con voz ronca, profunda.

Yo negué con la cabeza.

—Confío en tu capacidad para hacerme llegar al orgasmo, pero ahora mismo no sé si confío en ti para nada más.

Él se echó a reír y pasó el cinturón por el cabecero de la cama para después sujetar mis muñecas con él también. La posición no era particularmente cómoda.

—En ese caso, deja que te haga llegar al orgasmo una y otra vez, Gemma.

«Gemma». Me gustaba

cómo decía mi nombre, hacía que me excitase todavía más, si acaso aquello era posible.

Me levantó el vestido y me acarició los muslos. Yo seguía sin ropa interior y aquello le hizo sonreír.

—Eres preciosa —me dijo, casi como si fuese la primera vez que se fijaba en mí.

Acercó la boca a mi cuerpo y yo intenté echar los brazos hacia delante para tocarlo.

Jack se echó a reír.

—Y eres mía.

Yo sentí un cosquilleo. Era suya. En aquel momento, aquella noche. Me pregunté si sería igual con todas las mujeres con las que

pasaba una noche, si a cada una de ellas las hacía sentirse como si fuese la única mujer del mundo.

La idea de ser una más me molestó.

—¿Recuerdas lo que te he dicho en la sala de juntas?

Él me levantó más el vestido por encima de los pechos y empezó a

acariciarme                      sin  
molestarse                      en  
desabrocharme                el  
sujetador, con las manos  
y con la boca.

Yo arqueé la espalda  
instintivamente y Jack se  
echó a reír.

—¿Quieres que te haga  
esto?                      —murmuró,  
pasando la lengua por mi  
pecho.

Asentí.

—Lo quiero todo —  
respondí muy seria.

—¿Todo?

—Todo. Por favor.

—¿Recuerdas lo que  
te dije? —insistió.

—¿Qué no volviese a  
ponerme ropa interior?

Jack se echó a reír, me  
mordisqueó el pezón y yo  
grité de placer.



—Eso, también.

Pasó la rugosa mandíbula por mi pecho, haciéndome gemir.

—Te dije que te iba a hacer mía hasta que te olvidases hasta de tu nombre. ¿Te parece bien?

Volví a asentir. Estaba perdida y quería que él se diese cuenta.

—¿Qué nos está pasando?

Jack sonrió.

—¿Qué está pasando? Yo pienso que por fin he encontrado la cura a mi enfermedad, eso es lo que está pasando.

Y me penetró, tan profundamente, con tanta fuerza y rapidez que me hizo olvidarlo todo.

Intenté tocarlo de nuevo,  
pero no pude y grité de  
frustración.

—¿Tomas la píldora?  
—me preguntó.

Respondí inclinando la  
cabeza.

Me sentía aturdida de  
placer. Todo mi cuerpo  
ardía de deseo. Gracias a  
él, que me acariciaba  
mientras se movía en mi  
interior. Y yo quería

todavía más.

—¡Por favor! —gemí,  
sin saber por qué.

Pero Jack ya sabía lo que necesitaba, ya era el dueño de mi cuerpo a pesar de ser la primera vez. Volvió a hacerme explotar por dentro.

Gemí, lo abracé con las piernas por la cintura para que no se moviese,

pero antes de haber terminado del todo, Jack me puso las piernas en sus hombros y me penetró tan profundamente que vi las estrellas de placer. Se movió en mi interior a su ritmo y me besó en el interior de las rodillas.

Temblando, noté que salía y estuve a punto de sollozar del vacío que

sentía.

Río, como si supiese cómo me dejaba.

Me agarró con fuerza por las caderas y me hizo girarme sobre el estómago, con los brazos cruzados, el vestido arrugado alrededor de los pechos y el cuello.

No tuve tiempo de decirle aquello, ni de

colocarme mejor, me separó las piernas, colocó un brazo bajo mi vientre y me levantó para volver a penetrarme desde atrás, rozando nervios nuevos, provocándome sensaciones nuevas y, a juzgar por los sonidos que emitía, diferentes también para él.

Me sujetó con fuerza

por las caderas y se  
movió en mi interior,  
haciendo que me sintiese,  
en cierto modo, diferente.  
Me besó en el hombro y  
después fue bajando por  
la espalda hasta  
morderme el trasero  
suavemente, pero lo  
suficiente para hacerme  
gemir. Entonces chupó  
con fuerza la curva de mi



espalda y me pregunté si me iba a dejar una marca.

Me acarició con un dedo en el trasero, suavemente, era la primera vez que me tocaban allí y me aparté instintivamente, Jack lo entendió y trasladó el dedo al clítoris.

Me acariciaba como si yo fuese una guitarra, de un modo tan intenso que

casi no podía soportar el placer, pero no me atreví a decirle que parase porque tampoco habría podido soportar que lo hiciese.

Volví a estallar, con más fuerza, y empecé a temblar de la cabeza a los pies, con todo el cuerpo cubierto de sudor.

Jack me sujetó con

fuerza, esperando a que las sacudidas remitiesen un poco, y entonces pasó la mano del vientre a los pechos, sin dejar de moverse en mi interior.

—No es justo —  
gimoteé, apoyando la espalda en la almohada, intentando recuperar la respiración—. Quiero que tú también sientas esto.

Jack emitió un sonido, no supe si de asentimiento o diversión.

—¿Piensas que no me estoy divirtiendo?

No. Sabía que lo estaba pasando bien, pero no era suficiente. No quería sentirme como todas esas mujeres, no quería limitarme a que me tomase él. Quería

hacer que la vida de Jack se sacudiese también.

—¿Voy a poder atarte yo a ti? —pregunté.

Se echó a reír.

—No.

—¿Por qué no? Sería lo justo.

—En este caso, no.

—¿No te parece un poco sexista?

—¿No te gusta?

Me ardieron las

mejillas y me alegré de estar de espaldas a Jack, que me acarició el trasero y volvió a encender el placer en mí, haciendo que me olvidase de lo que le estaba diciendo y volviese a disfrutar con lo que me estaba haciendo.

Levanté el trasero más

y él me lo masajeó con los dedos. Gemí y él me penetró más. Estaba muy húmeda. Bajé la cabeza y él alargó la mano y desató el cinturón, liberando mis manos.

—Date la vuelta.

Era una orden. La obedecí aunque una parte de mí quería decirle que no.

Tumbada de espaldas,

con la respiración  
acelerada, mordiéndome  
el labio inferior, lo miré.

—Quiero que veas  
cómo me haces sentir —  
admitió con voz ronca.

Volvió a separarme  
las piernas, se las colocó  
de nuevo sobre los  
hombros y se hundió en  
mí, y yo lo recibí como si  
llevase meses



esperándolo, no segundos. Entrelazó las manos con las mías y me miró mientras volvía a moverse en mi interior.

Cerré los ojos y noté que el placer volvía a crecer en mi interior. Él me besó y me mordió los labios para hacer que lo mirase.

—Quiero verte y quiero que tú me veas a

mí.

Me tenía hipnotizada, no podía apartar la vista de él, de su rostro, reflejo del placer que sentía.

Llegó al clímax en mi interior y gimió con fuerza, un sonido gutural inundó la habitación. Se quedó encima de mí, con la respiración

entrecortada, mirándome de modo casi acusador mientras se recuperaba, y yo me sentí débil y confundida, sin comprender bien lo que nos había ocurrido.

Miré fijamente a mi jefe, al hombre que me acababa de provocar... ¿cuatro orgasmos? ¿Cinco? Había perdido la cuenta.

Me maldije y me pregunté si sería así con todas las mujeres. Odié pensar aquello, pero mi cerebro me obligó a recordarlas. A recordar cómo era Jack.

—Supongo que no recibes quejas, no — murmuré, pasando las puntas de los dedos por su espalda, que, como la

mía, también estaba sudada.

—No muchas.

Se incorporó sonriendo solo con los labios y me dio un suave beso en la frente antes de ponerse en pie.

—Le pediré a Hughes que te lleve a casa.

Yo oí aquellas palabras como si me estuviese hablando en un

idioma extranjero.  
¿Cómo que iba a pedirle  
a Hughes que me llevara  
a casa? ¿De verdad  
hablaba en serio? ¿Ya  
quería deshacerse de mí?

Sonreí a pesar de que  
mi mente no podía  
asimilar la rudeza de sus  
palabras.

—Tengo que terminar  
algo en el despacho —

respondí,  
sorprendiéndome a mí  
misma.

¿Cómo había  
conseguido hablar en  
tono tan aburrido, con  
tanta naturalidad? Era  
mentira, pero no se me  
había ocurrido otra cosa.

Él asintió.

—De acuerdo, que te  
lleve allí —respondió  
Jack, volviendo a sonreír

de manera tensa—. ¿No te importa salir sola? Yo voy a darme una ducha.

Yo no me lo podía creer.

—Seré capaz de encontrar la puerta sin un mapa —le respondí en tono sarcástico, tomando mi teléfono.

Volví a la vida y miré el correo electrónico,



pero las letras estaban borrosas y mi cerebro no era capaz de funcionar.

Jack fue hacia una puerta que había al otro lado de la habitación y yo seguí con la vista clavada en el aparato, aunque sabía que se había detenido y me estaba mirando. Así que sonreí como si estuviese leyendo algo divertido, y

fingí escribir una  
 respuesta.

Si una hora antes  
 alguien me hubiese  
 preguntado qué podía  
 salir mal, yo habría dicho  
 que aquello. Había  
 rebasado todos los  
 límites con mi jefe, y  
 Jack estaba volviendo a  
 establecerlos  
 rápidamente, dejándome

fuera.

Moví los dedos por el  
teléfono, fingiendo  
escribir, intentando  
distraerlo para que no  
viese las fisuras que se  
abrían en mi corazón, mi  
esperanza y mi confianza.

Por fin entró en el  
baño y oí que caía el  
agua de la ducha.

«Cerdo».

Tal vez hubiese sido el

mejor sexo de mi vida,  
pero estaba segura de  
que también era el mayor  
error.

## Capítulo 5

—Amber —dije,  
sonriendo y mirando a  
aquella mujer pelirroja a  
los ojos con genuino  
interés.

La hermana de Lucy  
tenía diez años más que

esta y la misma piel clara y las mismas facciones delicadas, al menos, en las fotografías que había visto. Los ojos eran enormes y marrones, la sonrisa tímida, pero de verdad. Era atractiva, regordeta.

Me gustó nada más verla.

—La angelical Gemma—  
—respondió ella—.

Llevaba mucho tiempo queriendo conocer a la mujer que ha conseguido domar a mi yerno.

¿Domarlo? De eso nada.

Los recuerdos de la tarde anterior invadieron mi mente y yo los aparté. No podía pensar en cómo me había sentido haciendo el amor con

Jack Grant. No, en cómo me había tomado Jack Grant, había sido sexo, un sexo muy intenso. Se me encogió el estómago al recordar tanto deseo. La reacción fue visceral, sentí cómo lo necesitaba a nivel celular. Era una sensación tan apremiante como la sed, el hambre, el miedo. Lo suficientemente fuerte



como para hacerme caer de rodillas.

Tragué saliva e intenté calmar un repentino e insaciable deseo.

—Yo diría que es indomable —respondí, en tono ligeramente desesperado, haciéndole un gesto para que se sentase.

La había llevado a la

pequeña sala de reuniones que había en la mansión.

Afortunadamente, no se parecía en nada a la sala de juntas de Londres, con su decoración moderna y sus imponentes vistas. Aquella habitación era mucho más propia de una casa antigua, a las afueras de Hampsted. Aunque también fuese

lujosa, con los sillones de cuero, también era, en cierto modo, acogedora.

—En ese caso, has conseguido soportarlo. Debes de tener la paciencia de un santo.

—Debo de tenerla — admití.

—En realidad, Gemma es muy impaciente.

La voz de Jack inundó

la habitación antes de que entrase él, y yo me puse recta en la silla.

—Si no le doy lo que quiere, me ruega y me suplica hasta que lo consigue.

Me ardieron las mejillas y agradecí que Amber se hubiese levantado para acercarse a Jack. Yo pensé que era un cretino. ¿Cómo se

atrevía a decir algo así?  
Ambos sabíamos que yo  
le había rogado que me  
hiciera el amor la tarde  
anterior.

Clavé la mirada en  
Jack y Amber, fascinada,  
se estaban abrazando con  
verdadero cariño, y con  
dolor también. Él llevaba  
puestos unos pantalones  
azules marino y una

camisa azul clara, remangada, de lino, un poco arrugada a la altura del pecho, como si hubiese estado mucho tiempo sentado.

Jack mantuvo la mano en la cintura de Amber mientras volvían a acercarse a la mesa. Amber se sentó enfrente de mí y Jack, a su lado.

Eran familia. Yo era la

extraña allí.

Me dolió. Incluso más de lo que me había dolido la ducha de Jack la tarde anterior.

Me pregunté si había tenido que beber grandes cantidades de whisky para olvidarse de mí la noche anterior.

Clavé la mirada en su rostro y me di cuenta de

que me estaba observando intensamente, como si quisiese analizar cada latido de mi corazón.

Yo parpadeé, tuve cuidado para no reaccionar, y entonces miré a Amber.

—¿Qué tal van los preparativos del lanzamiento?

—Bien. Estamos en



ello. Ya he contratado al personal y estamos empezando a darnos a conocer internacionalmente, para poder recibir donaciones extranjeras.

—¿Tienes ya publicidad?

—Vamos a reunirnos con dos agencias la semana que viene. Vamos

a anunciarnos en la prensa escrita y digital, y tenemos la posibilidad de patrocinar un importante evento deportivo durante el verano, posiblemente, el cricket.

Jack hizo una mueca.

—¿Cricket?

—Venga, Jack. A Lucy le habría gustado —  
respondió Amber

sonriéndole al tiempo que le clavaba un dedo en el hombro, volviendo a mostrar la camaradería que había entre ambos.

Era extraño, pero no solía pensar en Jack así... como miembro de otros círculos.

Jack y yo trabajábamos juntos. Y el trabajo consumía tanta

parte de mi vida que tuve que admitir que me sorprendía darme cuenta de que había otras personas en su vida, otros recuerdos y aficiones, bromas e historia.

Me pregunté si a Lucy le gustaba el cricket y a él no. ¿Habrían reído juntos de su aversión a cualquier deporte que no

fuese el rugby?

Intenté no pensar en aquello, pero no podía evitarlo, no podía sacármelo de la cabeza.

—Será divertido —añadió Amber en voz alta, dedicándome una sonrisa alentadora y guiñándome un ojo.

Y a pesar de que me estaba obligando a

asomarme a un pasado feliz de Jack, no pude evitar que me cayese bien, muy bien, y cuanto más hablaba de la fundación, más sabía yo que habíamos tomado la decisión acertada. Estaba muy bien informada acerca de todos los temas que yo necesitaría consultarle, era meticulosa, rápida y

divertida. Y estaba más motivada que nadie para conseguir que la recaudación de fondos fuese un éxito.

Era la hermana de Lucy y Lucy estaba muerta, pero yo, de repente, sentía celos de Amber. Era ridículo, pero, viéndola hablar, viendo sus carnosos

labios rojos y su alegre rostro, me sentía sosa y aburrida en comparación.

También debía de ser bastante insípida en comparación con Lucy.

Bajé la vista mientras ella describía las vistas desde su despacho. Me había puesto uno de mis vestidos favoritos, color verde oliva, con las mangas acampanadas y



cuello barco. Un vestido aburrido y conservador, la clase de vestido que a mi madre le habría encantado. Lo había elegido porque tenía las mangas muy largas y tenía que cubrirme las muñecas, magulladas del día anterior.

Magulladas. «Gracias, cretino».

Asentí a Amber mientras esta seguía hablando y miré a Jack.

Este también estaba mirando mis muñecas y se había puesto blanco. Yo me puse nerviosa, crucé y descrucé las piernas y, al mismo tiempo, me bajé las mangas más.

—Ya nos contarás el

resto durante la comida, Amber. Gemma tiene la mesa de su despacho llena de papeles de los que se tiene que ocupar.

—¡Tus tonterías! —le respondió ella riendo, sin mala intención, completamente relajada.

—Es su trabajo —apuntó él.

Amber puso los ojos en blanco.

—No comprendo cómo lo soportas.

Pero se levantó, se alisó las arrugas de la falda y se acercó a mí. Yo le tendí la mano, pero Amber me abrazó.

—Hemos hablado tantas veces que tenía la sensación de conocerte, pero me encanta que nos veamos en persona por

fin.

—Igualmente —  
murmuré, apartándome  
con frialdad.

Otro gesto que habría  
aprobado mi madre. Me  
mostraba distante e iba  
vestida de color verde  
oliva. Estupendo. Era  
todo lo que me había  
jurado que jamás sería.

—¿Gemma? Necesito  
hablar un momento

contigo, por favor —me dijo Jack, girándose hacia Amber—. ¿Por qué no me esperas en el coche? No tardaré.

—Tengo que hacer un par de llamadas —contestó ella, asintiendo, antes de salir de la habitación.

Jack la siguió, pero solo para cerrar la puerta

con cerrojo. Entonces se acercó lentamente a mí, como un animal que acechase a su presa.

Y yo tuve cuatro segundos exactos para prepararme. Cuatro segundos para ignorar los latidos de mi corazón y mi libido. Cuatro segundos para recordarme que Jack era mi jefe, y que era un

cerdo. Para recordarme cómo me había sentido cuando me había pedido que me marchase dos minutos después de haberse apartado de mi cuerpo.

Nadie tenía derecho a hacerme sentir así. Nadie. Y mucho menos dos veces.

—Ha ido bien —



comenté en tono eficiente, poniéndome en modo profesional—. Me alegra que Amber esté al frente de la fundación.

Él apretó la mandíbula, me agarró las muñecas y las levantó, apartó las mangas para dejar al descubierto las marcas que había en mis brazos. Cerró los ojos y las acarició, como si se

estuviese preparando  
antes de mirarlas de  
cerca.

—Te hice daño.

Yo tragué saliva, no  
me gustaba ver aquella  
parte de él como  
tampoco me gustaba  
cuando se comportaba  
como un cretino que se  
duchaba y se marchaba  
nada más salir de mí. No

obstante, aquello me dio más miedo, porque hacía que se me acelerase el corazón y se me encogiese el vientre al verlo tan humano y sensible.

Aparté las manos con brusquedad.

—Sí, no te puedes imaginar lo mucho que me duele, estoy agonizando —le dije,

poniendo los ojos en blanco—. No son más que unos moratones.

Él asintió, pero tenía un gesto que yo no supe si quería volver a ver.

—Escucha, Gemma, con respecto a ayer...

Se me volvió a encoger el estómago.

—No pasa nada — esbozando una sonrisa,

solo un instante—. Te conozco bien.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo entiendes —continuó con frustración, frunciendo el ceño—. Permíteme que te lo explique.

Yo tragué saliva. «Sé fuerte», me dije.

—No es necesario — le respondí en tono firme.

No quería que me

explicase nada, sin explicación había ambivalencia, no quería oírle decir que se arrepentía o, peor, que quería disculparse...

—Fue estupendo. Me divertí. Dejémoslo ahí — le dije.

Me dirigí hacia la puerta para salir, necesitaba escapar. Me

temblaban las piernas y tenía la garganta seca y dolorida. Me aparté de él porque mi cordura dependía de la distancia que pusiese entre ambos.

Pero él me siguió, apoyó las manos a ambos lados de mi cuerpo, sobre la puerta, y me atrapó. Yo me quedé inmóvil, mirando al frente, mientras mi

cuerpo se volvía loco de tenerlo otra vez tan cerca.

—¿Quieres que lo dejemos ahí? —me preguntó, apoyando una mano en mi cadera.

Yo cerré los ojos e intenté calmar mi respiración.

—¿Quieres olvidar cómo fue ayer? ¿No



quieres repetir? —me preguntó, bajando la mano por mi pierna para meterla por debajo del vestido—. Si quieres que me aparte, dímelo y lo haré. Dejaré de tocarte. Para siempre.

Yo asentí, pero no conseguí articular palabra.

—Separa las piernas.

Mi cerebro me

prohibió hacerlo.

—Jack... —dije con voz ronca.

—Llevo toda la mañana preguntándomelo —añadió—. ¿Me has hecho caso?

Metió la mano por debajo de mi vestido y subió por mi pierna, tocó la ropa interior.

—No, no me has hecho

caso, qué pena. Porque si no llevases ropa interior, te tomaría aquí mismo. Aquí, contra la puerta. ¿Te gustaría, Gemma?

Yo gemí, inmóvil, solo de imaginármelo.

—Salvo que me digas lo contrario, te voy a hacer mía ahora mismo.

No solo no encontré las palabras para rechazarlo, sino que me

rendí y asentí. Oí cómo Jack exhalaba y sonreí débilmente. Intenté apartarme, pero me tenía agarrada por la cadera con firmeza.

—No. Así —me dijo, echándome hacia atrás y haciendo que me doblase a noventa grados.

No me quitó la ropa interior, tiró de ella con

ambas manos hasta que la rompió y entonces la dejó caer al suelo.

Yo miré hacia abajo, sorprendida, impaciente.

—Eran muy caras —le dije.

—Me                   estaban molestando.

Lo oí bajarse la cremallera del pantalón, rasgar el envoltorio del preservativo, ponérselo,

y entonces me penetró. Sin preámbulos, aunque lo cierto era que llevábamos todo el día esperando aquello. Me pasó las manos por la espalda mientras me llenaba y yo apoyé los dedos en la puerta, aceptándolo como si lo necesitase para continuar viviendo.

Tenía frío y calor al mismo tiempo, y estaba a punto de llegar al orgasmo cuando salió de mí. Volvía a atormentarme, como el día anterior, y yo gemí en voz alta, desolada por la interrupción.

—No se te ocurra parar —le advertí enfadada.

Él me puso recta y me hizo girar, me apoyó contra la puerta y me besó con tal pasión que casi se me doblaron las piernas.

—Considéralo un pagaré —me dijo, apartándose—. Y no quiero que vuelvas a usar esto.

Se agachó y recogió



del suelo lo que quedaba de mi ropa interior.

—¿Es una orden, señor? —le pregunté.

—Por supuesto.

—En ese caso, llamaré a recursos humanos para que lo añadan a mi contrato.

Me volvió a besar y mi cuerpo se inclinó hacia él.

—Quiero más sexo —

le dije contra los labios.

—Nada me lo  
impedirá —rugió él—.  
Luego.

Cinco minutos más  
tarde estaba sentada en  
mi despacho, con el ceño  
fruncido.

¿Qué era exactamente  
lo que acababa de  
ocurrir?

Había sido como si un ciclón hubiese invadido la habitación y se hubiese situado justo encima de nosotros. Bastaba con que estuviésemos cerca para que el mundo se volviese loco y nosotros, animales salvajes.

Incliné la cabeza y la enterré entre las manos.

Nunca me había sentido así.

Siempre había sido capaz de controlar a los hombres que habían pasado por mi vida, siempre, siempre había sabido lo que quería de ellos. Las decisiones relacionadas con mis parejas las había tomado la misma parte de mi cerebro que regía en mi carrera profesional y el

resto de aspectos de mi vida.

Algunas personas hablaban de amor a primera vista, pero yo siempre había pensado que era una tontería.

Lo que no significaba que estuviese enamorada de Jack. Estaba sexualmente atormentada, pero sabía que amar a Jack sería una tontería.

No obstante, cuando lo tenía cerca no era capaz de pensar.

Jack era todo poder, poder sexual. Reconocerlo me hacía sentir incómoda y saber que no podía evitar dejarme llevar me molestaba todavía más.

Sabía que yo también lo volvía loco. Hice un

intento por recordar que yo también tenía mis habilidades, que cuando me cernía sobre él era completamente mío. Completamente.

Y no pensaba que a Jack le gustase aquella situación más que a mí. Su cerebro debía de estar diciéndole más o menos lo mismo que a mí el mío. Que nuestra relación

anterior había  
funcionado, aunque yo  
hubiese tenido que  
controlarme para no caer  
en las redes del atractivo  
Jack Grant. Porque,  
profesionalmente,  
habíamos formado un  
gran equipo.

Y que perder aquello  
era un enorme riesgo,  
sobre todo para él. Yo



podría conseguir otro trabajo, en realidad, siempre me estaban haciendo ofertas.

Fruncí el ceño todavía más y abrí el segundo cajón del escritorio, en el que busqué la tarjeta del cazatalentos que con más insistencia me llamaba. Andrew Long, de Saatchi & Long. Me había ofrecido algunas

oportunidades increíbles el año anterior, pero yo las había rechazado.

Jack debía de saberlo, porque me pagaba muy bien, no podía permitirse el lujo de perderme. Pero, sobre todo, me daba la oportunidad de estar con él, de pasarme todo el día viendo al maravilloso Jack Grant.

Me maldije.

Pensé que aquello no tenía solución. Me rasqué la espalda y volví a guardar la tarjeta de Andrew en el cajón, lo cerré, tomé el bolso y me lo colgué del hombro.

—Voy a salir —dije al pasar por delante de Sophia y Rose—. No tardaré.

Sophia se despidió con la mano. Yo seguí andando, consciente de que no llevaba ropa interior. Fuera hacía frío, no me había puesto el abrigo, pero me daba igual.

—¿Señora? —me saludó Hughes, que estaba al lado de la limusina.

—¿Te pasas el día ahí parado, esperando a que yo salga? —le pregunté en tono de broma, sabiendo lo ocupado que estaba.

—Hay cosas peores. ¿De verdad puede andar con eso?

Clavó la vista en mis Louboutin, sonriendo. El tacón era muy alto y, sí, a

mí se me daba muy bien andar con tacones.

—Podría correr una maratón con ellos — respondí, guiñándole un ojo.

El viento hizo volar mi cola de caballo, que me golpeó la mejilla.

—Hoy no hará falta — me dijo él, abriéndome la puerta—.           ¿Adónde quiere ir?

Yo lo miré fijamente,  
sin saber qué responder.

—A dar una vuelta —  
le dije—. Necesito un  
café.

—¿Un café? —repitió  
él,                   divertido—.  
¿Significa eso que la  
nave espacial ha dejado  
de funcionar?

Yo negué con la  
cabeza. Ambos sabíamos

que Jack tenía una cafetera estupenda que preparaba un café delicioso.

—Está bien, me has pillado. Quiero un *pain au chocolat*.

—¿De verdad? — preguntó Hughes sonriendo—. Siente debilidad por los dulces... interesante.

Me encogí de



hombros.

—Todos tenemos días.

—No me diga más.

—Hasta luego —me despedí—. ¿Necesitas algo?

—No, señora.

Así que la había hecho mía contra la puerta de la sala de reuniones de mi casa y contra el cristal de

la mesa de la sala de juntas de Londres. Y mientras mi cuñada estaba esperándome en el coche.

Santo cielo.

El tema de Gemma se me estaba yendo de las manos. Me había despertado esa mañana pensando que debía disculparme con ella, dispuesto a decirle que

haber tenido sexo con ella había sido un error. Un error colosal.

Y entonces la había visto alejarse de mí y había sentido pánico.

Al parecer, Gemma solo me escuchaba cuando estaba dentro de ella.

¿Entonces? ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a tener que

acostarme con ella cada vez que no estuviésemos de acuerdo? ¿Cada vez que Gemma se molestase?

Amber se echó a reír y yo sonreí, pero estaba pensando en Gemma y en la promesa que le había hecho, solo de pensar en no cumplirla sentí que una parte de mí se marchitaba. Tenía que

aceptar lo inevitable:  
volveríamos a tener sexo.

Me excité solo de pensarlo, me pregunté si seguiría sin llevar nada debajo del vestido, si seguiría esperándome, deseándome.

Bebí de mi copa de vino y respondí vagamente a la pregunta que me había hecho

Amber, sorprendido de haberla escuchado, de que parte de mi cerebro siguiese funcionando con normalidad.

Me encantaba el sexo. Me encantaba porque me permitía olvidarme de Lucy y de lo que ya no tenía. Pero Gemma era diferente, porque quería volver a verla cada mañana, pero me

pregunté qué ocurriría si ella empezaba a querer más de lo que yo podía darle.

—Hola, abuela —le dije, sonriendo al oír que contestaba al teléfono.

La oí dar un sorbo a su taza de té y me la imaginé sonriendo.

—¿Qué pasa, cariño?

—No pasa nada.  
¿Cómo estás?

—Es viernes a mediodía y me estás llamando. ¿Qué pasa?

Sacudí la cabeza, las lágrimas que llevaba días conteniendo amenazaban con derramarse. Parpadeé con fuerza, observando a una familia que pasaba delante de mí. El padre y la madre



iban de la mano, y tres niños pequeños corrían a su alrededor. Yo deseé correr con ellos.

—¿Oigo cantar a un pájaro de fondo?

Mordí el *pain au chocolat* y sacudí las migas que se habían caído al hacerlo.

—Estoy tomándome un café.

—¿Significa eso que te has levantado de tu escritorio?

Me eché a reír.

—Sí, abuela. Salgo de vez en cuando.

—¿Has hablado con tu madre recientemente?

Fruncí el ceño. La abuela era la única persona del mundo que comprendía la relación

que tenía con mis padres. Los quería, al fin y al cabo, me habían dado la vida, pero también me habían dado inseguridad y la sensación de que nunca iba a ser lo suficientemente buena para ellos. Por suerte, la abuela me había sacado de aquello.

—Hace más o menos una semana —respondí,

aunque en realidad hacía más bien un mes—. ¿Y tú?

—Me llamaron ayer, están en Camboya.

Yo arqueé las cejas, imaginando a mi madre, tan elegante y arreglada como siempre, en Camboya.

—Están haciendo un voluntariado —me

explicó mi abuela.

Yo arqueé una ceja al imaginarme a mi elegante madre, con su manicura perfecta, ni más ni menos que en Camboya.

Me eché a reír. Mis padres, que eran ricos y aristocráticos habían alcanzado un punto en su vida en el que estaban tan aburridos que habían decidido contribuir a que

el mundo fuese mejor. Así que habían empezado a gastar dinero para que los niños de África tuviesen zapatos, habían viajado a Lituania y, en esos momentos, al sur de Asia, para ayudar a extender la vacunación entre los pobres.

Me pregunté de cuánta ayuda sería mi madre,

que se desmayaba con tan solo ver sangre, y mi padre, que no soportaba el calor, los mosquitos ni la pobreza.

—Creo que van a volver antes de tiempo —comentó mi abuela en tono divertido.

—Qué sorpresa —dije yo como si la noticia me decepcionase—. Apuesto a que la comunidad

filantrópica de Camboya  
respirará aliviada al  
verlos subir al avión.

—Seguro que sí —  
murmuró mi abuela.

—Lo mejor que  
podrían hacer es donar  
dinero a una fundación  
—añadí—. Lo que esa  
gente necesita es dinero.  
Y así los profesionales  
formados pueden hacer



su trabajo sin que los molesten personas del primer mundo atormentadas por su nivel de vida.

—Vaya, ¿llevabas mucho tiempo con ganas de decir eso?

—Lo siento, pero no soporto el turismo filantrópico. Si veo otra fotografía de una amiga de la infancia posando

con niños de África me va a dar algo.

—Lo hacen por una buena causa.

—Sí, los ricos se sienten mejor haciendo esas cosas.

—Umm.

Supe que mi abuela estaba asintiendo. Estaba convencida.

—Entonces, ¿no te

pasa nada? —me preguntó.

Volví a fijarme en los niños que corrían en la calle mientras sus padres los observaban, de la mano, riendo al ver tropezar al más pequeño con la hierba. Uno de los hermanos mayores lo agarró y lo hizo girar por los aires mientras el pequeño reía y el aire

traía su risa hacia a mí,  
como golpeándome en la  
cara.

Pensé que yo no quería  
hijos. No quería que  
nadie tuviese una niñez  
como la mía. No me  
habían maltratado, ni  
nada parecido, mis  
padres me habían  
querido. Me habían  
querido lo suficiente

como para contratar a los mejores tutores y niñeras, a los mejores profesores de equitación. Me habían mandado a los mejores colegios. Los mejores colegios en los que conocer a los mejores maridos.

Me habían querido lo suficiente como para cuestionar mi cordura cuando había anunciado

que quería estudiar en Oxford, pero la que había estado en primera fila cuando me había licenciado y había hecho un posgrado en Económicas había sido mi abuela.

—Es solo que estoy cansada —comenté en voz baja—. El trabajo me tiene loca

últimamente.

La abuela guardó silencio un instante, antes de preguntar:

—¿Vas a venir a comer mañana?

Vaya, era casi fin de semana.

—¿A comer? Por supuesto.

—¿Y me vas a sacar de este agujero? Llévame a algún lugar en el que

pueda beber champán hasta que me maree.

Me eché a reír, el agujero en el que vivía la abuela era una residencia que costaba al año más de lo que ganaban algunas personas en toda su vida. Tenía incluso un mayordomo para ella sola. No obstante, en la residencia no aprobaban



su afición por las burbujas.

—Claro que sí.

Me levanté y miré por última vez a la familia que desaparecía en lo alto de la colina, y fui en dirección al camino que llevaba hasta la mansión de Jack.

Intenté no pensar en si Jack estaría en su despacho cuando llegase.



## Capítulo 6

Afortunadamente,  
estaba muy ocupada  
preparando el viaje a  
Australia, respondiendo  
a algunos correos  
urgentes y mirando  
algunos currículos de

alto nivel para la fundación, así que el día pasó deprisa.

Antes de que me diese cuenta ya era de noche y yo seguía sentada en mi despacho.

Estaba empezando a recoger cuando sonó mi teléfono con la llegada de un mensaje: *Estoy en Londres. Hughes te traerá aquí cuando*

*hayas terminado.*

Lo leí tres veces, cada vez más desconcertada. Era cierto que esa mañana yo le había rogado a Jack que volviese a tomarme, pero aquella manera de seducirme no era precisamente la más elaborada.

*¿Me necesitas para*

*algo?*, le respondí, antes de colgarme el bolso del hombro y apagar la luz.

*Ya sabes lo que necesito.*

No contesté. Salí al exterior y sonreí a Hughes, que debía de ser el único de la empresa que trabajaba tantas horas como Jack y yo. No tenía familia. Había estado en el ejército y,

después de tres veces en Irak, había decidido dar un cambio a su vida. Era un hombre inteligente, prudente y en el que sabíamos que podíamos confiar.

Sabíamos, en plural.

Yo solía hacer bastante eso de pluralizar, aunque no de un modo romántico. Jack

y yo casi nos habíamos convertido en una pareja con los años, sin darnos cuenta.

—He quedado con Jack en su casa de Londres —murmuré.

Cuando tenía dieciséis años, mi padre me sorprendió con Roger Cranston en la cocina. Yo estuve a punto de morirme de la vergüenza



y me pasé la semana siguiente inventándome historias para justificar el motivo por el que Roger había estado arrodillado enfrente de mí y yo, con la falda levantada.

—Se le cayó un lapicero... y... yo estaba buscando otro...

En aquel momento me

sentí igual, avergonzada, como si tuviese que dar explicaciones a Hughes.

Con las mejillas sonrojadas, incapaz de mirarlo a los ojos, añadí:

—Necesito que me firme unos documentos.

Él me abrió la puerta y sonrió.

—Ha sido un día largo, ¿verdad?

—Sí.

Entré en el coche con cuidado, para que Hughes no viese que no llevaba ropa interior y después me hundí en el asiento de cuero.

Me dediqué a leer las noticias en el teléfono durante el trayecto, después de haber pasado todo el día ajena a todo, y me enteré de que la

policía había perseguido a un sospechoso y lo había matado, y que una cadena de supermercados estaba al borde de la bancarrota.

No tardamos en llegar al apartamento de Jack. Hughes me abrió la puerta, llamó al ascensor y sacó su tarjeta para poder darme acceso al ático.

—Gracias, buenas  
noches, Hughes.

—Buenas noches,  
señora.

Yo me eché a reír.

—Sabes que odio que  
me llames así.

Las puertas del  
ascensor se cerraron  
mientras él me guiñaba  
un ojo.

Yo seguía sonriendo

cuando se volvieron a abrir y miré con curiosidad el apartamento de Jack. Había un par de luces encendidas, pero el ambiente era más bien oscuro. Caminé hacia una de ellas.

—Hola.

La voz de Jack procedía del pasillo y lo vi salir de una de las

habitaciones con una toalla alrededor de la cintura.

—No sabía que estuvieses de camino.

Yo clavé la vista en su pecho desnudo, en el movimiento de este al respirar, en su ligero bronceado y en la línea de vello que se perdía bajo la toalla.

Tragué saliva, tenía la garganta seca, y me obligué a mirarlo a los ojos.

—¿Qué tal tu día? — pregunté en tono profesional.

—Bien.

Jack se quitó la toalla, sin importarle quedarse desnudo, y se secó el pelo con ella. Tenía una



ligera erección y yo deseé saltar sobre él allí mismo.

Pero no lo hice. No supe por qué, pero algo me mantuvo inmóvil.

—¿Ha ido bien la reunión con Amber?

—Sí. Tenías razón. Ha sido una buena elección para el puesto.

—Me parece que tiene la combinación perfecta

de experiencia y pasión.

Jack asintió.

—Por supuesto que sí, señorita Picton. ¿Te apetece un cóctel para empezar?

Lo maldije. Me gustaba que me llamase así, señorita, dicho por él no parecía una fórmula de cortesía, sino una galantería.

—¿Para empezar? —  
no pude evitar bromear.

Él volvió a ponerse la toalla y yo me alegré, aunque eso significase que no podía ver su cuerpo. Al menos, la temperatura de mi cuerpo iba a dejar de aumentar.

—Para empezar, antes de que te haga mía hasta quitarte el sentido —me

respondió sonriendo,  
tirando de mí.

Yo tuve la sensación de que aquello estaba bien, aunque en realidad estaba muy mal. Era extraño. Bajé la vista al suelo y entonces recordé que hacía dos años que conocía a Jack y que, ocurriese lo que ocurriese, trabajábamos juntos y yo no debía

acobardarme.

—Un cóctel me parece bien.

Él sonrió mientras me miraba a los ojos y me levantó el vestido con la misma reverencia con la que un novio levanta el velo a su novia la noche de bodas.

Gimió con apreciación al comprobar que no

llevaba nada debajo.

—¿Llevas todo el día esperándome? —me preguntó, agarrándome del trasero y apretándome contra él.

—La ropa interior me la has roto tú —le recordé.

—Lo siento —me respondió sin ningún signo de arrepentimiento.

Me soltó y yo contuve

un gemido de  
impaciencia, y lo vi ir a  
la cocina y sacar algo del  
congelador. Era una  
botella que no reconocí.  
La sacudió y la abrió, y  
sirvió su contenido en  
dos copas. Entonces me  
di cuenta de que era  
Coca-Cola helada.

La probé con cautela y  
lo miré a los ojos.

—¿Sabe a cereza?

Arqué las cejas y di otro sorbo.

—Es mi nuevo sabor favorito.

Mis mejillas se pusieron casi del mismo color que la bebida.

—Y el mío también — admití.

—Me alegro de que ambos estemos abriendo



nuestras mentes —  
contestó, guiñándome un  
ojo—. ¿Qué tal tu día?

—Mucho trabajo —  
admití, pero no quería  
hablar de trabajo—.  
Aunque también he  
hablado con mi abuela y  
he estado en Heath.

Jack se echó a reír.

—¿No te tengo lo  
suficientemente ocupada?

—Ha sido solo un

breve descanso.

—Es broma —dijo Jack, pensativo—. No hablas nunca de tu familia.

—Sí que lo hago, pero no contigo —repliqué, tal vez con demasiada rapidez.

—Entiendo. ¿Y por qué no?

—Bueno, para

empezar, porque hasta  
hace muy poco nuestra  
relación era  
estrictamente  
profesional...

—Eso no es verdad.  
Ya me habías visto  
desnudo antes. Me  
despiertas casi todos los  
días.

—Sí, pero...  
Me lo imaginé  
tumbado en la cama,

desnudo, y empezó a arderme la sangre.

—Eres mi jefe...

—En ese caso, considéralo una orden.

Me excitó que Jack me diese órdenes, me costó respirar.

—¿Una orden? Eres mi jefe, no perteneces a la realeza.

Él se encogió de

hombros.

—¿Existe alguna diferencia? Háblame de tu abuela.

Yo me eché a reír con incredulidad.

—¿Mi abuela? ¿De eso es de lo que quieres hablar ahora mismo?

—¿Por qué no?

Jack bebió de su copa, con la mirada clavada en la mía. ¡Me estaba

retando! Como siempre, buscaba mis límites y me hacía ir más allá de manera insistente. Y a mí me gustaban mucho los retos.

—Mi abuela es una persona única —le conté después de un momento—. Revolucionaria. Trabajó hasta los setenta años y siempre ha sido

mi mayor aliada. Me anima a superarme en todo lo que hago.

—¿A qué se dedicaba?

—Era enfermera. Lo sigue siendo —me corregí, haciendo una mueca—. El mes pasado salvó a un hombre que había sufrido un infarto en su residencia. Le hizo las labores de reanimación hasta que

llegó el personal médico.

—Da la sensación de que estás tan orgullosa de ella como ella de ti.

—Sí —admití, pasando los dedos por mis muñecas sin darme cuenta.

Él se fijó en el gesto y se acercó. Cuando quise darme cuenta, me estaba poniendo unas gotas de



daiquiri de cereza helado de su copa en la piel, después se inclinó y la chupó y la besó con cuidado.

—Lo siento.

Que Jack se disculpase era toda una novedad.

Se me encogió el corazón al oírlo, y le dije en tono suave:

—Ya te he dicho que no duele.

—Pues nadie lo diría,  
viendo esas marcas.

Yo me encogí de  
hombros, pero me costó  
pensar, porque sus labios  
seguían paseándose por  
mi piel.

—Estoy bien. Te lo  
habría dicho si no me  
hubiese gustado, créeme.

—Te creo.

Se llevó mi dedo

pulgar a la boca y lo chupó, haciéndome sentir placer.

—¿Y qué es lo que te gusta, habitualmente?

—¿Con otros hombres? —pregunté, y su mirada se nubló un instante, solo un instante, luego asintió.

—Sí.

—Enseguida te lo enseñaré.

Jack se aclaró la garganta.

—Por supuesto que sí —me dijo sonriendo, dando un sorbo a su bebida.

—¿Y a ti? ¿Qué es lo que te gusta? —inquirí con voz ronca—. ¿O pones como requisito que todas las mujeres con las que te acuestas se

sometan a tus deseos  
para después marcharse  
nada más terminar?

Él sacudió la cabeza.

—No es el único  
requisito, pero sí uno  
importante.

—¿Por qué? —inquirí,  
dando otro sorbo a mi  
copa.

Me levantó la barbilla  
con un dedo para que lo  
mirase.

—Porque eso es lo que quiero.

—Aventuras de una noche.

—En tu caso, de dos —puntualizó, tirando de mí.

Yo agarré la toalla y se la quité y él me levantó del suelo y me sentó en uno de los taburetes del bar y me

miró a los ojos mientras se ponía un preservativo. Entonces me penetró y me hizo abrazarlo con las piernas por la cintura. A pesar del placer, su última frase me había dejado un gusto amargo.

Si lo nuestro era una aventura de dos noches, aquella sería la última.

¿Acaso no era eso lo que yo quería?

¿No era bueno poner límites?

Me mordí el labio, incapaz de seguir procesando la situación. Jack me sujetaba con fuerza contra su cuerpo.

—Me gusta poder estar dentro de ti siempre que quiero.

Me quitó el vestido por la cabeza y me quedé



en sujetador de encaje y tacones. Se deshizo del primero y después tomó la copa de daiquiri y me echó el líquido helado por los pechos.

Su boca en mi pecho estaba caliente y me hizo arquear la espalda. Bajó con los labios por mi cuerpo siguiendo el líquido mientras se movía en mi interior.

Pasó la rugosa barbilla por la piel de mi cuello y después me chupó el lóbulo de la oreja, lo mordisqueó y me hizo gemir, desesperada por tener más.

—¿Qué quieres? —me preguntó en voz baja.

—¡Más! —grité, clavándole las uñas en la espalda para marcarlo

como si fuese mío aunque  
sabía que no lo era.

—¿Así?

Y me penetró más  
profundamente, así que  
asentí, aunque no era  
suficiente.

—Más...

Se echó a reír y me  
levantó del taburete.

—Gírate.

—¿No te han dicho  
nunca que eres

demasiado autoritario en la cama?

—No estamos en la cama —me recordó él con franqueza, sonriendo de manera muy sexy.

—Eres demasiado autoritario en el sexo —me corregí.

—¿Te estás quejando?  
—preguntó Jack riendo.

Yo lo miré por encima

del hombro mientras hacía lo que me pedía: girarme.

—Me encantan esos tacones —comentó, doblándome por la cintura y separándome las piernas antes de tomarme por detrás—. No sabes cuánto me excitan.

Sí que lo sabía, porque podía notar lo excitado

que estaba con cada uno de sus movimientos.

El banco de la cocina era de mármol y lo noté muy frío bajo las palmas de las manos, que me ardían. Jack bajó una mano por mi trasero y yo me retorcí y grité, de placer y dolor.

—¿Sabías que tienes una marca aquí, que te he

hecho yo? —me preguntó.

Supuse que era un mordisco de la última vez que habíamos estado juntos.

Sacudí la cabeza y él tiró de mi coleta suavemente mientras me penetraba. Con la otra mano me recorrió la espalda hasta llegar al trasero, en el que volvió

a tocarme con un solo dedo, gesto que a mí me pareció tan ilícito y prohibido que llegué al orgasmo en aquel instante.

Fue un orgasmo intenso. Jack solo me estaba tocando con el dedo, no me estaba invadiendo, pero solo la idea de que lo hiciera me



había hecho romperme.

Juré entre dientes,  
sudando.

Y él presionó con el  
dedo un poco más  
mientras se movía en mi  
interior. La sensación era  
demasiado fuerte. El  
placer me estaba  
haciendo sentir débil.

—No puedo... —  
gemí, respirando con  
dificultad, con la mirada

enrojecida, el cuerpo húmedo.

—Puedes hacer lo que tú quieras —me contradijo él, apoyando la boca en mi espalda.

Pero apartó la mano y me acarició con ella los pechos. Yo nunca había conocido un sexo así. Nunca había sido un instrumento de placer.

Siempre había sido la que llevaba las riendas y en esos momentos me controlaba él, y la sensación me resultaba tan hedonista que pensé que jamás volvería a ser la misma.

—Eres mucho más perfecta de lo que imaginaba —admitió Jack, penetrándome más profundamente, con más

fuerza, haciendo que ambos llegásemos al clímax a la vez.

Jack estalló en mi interior mientras yo temblaba y lo apretaba con fuerza.

Eché la cabeza hacia delante y la apoyé en el banco de mármol sin separarme porque no quería perderlo.

Su sitio estaba dentro de mí.

Aunque en realidad sabía que nadie pertenecía a nadie.

—Lo necesitaba.

Jack se apartó de mí como si estuviese saciado, mientras que yo me sentía satisfecha, pero seguía queriendo más.

—Los dos lo

necesitábamos.

Anduve por la cocina con piernas temblorosas y recuperé mi cóctel, bebí de él sin dejar de mirarlo a los ojos. Él bajó la vista a mis pechos, yo lo imité y me di cuenta de que tenía la piel roja por el roce de su barba.

Jack apretó la mandíbula y apartó la

mirada.

De repente, me fijé en algo en lo que no me había fijado hasta entonces.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—He pedido comida japonesa.

—Estupendo, pero no va a haber karaoke, ¿no?  
—bromeé, haciendo

referencia a la última noche que me había emborrachado en presencia de Jack.

Él asintió, pero algo iba mal.

—¿Qué te pasa? — pregunté.

—Que te he dejado toda marcada —me explicó después de un instante—. Estás toda cubierta de marcas que te



he hecho yo.

Yo fruncí el ceño, me pasé las manos por los pechos y me encogí de hombros.

—¿Y?

Su mirada, de repente, era triste.

—¿No te molesta que me guste marcarte? ¿Que me excite dejar señales de lo que hemos hecho en

ti?

Yo incliné la cabeza hacia un lado, fingiendo sorpresa, pero en realidad tenía el corazón tan acelerado que pensé que me iba a romper las costillas.

Negué lentamente con la cabeza.

—Vaya...

Se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Siempre había pensado que eras como miss Moneypenny y ahora resulta que en realidad eres Air Force Amy.

—¿Quién?

Él no respondió, se agachó a recoger la toalla y se la puso alrededor de la cintura para entrar en la cocina

detrás de mí. Me pasó un dedo por la espina dorsal.

—Tienes una línea aquí —dijo, presionando con el dedo—. Y aquí, donde chupé con fuerza hasta dejarte una marca. Y en el trasero, te he golpeado con tanta fuerza que te he dejado la piel enrojecida.

Yo tragué saliva.

Aquella descripción de sus caricias era erótica, peligrosa.

Me mordí el labio.

—¿No lo entiendes?  
—le pregunté sin mirarlo  
mientras hablaba—.  
Cuando estoy aquí, soy  
tuya. Confío en ti. Y  
quiero esto. Nunca me  
había excitado tanto  
como contigo.

Él apoyó la frente en mi hombro y me hizo girar para mirarme a los ojos.

—¿No te molesta que solo te esté utilizando?

No era lo que había esperado oír, lo miré confundida.

—En realidad, no a ti —se corrigió—, sino el sexo contigo.

Yo intenté mostrar que aquello no me afectaba.

—¿Tienes la sensación de que me importa?

Él exhaló, parecía frustrado y enfadado.

—No quiero que tú seas una más.

Lo miré a los ojos, pero tenía la mirada perdida, no pude ver nada en ella.

—¿Una más? —  
pregunté, confundida.

—De las mujeres con  
las que me acuesto para  
olvidarme de ella.

Comprendí  
inmediatamente que se  
refería a Lucy y sentí  
tristeza, tristeza por Jack,  
por Lucy y por aquel  
sórdido desastre.

—Pero no puedo



ofrecerte más —me  
aseguró en tono  
convencido y frío.

Yo asentí, pero sus  
palabras habían  
explotado en mi mente  
como pequeñas bombas.

—Lo sé —respondí,  
porque era cierto.

Aquello era lo peor de  
todo, que lo había sabido  
desde hacía mucho  
tiempo y, no obstante,

allí estaba, acostándome con él y dejando que me volviese loca.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo es posible que te parezca bien?

¡Buena pregunta!  
Deseé habérmela hecho yo antes.

—Nos hemos acostado juntos, ¿y qué? ¿Acaso

importa el motivo? — pregunté.

—No lo sé —rio Jack con desesperación—. No suelo ser tan... bárbaro.

Bajó la boca a mi hombro y lo mordisqueó.

—Pero contigo... no sé lo que me pasa, es como si me invadiese un instinto animal. Quiero echarte sobre mis hombros y atarte a la

cama.

—Pues ya lo has hecho.

—Durante días, quiero decir. Quiero hacerte mía cuando me apetezca. Quiero utilizarte solo para mi placer.

—Tal vez quieras hacerlo porque sabes que yo jamás estaría dispuesta —respondí con

voz ronca.

—Tal vez.

De repente, se me  
ocurrió una idea.

—¿Y si te comportas  
como un Neandertal?

—Ya lo he hecho —  
respondió con  
arrepentimiento.

—Yo pienso que no  
has hecho más que  
empezar —le dije—.  
Dame lo que quiero y yo

te daré a ti lo que  
quieres.

—¿Y tú qué quieres,  
Gemma Picton?

Tragué saliva,  
nerviosa. ¿Qué era lo  
peor que podía ocurrir?  
¿Que me dijese que no?

—Quiero que  
respondas a mis  
preguntas. Quiero  
conocerte mejor.

El agua caliente de la ducha cayó sobre mi cuerpo, que froté con el jabón antes de secarme con una enorme y suave toalla.

Estaba nerviosa, como si fuese a enfrentarme a una primera cita. Qué estupidez.

Porque Jack no tenía citas. Y, en realidad, yo tampoco.

Lo nuestro era solo sexo, el mejor sexo de mi vida, pero solo eso, sexo. ¿Dos noches? ¿Tal vez más? En cualquier caso, no habría un final feliz.

Era sexo. Y descubrimiento.

Yo estaba saciando mi



curiosidad, mi curiosidad por Jack. Había sentido curiosidad desde que había empezado a trabajar para él. Me había preguntado qué era lo que lo atormentaba. Cuáles eran los fantasmas, reales e imaginarios, que poblaban su mente.

En cualquier caso, iba a salir ganando. Me

encantaba su pasión animal. Tanto, que me daba miedo a mí misma. Iba a poder saber más acerca de los oscuros secretos de Jack Grant y, al mismo tiempo, tenía a un animal en la cama.

Era perfecto.

Cuando salí del baño estaba poniendo la formidable mesa para

cenar. Era una mesa para doce comensales y él había puesto un plato en cada extremo, gesto que hizo que se me acelerase el corazón, e incluso había encendido una vela.

—¿Esperas compañía?  
—murmuré en tono sarcástico, desesperada por disimular la emoción que sentía.

—Yo no te llamaría así —respondió en tono amable, guiñándome un ojo.

Y mi corazón se aceleró todavía más.

—Ya, ya me has dicho que me parezco a una tal Amy.

Él sonrió.

—Antes te he llamado miss Money Penny.

—Sí, pero en eso también te equivocas, no soy una secretaria florero.

Había tensión sexual entre nosotros y ninguno de los dos la podía controlar.

Yo estaba nerviosa, lo que me enfadó. No quería estar nerviosa con Jack, como si aquello fuese

una cita. Le había dicho que iba a permitir que me devorase a cambio de información. Aquello no era una cita.

Me senté y entonces me di cuenta de la comida que había pedido: *sushi*, *sashimi*, un curri japonés, *edamame* y varias sopas de *miso*. Intenté no pensar que se había

acordado de que el curri japonés era mi comida favorita.

Se sentó frente a mí y levantó la copa. Yo lo imité y después dejé la copa en la mesa.

—Da mala suerte no beber después de haber brindado.

—Nunca lo había oído.

Me llevé la copa a los labios y bebí, estaba delicioso.

Él apoyó la espalda en la silla, entrelazó los dedos debajo de la barbilla y me dijo:

—Bueno, señorita Picton, tenemos un trato. ¿Qué quieres saber?

—¿Me lo vas a contar?



—¿Y tú vas a dejar que haga lo que quiera contigo?

Asentí, con la garganta seca, mientras me preguntaba a qué se referiría exactamente.

—¿Cómo sabes que no me voy a acobardar, o que voy a perder el interés?

Él se echó a reír.

—Porque tú eres tú.  
No te imagino  
retrocediendo ante nada  
en la vida. No le tienes  
miedo a nada.

—No es del todo  
cierto —respondí entre  
dientes.

—¿No? ¿A qué le  
temes?

Volví a beber vino y  
me serví con los palillos

un *nigiri* de salmón.

—Me dan miedo los relámpagos —confesé en voz baja—. Me aterran.

—¿Te refieres a los truenos y relámpagos?

Asentí.

—Sí.

—¿Por qué? Es solo un fenómeno meteorológico.

—Lo sé, pero aun así me escondo bajo las

mantas cuando hay tormenta y espero a que pase. Siempre.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo?

—Desde niña.

—¿Qué ocurrió?

—¿Cómo sabes que ocurrió algo?

—Porque lo sé —  
respondió él,  
encogiéndose de

hombros.

Y, por supuesto, tenía razón.

—Tenía siete años y me quedé fuera de casa, sin poder entrar. Había salido a por manzanas, mis padres pensaban que estaba en la cama y se habían ido a cenar con amigos, y la niñera Winters pensaba que estaba con ellos. Así que

me quedé en la calle.

Me estremecí. Había sido la peor noche de mi vida.

—Subí a la casa del árbol y esperé allí, pero un rayó cayó muy cerca.

Jack asintió mientras me escuchaba.

—¿Y cuándo conseguiste volver a entrar en casa?

—Por la mañana. Al final me quedé dormida y no fue hasta que la niñera se dio cuenta de que no estaba en la cama y dio la voz de alarma cuando empezaron a buscarme. No me pasó nada, pero a partir de entonces me dan miedo las tormentas. Ni siquiera me gusta el olor a tierra mojada.

Él se tocó la barbilla,  
pensativo.

—Así que no se puede  
decir que no le temo a  
nada —añadí.

—Las tormentas le dan  
miedo a muchas  
personas.

—¿A ti también?

—No. A mí me dan  
miedo pocas cosas —me  
contestó.



—¿Pero...?

—Sí, tengo miedo —  
admitió muy a su pesar.

—¿A qué?

—No me gusta esta  
idea.

—¿A los fantasmas?  
¿A las arañas?

—No —dijo, y se  
quedó callado un rato  
antes de añadir con voz  
ronca—: Me da miedo

sentirme impotente, ver morir a alguien a quien amo.

Me contagió su dolor, lo comprendí.

—Has visto morir a alguien a quien amabas y has sobrevivido.

—A duras penas — admitió, sacudiendo la cabeza—. Prueba el pollo. Está muy bueno.

Yo no me moví, me

quedé pensando en sus palabras.

—¿Estabas con ella cuando falleció?

Jack se echó hacia atrás como si le hubiese dado una bofetada y yo me arrepentí de haberle hecho aquella pregunta, pero quería saberlo. Necesitaba entenderlo.

—Sí.

—Lo siento.

—Quería estar con ella.

—Por supuesto.  
¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Un año —  
respondió, aclarándose la garganta—. ¿Podemos cambiar de tema?

Yo sabía que hablar de ello lo ayudaría, así que

no me rendí.

—Me has dicho que podía preguntarte lo que quisiera.

—¿Y esto es lo que quieres saber?

—Has dicho que te acostabas conmigo para olvidarla así que... sí, es lo que quiero saber.

Jack palideció.

—Está bien —admitió entre dientes—. ¿Qué

más?

Di un sorbo a mi copa  
y comí más *sushi*.

—¿Murió de cáncer?

Jack asintió.

—¿Y?

—¿Y qué, Gemma?

—¿De qué tipo?

Él espiró enfadado.

—De una leucemia  
linfocítica crónica. En  
grado cuatro. Fue un

diagnóstico terminal.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? No fue culpa tuya.

Comprendí su ira y su dolor.

—¿No se pudo hacer nada?

Jack me miró a los ojos y negó con la cabeza. Yo tuve la sensación de que no me lo contaba todo, pero no

quise presionarlo más.

—Está todo delicioso  
—comenté en su lugar,  
comiendo más.

Y él se relajó visiblemente, como si hubiese estado en el infierno y yo le hubiese abierto la puerta para salir.

—Sí.

—¿Pasas mucho



tiempo aquí? —añadí,  
mirando a mi alrededor.

—Antes, sí —contestó  
—. Así que... tenías  
niñera, ¿eh?

—No cambies de  
tema.

Jack se echó a reír.

—Puedo hacer lo que  
quiera.

—Ese no es el trato.

—¿Tus padres  
trabajaban mucho?

Jack estaba acostumbrado a cambiar de conversación cuando quería, porque le convenía.

—La verdad es que no.

—Y, no obstante, te crio una niñera.

—En realidad tuve tres —le conté—. Winters supervisaba a

las otras dos.

—¿Tres niñeras? ¿Ya  
eras indomable de niña?

Yo puse los ojos en  
blanco.

—¿No has escuchado  
mi historia de la  
tormenta?

—¿Tus padres eran  
ricos?

—Son ricos —lo  
corregí.

—Es gracioso, no

pensé que fueses la hija de un tipo forrado.

Yo arqueé una ceja.

—Soy la hija de un tipo forrado y de una tipa forrada. De la duquesa Arabella Picton, concretamente.

—¿De verdad? Eso sí que no me lo imaginaba.

Se echó a reír y yo me relajé porque solíamos

reír mucho juntos y me hizo pensar en los años que llevábamos trabajando juntos, conociéndonos, no así, por supuesto, sino de un modo diferente a aquel.

—¿Por qué no? —le pregunté.

Él se echó a reír de nuevo y a mí se me encogió el estómago.

—Entonces, ¿trabajas

por vanidad?

Yo fruncí el ceño.

—¡No!

—Pero algún día  
heredarás una fortuna,  
¿verdad?

Me encogí de hombros  
y decidí no contarle  
cuánto dinero había a mi  
nombre en una cuenta en  
Suiza. Pensé que no le  
gustaría saberlo.

—Algún día.

—Fascinante.

—No tanto, la verdad.

Él asintió, pero me di cuenta de que le daba vueltas a algo.

—¿Estudiaste derecho?

Puse los ojos en blanco.

—Soy tu asesora legal, ¿tú qué crees?

Él sonrió.

—No presto demasiada atención a los estudios de mis asistentes.

Yo lo miré con desaprobación, pero me mordí la lengua. Me estaba provocando y no iba a darle la satisfacción de demostrarle que lo estaba



consiguiendo.

—Estudié derecho y económicas en Oxford, gracias.

—Deja que lo adivine... te fue bien.

—Fui la primera de mi promoción las dos veces.

Él inclinó la cabeza y rio suavemente.

—No me sorprende en absoluto.

—¿Cómo es posible

que no lo sepas? Me contrataste para que trabajase para ti.

—Sí, pensando que me ibas a durar tres segundos.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque es lo que me suelen durar las asistentes.

—Yo soy tu asesora

legal.

—Haces un trabajo inmenso.

—Es un placer trabajar contigo — comenté.

—En cualquier caso, nadie dura mucho tiempo conmigo. ¿Por qué tú sí?

—Porque me gustan los retos —le dije con toda sinceridad, levantando la barbilla y

mirándolo a los ojos.

Él estaba inmóvil,  
pensativo.

—¿Y yo soy un reto?

Me eché a reír.

—Es una broma, ¿no?

Comió un trozo de  
*sushi* y yo lo observé con  
el estómago encogido.  
¿Cómo era posible que lo  
desease tanto?

—¿Siempre has sido

así? ¿O solo desde lo de... Lucy?

Él tardó en contestar.

—No lo sé.

—Bueno antes de que... falleciese, ¿también cambiabas constantemente de plantilla?

Jack se encogió de hombros.

—No.

Yo asentí despacio.

Así que aquello era resultado de la muerte de Lucy. Mi trabajo, mi presencia allí, también se debían a ella. A Lucy.

—He tenido suficiente por el momento —anuncié—. Ahora, muéstrame tú qué es lo que quieres.

# Capítulo 7

Estaba en el limbo.

Ni dormida... ni despierta. Tumbada en la cama, con el cuerpo todavía vibrando del placer y la mente agotada.

Era tarde, entre la media noche y el amanecer. Y yo era suya.

Me incorporé sobre un codo y lo estudié con la mirada. Era muy guapo y muy sexy. Y estaba grogui. Casi dormido. Pero me miró a los ojos y vi en ellos...

Confusión.

Cautela.

—¿Cómo estás?



Sonreí con la intención de tranquilizarlo.

—Bien.

Él asintió, tenso, se levantó de la cama, se pasó una mano por el pelo y fue hacia el vestidor. Salió de él un momento después con los calzoncillos puestos. Al menos, no me había pedido que me marchase

inmediatamente.

Pero no tardaría. Conocía a Jack demasiado bien como para equivocarme y eso me molestaba y me preocupaba. No quería una relación, pero no sabía cómo era posible que pasásemos de un sexo fabuloso a un absoluto silencio en solo cuestión de minutos.

—¿Necesitas algo? —  
me preguntó con voz  
ronca—. ¿Algo de  
beber? ¿Café? ¿Una  
ducha?

Molesta, fruncí el  
ceño.

—No, gracias.

Me puse en pie  
sintiéndome como si  
hubiese corrido diez  
maratones. Me pregunté

dónde estaba mi vestido.  
¿En el salón?

Me acerqué lentamente a él y me detuve justo delante. Lo que él quería era evidente, mis necesidades eran mucho más complicadas de interpretar, pero yo quería interpretarlas.

El instinto de supervivencia hizo que me encerrase en mí

misma, lejos de Jack, antes de que este pudiese apartarme de su lado.

—Me voy.

Vi varias emociones pasar por su rostro y reconocí solo una: alivio.

—¿Estás segura?

Me eché a reír y eso alivió el dolor que sentía en el pecho.

—Venga, Jack. Ambos

sabemos cómo funciona esto.

Le di un beso en la mejilla y fui al salón. El *sushi* seguía encima de la mesa, vestigio del intento de fingir que teníamos una cita. Una cita como las personas normales, pero nosotros no éramos normales. Ni lo éramos por separado, ni mucho menos juntos.

Recogí el vestido y el sujetador y me puse el vestido, el sujetador lo metí en el bolso antes de subirme a los tacones.

Me desenredé el pelo con los dedos.

—Martins está de turno ahora —me dijo Jack, mirando el reloj.

Yo negué con la cabeza. Lo último que

quería era que un conductor de la empresa me viese así, después de haber sido devorada por Jack Grant.

—Tomaré un taxi —le dije, acercándome para darle un beso en la mejilla—. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes... —me dijo, y su gesto cambió, pero no supe descifrar lo que sentía—.



Ah, que es fin de semana.

Yo tragué saliva, tenía un nudo en la garganta.

—Y después nos vamos a Australia —le recordé, aunque probablemente fuese innecesario.

—Sí.

Me miró a los ojos y yo me sentí como si estuviese escapándome

de la cárcel y un enorme foco me iluminase de repente.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —le aseguré.

Habíamos tenido el mejor sexo del mundo, pero yo sabía que tenía que marcharme. Mi instinto de supervivencia me decía a gritos que me alejase de él.

Jack asintió y entonces me di cuenta de que tenía una copa de whisky en la mano.

Me dolió. Verlo beber me dolió porque me recordó que aquella era su manera habitual de actuar, de reaccionar después de haber estado con una mujer. Y yo no quería que entre nosotros

fuese así.

Sonreí de manera tensa.

—Gracias por esta noche. Me he divertido. Hasta pronto.

Me di la media vuelta y caminé lentamente hacia la puerta. Tenía el corazón acelerado y la cabeza, nublada.

La vi marcharse sabiendo que estaba cometiendo un enorme error. ¿Qué estaba haciendo? Acostarme con Gemma una vez ya había sido un desastre, pero más... Por no hablar de compartir con ella mis miedos.

Nadie necesitaba conocer mis demonios.

Yo siempre tenía el control. Aquel era yo. Era el personaje que me había construido y no quería que nadie se diese cuenta de que no era del todo real. Lucy lo había sabido, por supuesto. Y suponía que Amber lo sabía también, ya que me había visto muy mal tras la muerte de su hermana,

pero ¿Gemma?

Sus ojos, grandes, inteligentes, siempre estaban estudiándome, comprensivos. Y el modo en el que arrugaba el rostro justo antes de llegar al clímax... El modo en que su cuerpo temblaba bajo el mío... Volví a desearla, todavía más.

Me giré hacia la

puerta. Si la seguía, ¿qué me diría? ¿Pensaría que quería algo más que sexo? En realidad, solo quería eso, sexo. Con Gemma.

Se estaba convirtiendo en una obsesión, pero sabía que Gemma Pictor no se iba a convertir en mi esclava sexual. Aunque tenía la



sensación de que estaba tan atrapada en aquella situación como yo.

Otro motivo más para intentar controlar la situación.

Agarré con fuerza la copa de cristal que tenía en la mano, enfadado, decidido, y la tiré contra la pared. Se rompió en miles de trozos minúsculos que se

mezclaron con el líquido ambarino que corría por la pared antes de llegar al suelo. Me pasé la mano por el pelo y lo miré con satisfacción.

Se me daba bien estropear las cosas, romperlas.

Y así debía seguir.

No podía comer más.

La abuela no tenía tantos reparos. Tomó otra ostra, debía de ser la décima, y se la metió entre los labios, que se había pintado de rojo para la ocasión.

—¿Qué hay en Australia?

Miré hacia la calle, que era estrecha, vi cómo un pequeño coche negro aparca, a duras penas,

en un espacio muy justo.

—Trabajo.

—Siempre trabajo...

—suspiró.

Yo asentí, ausente.

Jack también iba a estar allí. Me había librado de Tokio, pero no tenía ninguna excusa para no acompañarlo a Australia.

—Te prometo que haré

algo divertido. Solo por ti.

Temblé por dentro al imaginar lo que iba a hacer. Estar con Jack sería divertido.

Y con el pulso acelerado, me recordé que Jack siempre ponía distancia después, por intenso que hubiese sido el orgasmo.

¿Cómo podía estar tan

loca?

«Ya te ha dicho que te está utilizando», me recordó mi cerebro. «Sigue amando a su esposa. Eres una tonta».

—Abuela... —  
empecé, pero apreté los labios para no continuar.

Ella se tragó la ostra. Mi abuela era la única persona que conocía que

la masticaba antes de tragársela, me estremecí del asco. Y ella me miró a los ojos.

Tenía ochenta años y era tan bella como en su juventud. Estaba llena de arrugas y muy pálida, pero le brillaban los ojos, llevaba una media melena plateada y tenía los dientes muy blancos, todos suyos. Su nariz era

recta y su figura tan esbelta como lo había sido siempre. Y se vestía a la moda sin que pareciese que intentaba vestirse como una persona joven.

—¿En qué estás pensando?

Sacudí la cabeza y tomé un trozo de pan para jugar con él y



desmigarlo, nerviosa.

—Cuando el abuelo falleció, ¿pensaste en encontrar a otra persona?

Ella se echó a reír.

—No. Tu abuelo era...

—suspiró—. Es imposible explicarlo. Lo que teníamos es imposible de explicar.

Yo sonreí al oírla decir aquello.

Dio un sorbo al

champán y me miró todavía más fijamente.

—¿Te he contado alguna vez cómo nos conocimos?

Negué con la cabeza, aunque me sabía la historia de memoria.

—¡Mentirosa! —rio ella.

Nos interrumpió un camarero, pero la abuela

lo despidió enseguida después de pedir otra botella de champán.

—Estaba sentado en Huntington, con las rodillas dobladas y la barbilla apoyada en ellas. Aunque no tenía el rostro girado hacia mí, me miró cuando me acerqué. Fue como si estuviese contándome todos sus secretos y

rogándome que lo ayudase en aquel momento. Me miró como si supiese que yo era la única persona del mundo que podría sacarlo del pozo en el que estaba.

    Mi abuela tenía la mirada clavada en algún punto por encima de mi hombro. Me había contado aquella historia

tantas veces que pensé que siempre me la contaba exactamente con las mismas palabras. No obstante, me incliné hacia delante, como atraída por su magia.

—Tenía un enorme roble al lado, lo suficientemente lejos para evitar que su sombra lo oscureciese, pero lo suficientemente

cerca para hacer que pareciese enano. Tu abuelo era un hombre grande. Alto y fuerte, hecho para luchar, pero débil de espíritu. Tenía el espíritu roto y el árbol me lo hizo ver.

La abuela me miró a los ojos y yo lo sentí también. Sentí el peso de la comunicación sin

palabras, de la  
comprensión.

—Lo amé en aquel  
instante.

A mí se me aceleró el  
corazón.

—No me lo puedo  
imaginar.

—¿Por qué?

—Porque me resulta  
imposible.

—Eso es porque no  
has conocido todavía al

hombre adecuado —me aseguró mi abuela, encogiendo sus elegantes hombros—. Algún día me entenderás.

Hice una mueca y guardé silencio. Tenía el corazón acelerado. Intenté calmarlo.

—No pienso que siempre funcione así.

—Tal vez no. Tu



abuelo era especial.

—Lo que vosotros teníais era especial — murmuré, alargando la mano para apretar la suya.

La abuela apretó los labios y asintió, como queriendo zanjar la conversación. El camarero llegó con la botella de champán y empezó a abrirla. La

abuela lo observó, pero no sonrió cuando le rellenó la copa.

En momentos así, se comportaba como la duquesa que era: una mujer tan acostumbrada a tener servicio que no pensaba que debía actuar como si se sintiese agradecida por ello.

Yo sonreí en señal de

agradecimiento antes de que el camarero se marchase.

La abuela esperó a que estuviésemos solas otra vez.

—No conocerás a nadie, ni amante, ni amigo especial, a nadie, si te pasas la vida trabajando.

De repente, pensé en Jack. Pensé en él

apoyado en el marco de la puerta, con el cuerpo lánguido y sensual, y se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Te he contado ya que el lanzamiento de la fundación está casi organizado?

La abuela inclinó la cabeza.

—Admiro tu

compromiso con eso...  
—empezó—, pero tú  
tienes dinero. Si te gusta  
la filantropía, ¿por qué  
no montas tu propia  
organización?

—Tal vez lo haga...  
algún día, pero mi  
trabajo es mucho más que  
eso. Ya lo sabes —  
suspiré—. Tú siempre  
has defendido mi trabajo.

—Eres muy

inteligente. Eres brillante, pero ahora mismo estás sacrificando demasiado. Siempre te he apoyado porque esperaba que encontraras el modo de forjarte una carrera y, al mismo tiempo, vivieses la vida. Tú, más que nadie que conozca, eres capaz de hacer varias cosas a la vez.

¿Por qué no las haces?

Bajé la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos. A pesar de saber que tenía razón, sus palabras me hicieron daño.

—Lo hago —mentí. Ambas sabíamos que era mentira. No quería enfrentarme a la realidad.

—Estás completamente volcada

en ese trabajo. En ese hombre. Me preocupa que un día despiertes y te des cuenta de todo lo que has sacrificado. Y todo, por él.

El corazón no podía latirme más deprisa.

—Es brillante.

—Y un cretino, lo mires como lo mires.

Sí, era un cretino



guapo, brillante,  
obsesionado con el sexo.

Había estado dentro de mí el día anterior, pero yo tenía la sensación de que hacía una eternidad. Estaba enferma de deseo, aquella era la única explicación. Me encogí por dentro al pensar en sus caricias, en su olor, en su sabor...

—No es tan malo —

respondí con voz ronca.

—Mientras sigas con él y con ese trabajo, jamás serás feliz de verdad.

Mi abuela lo dijo de tal modo que sonó a profecía. Me estremecí.

—¿Te parecería mejor que me dedicase a viajar y a vivir del dinero de la familia? —pregunté,

arqueando una ceja—. Sabes que no puedo hacer eso. Vivo por y para mi trabajo. Me encanta. Tal vez ese sea el amor de mi vida.

Se hizo el silencio entre ambas. Un silencio sofocante, incómodo.

—Muy bien —espetó, zanjando la conversación.

Yo volví a respirar,

pero tenía el corazón encogido, acelerado. No podía sacarme la realidad de la cabeza.

No tenía ningún motivo oculto para trabajar tan duro para Jack. No sentía que estuviese sacrificando nada por él. No había ningún misterio en el hecho de que me sintiese

viva y llena, reactivada cada vez que hablaba con él, cada vez que lo veía, que hacía lo que me pedía. Aunque en realidad eso tenía que significar algo, algo que yo prefería no entender.

Me maldije.

El avión privado de Jack era de lo más

moderno y lujoso del mercado. Tenía asientos de piel beis, moqueta del mismo color y unas lámparas que no habrían desentonado en un hotel de cinco estrellas. Había puertos USB en todos los asientos, para recargar teléfonos e iPad, y varios dormitorios, una sala de reuniones y un pequeño cine.

También había un multimillonario pensativo en la parte trasera del avión, con la cabeza enterrada en un montón de documentos.

Yo lo ignoré. O fingí hacerlo.

Casi no habíamos hablado desde que me había marchado de su ático el viernes por la

noche.

Había resultado sencillo, dado que era fin de semana. Después de haber compartido dos botellas de vino y de haber escuchado las lecciones de vida de la abuela, nos habíamos ido de compras. La abuela se había comprado un bolso para la fiesta de aniversario de mis



padres y ambas habíamos fingido que la conversación no nos había afectado lo más mínimo.

Jack no había dado noticias y yo no me había dado cuenta de que las esperaba hasta que había vuelto a casa el domingo por la noche. Había esperado al menos un

mensaje, una llamada, un correo electrónico, lo que fuera.

Dos días sin saber nada de él, sin verlo, se me habían hecho interminables.

Así que el lunes por la mañana me había preparado mentalmente para mostrarme fría y profesional.

Pero tampoco lo había

visto entonces. Jack había llegado tarde, se había marchado temprano y no se había dirigido a mí.

Yo tampoco le había hablado, a pesar de que necesitaba que me firmase unos papeles.

De hecho, casi me había escondido cuando le había oído pasar por

delante de mi despacho.

Una locura.

O no tanto.

Porque estábamos en una situación muy peligrosa. Yo no quería desear a Jack Grant como lo deseaba. Y no solo sexualmente, sino en todos los sentidos.

No era capaz de imaginarme la vida sin él.

Llevábamos casi todo el día volando y solo nos habíamos saludado cuando él había embarcado, diez minutos tarde, muy guapo, vestido con un carísimo traje.

Y yo llevaba todo el viaje diciéndome que no me importaba. Sabía que no iba a acercarse a darme un beso, que no

me iba a tomar entre sus brazos ni a decirme que me había echado de menos.

Me había dejado muy claro lo que quería.

Y yo debía querer también lo mismo.

Cerré los ojos un instante, crucé las piernas y me sobresalté cuando me despertaron un momento después.

—Vamos a aterrizar  
—anunció Jack, que tenía  
las manos apoyadas en  
mis caderas. Se las  
aparté instintivamente.

Él tomó el cinturón y  
me lo abrochó mientras  
me miraba a los ojos.  
Esbozó una sonrisa y a  
mí se me aceleró el  
corazón.

—¿Te he dicho alguna

vez que roncas?

Sentí calor en las mejillas.

—Lo sé. Tengo asma.

Él sonrió y se sentó a mi lado. Mi cuerpo respondió al instante y yo lo maldije.

Cambié de postura y me miré el reloj. Debía haber dormido algo más de una hora. Eran las seis en Sídney, y yo quería



sentirme cansada, no fresca después de una breve siesta.

Estuvimos en silencio y Debbie, una de las azafatas, se acercó.

—Aterrizaremos a la hora prevista. ¿Quieren tomar algo antes de que lo hagamos?

—Agua, por favor — le respondí sonriendo,

volviendo a centrarme en los papeles que había estado leyendo.

O casi. Un poco. Porque en realidad estaba centrada en Jack y en su olor a hombre. Estaba centrada en su manera de sentarse, con las piernas extendidas, los brazos relajados, el cuerpo caliente y grande, tan cerca de mí que

habría podido ponerme en pie y acomodarme en su regazo.

Aquello era lo que quería hacer.

—Un refresco —dijo él, mirándome.

Yo me pregunté si era capaz de leerme el pensamiento.

Golpeé el papel con el bolígrafo que tenía en la

mano e intenté  
concentrarme de nuevo.

Pero Jack me agarró la  
mano y mi pulso se  
volvió loco.

—¿Has tenido un buen  
fin de semana? —me  
preguntó.

Yo me eché a reír. No  
pude evitarlo. Fue un  
sonido cargado de  
frustración.

—Sí.

Él asintió y frunció el ceño.

—Ya no sé cómo hablarte.

Sentí lástima por él. Y por mí. Porque ninguno de los dos sabíamos cómo actuar en aquella situación.

—Sigo siendo yo.

—Pero todo es diferente.

—Sí, no sé si antes de haber tenido sexo me habías preguntado alguna vez por mi fin de semana.

Bajé la voz para que Debbie no me oyera. Esta dejó el vaso de agua en mi mesita y el refresco en la de Jack.

Cuando desapareció, Jack me guiñó un ojo.

—Sabor a cereza —

comentó.

Y yo lo maldije por provocarme así.

Se me aceleró el pulso y sonreí de medio lado antes de volver a clavar la vista en el documento que se suponía que estaba leyendo.

—Tienes un desayuno a las siete en punto con el alcalde. Mientras tú estás reunido con él, yo iré a

dar una vuelta por el local. Luego me reuniré con tu director general australiano, Clint Sheridan, para ver cómo va el proceso de selección. Comeremos en Aria con nuestro intermediario en Nueva Zelanda, y Clint quiere que vayas a cenar a su casa, con otros



directivos.

—Quiere que  
vayamos, querrás decir  
—me corrigió,  
mirándome a los ojos.

Fruncí el ceño.

—No me necesitas.

—Pero quiero que  
estés —me dijo con  
firmeza, haciéndome  
recordar que era mi jefe.

Además, si no nos  
hubiésemos acostado

juntos, a mí no se me habría ocurrido no ir.

—Tú te has ocupado de la mayor parte de este negocio. Deberías estar.

Yo hice una mueca, pensativa.

—Por supuesto — respondí.

No merecía la pena discutir. Ya lo habíamos hecho cientos de veces y

aquella no iba a ser diferente.

Él asintió, pero estaba distraído.

—¿Hace falta que hablemos?

Su sugerencia abrió todo un mundo de posibilidades. ¿Hablar? ¿De qué? ¿De nosotros? ¿Qué iba a decir yo? ¿Y él?

Preferí no expresar mi

confusión.

—No sé.

Él alargó la mano y me pasó un dedo por el labio inferior. Sentí un cosquilleo en el estómago.

—Supongo que no. No importa.

Yo clavé la vista al frente, alejándome de su caricia. Tal vez no

importase. Tal vez  
aquello pasase y en unas  
semanas estaría  
preguntándome de qué  
me había preocupado.  
Por qué había permitido  
que Jack me afectase así.

Esperaba que aquello  
pasase, aunque en el  
fondo sabía que era poco  
probable.

## Capítulo 8

Me encantaba Australia. No solíamos ir a menudo, aunque tal vez eso cambiase cuando Jack abriese la oficina allí.

Sentí el calor y la

humedad nada más bajar del avión. Incluso dentro del aeropuerto, en el que había aire acondicionado, me entraban ganas de salir corriendo a la primera piscina que me encontrase.

Había una limusina esperándonos, y un par de periodistas. A veces se me olvidaba que Jack

era una persona de interés, en especial, en el mundo de los negocios. Para mí, después de dos años trabajando con él, era solo Jack, pero para el mundo era un enigmático empresario y filántropo.

Recordé lo impactada que me había sentido cuando lo había



conocido. La idea de trabajar para él me había fascinado.

En esos momentos, era mi vida, nada más.

Jack y yo habíamos sido inseparables todo ese tiempo. Yo era su mano derecha. Cuando viajábamos, nos alojábamos en habitaciones contiguas o en el mismo apartamento,

dependiendo del tiempo que fuésemos a quedarnos en la ciudad.

No obstante, en aquella ocasión la idea de alojarme en su ático de Woolloomooloo me llenaba de aprensión. No porque tuviese miedo de él. Tenía miedo de lo que yo quería de él. Y de lo que nos íbamos a ver

forzados a afrontar  
estando tan cerca.

    Mi presentimiento no  
cambió al llegar al lugar,  
que era impresionante.  
Lujoso y romántico.

    Aparté la palabra  
romántico  
inmediatamente de mi  
mente. Éramos  
compañeros de trabajo  
que, casualmente, se  
acostaban juntos, ni más

ni menos.

Las vistas del ático, al puerto de Sídney, eran impresionantes. Y la piscina de la terraza, muy tentadora.

—¿Planes para esta noche?

Jack estaba justo detrás de mí. Yo no me giré, pero sentí su cercanía. Me estremecí.

—Ninguno.

Acostumbrarme al uso horario.

—Yo ya estoy acostumbrado. Y tengo hambre —admitió Jack—. ¿Quieres que salgamos?

—Yo, lo primero, voy a darme un baño. No me esperes para cenar.

Fui hacia la puerta,

donde estaban las maletas, y llevé la mía hasta la habitación que había utilizado la última vez que había estado allí. Cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella, respirando profundamente. Después abrí la maleta y saqué un traje de baño negro, sencillo. Me lo puse y me miré al espejo antes de

enrollarme en una toalla y volver a salir.

Lo oí antes de verlo, deslizándose por el agua como si hubiese sido un medallista olímpico. Con su cuerpo bronceado brillando bajo el sol australiano.

Intenté ignorar el calor entre los muslos, dejé la toalla en una tumbona y

me zambullí. Nadé hasta el otro extremo y me apoyé en el bordillo para observar el puerto.

Daba la sensación de que alguien había esparcido miles de diamantes por la superficie del mar. Su brillo era increíble.

Jack se acercó a mí.

—Estás enfadada.

Yo me giré despacio



hacia él.

—No.

Su expresión era de impaciencia.

—Esto no se me da bien. Dime qué he hecho, para que lo sepa.

—¿Qué has hecho? — repetí, con ganas de echarme a reír y de llorar al mismo tiempo—. No has hecho nada, Jack.

Teníamos un trato, ¿no?  
Entre nosotros solo hay  
sexo. Y trabajo. Nada  
más.

Pero entonces recordé  
la historia de mi abuela  
acerca de cómo había  
conocido al abuelo. Miré  
a Jack y se me aceleró el  
corazón.

Él me miró también.

—¿Cuántos años  
tienes? ¿Casi treinta?

—Veintiséis —le  
aclaré.

—¿Y nunca has tenido  
una relación estable?

—¿Por qué dices eso?  
—le pregunté, aunque  
tenía razón.

—Porque no te  
imagino siendo la novia  
de nadie.

—Vaya, gracias —  
murmuré, volviendo a

clavar la mirada en las vistas.

Él me tocó el hombro suavemente, después bajó por el brazo y me agarró del codo. Yo me giré a mirarlo una vez más, y me separó del bordillo para hundirme en el agua con él.

Era buena nadadora, y me mantuve a flote, pero él se quedó a mi lado,

mirándome con aquellos  
ojos verdes y profundos  
como el océano.

—¿Estoy equivocado?

Negué con la cabeza.

—No necesariamente  
—respondí sonriendo—.

He salido con hombres, y  
he estado con hombres,  
pero siempre he tenido  
trabajos muy  
absorbentes, y poco

tiempo para salir a cenar  
y al cine.

Jack se echó a reír.

—Qué aburrido suena.

«Eso pienso yo  
también».

—¿Tú cómo la  
conociste?

No me hizo falta decir  
el nombre de su esposa.  
Ambos sabíamos a quién  
me refería. Él suspiró y  
apartó la mirada, apretó

la mandíbula.

—Si no quieres hablar de ello, no pasa nada — le dije, haciendo amago de ponerme a nadar.

Pero él me agarró por la muñeca. Y yo me alegré. Necesitaba que Jack me necesitase, y aquello era señal de que lo hacía. Mi corazón sonrió.

—Te alejas cuando no te sales con la tuya, ¿lo sabías?

—No me alejo. Iba a nadar —respondí—. Y no es porque no me salga con la mía. Es fácil... alejarse cuando te empujan.

—Trabajaba en un restaurante en Edimburgo —me contó, con la



mirada llena de dolor—. Yo había terminado una reunión e iba camino del hotel. Y decidí parar a cenar. Entonces, la vi. Estaba terminando de recoger y la puse nerviosa.

—Nerviosa. ¿Por qué?  
—pregunté, a pesar de recordar la primera vez que había visto a Jack.

—No había tenido

buenas experiencias con los hombres —continuó.

—Lo siento.

—Sí, a mí también me dio pena. El último tipo con el que había estado la había tratado como a un saco de boxeo.

—Lo siento —repetí.

—Sí. En cualquier caso...

—¿Empezasteis a salir

juntos?

—Una semana después de haberla conocido le pedí que se casase conmigo. Lo del noviazgo no se me da bien. No tengo paciencia —admitió, sonriendo con tristeza.

—¿Por qué no me sorprende? —comenté riendo.

Era evidente que

cuando Jack quería algo, iba a por ello inmediatamente. Pero había tardado dos años en darse cuenta de que quería mi cuerpo y era evidente que no quería nada más. Había sentido por Lucy lo mismo que mi abuela por mi abuelo. Y tal vez yo no pudiese entenderlo porque nunca

lo había sentido.

También era evidente que Jack no lo sentía por mí. No pude evitar ponerme celosa.

—Quise darle una vida mejor. Quería arreglarlo todo, que dejase de sufrir y empezase a sonreír, a reír.

—Seguro que lo hiciste —le dije, era lo

que pensaba.

Solo había visto un par de fotografías de Lucy, pero en todas salía sonriendo.

—Yo la maté, Gemma —añadió, mirándome a los ojos un instante—. Si no me hubiese conocido, tal vez seguiría estando viva.

Me quedé inmóvil, sin

comprender.

—¿De qué estás hablando?

Él tragó saliva, cerró los ojos.

—Estaba embarazada. Acabábamos de enterarnos cuando le diagnosticaron la leucemia. Yo quise que empezase el tratamiento inmediatamente, pero eso habría significado sufrir

un aborto.

Sentí pena por Jack,  
por Lucy y por el bebé.

—Y ella no quería eso  
—apunté.

—No —admitió Jack  
muy serio—. Ni siquiera  
con tratamiento había  
muchas esperanzas,  
pero... al menos habría  
tenido una oportunidad.  
Si no se hubiese quedado



embarazada.

—Entonces, no se habría enterado de que tenía leucemia hasta que la enfermedad hubiese estado muy avanzada — le dije.

Tomé su rostro con ambas manos y le di un beso tierno para intentar transmitirle mi comprensión.

Jack estaba inmóvil.

No me devolvió el beso.  
Era evidente que seguía  
sintiéndose culpable.  
Entonces fue como si  
algo se hubiese puesto en  
marcha en su interior, me  
agarró del trasero y me  
puso las piernas  
alrededor de su cintura,  
sujetándome contra su  
erección, haciendo que  
me olvidase de su

tristeza por un momento más. Por una noche más.

Y entonces me di cuenta de que era así como sobrevivía.

Pensé en lo que había dicho de que quería hacer que la vida de Lucy fuese mejor.

Entonces, me di cuenta de que eso mismo era lo que yo sentía por Jack.

Y sabía cómo hacerlo

salir de aquel infierno.  
Lo besé apasionadamente  
y me apreté contra su  
cuerpo mientras le  
bajaba el bañador.

—Eres un ángel —  
murmuró, quitándome el  
bañador.

Yo le sonreí y algo  
cambió entre nosotros.

De repente, ya no era  
solo sexo, aquella vez

era diferente. Y yo sentí  
que me invadía el miedo.

## Capítulo 9

—Me encanta esta ciudad.

Me miró a los ojos y me desarmó con su sonrisa, haciendo que mi cuerpo respondiese.

—Es preciosa.

Había una caja de pizza entre nosotros. Jack tomó otro trozo y yo observé cómo sujetaba la masa con los dedos.

Hacer el amor junto a la piscina había hecho que algo cambiase en mi interior y me alegré porque me sentía diferente. Era diferente. Jack era diferente. Ya nada era lo mismo.

—Es una ciudad limpia. Nueva —comentó sonriendo—. No se parece en nada a la ciudad en la que yo crecí.

—¿Dublín?

—Sí, a las afueras. En un pueblo pequeño y gris al este de Dublin —me contó, arrugando la nariz.

—¿No has vuelto nunca?



—No.

Tiró el borde de la pizza a la caja y se puso en pie, tendiéndome las manos.

Yo me levanté y le di las manos. ¿Cuándo había dejado de cuestionarlo para empezar a formar parte de él? ¿Y por qué eso ya no me molestaba?

—Mis padres se mudaron a Kerry, a una casita con vistas al mar. Es un lugar muy bonito.

—Pero a ti te gustan más las ciudades grandes, ¿no? —comenté mientras me abrazaba.

Él empezó a balancearse, a bailar conmigo en la terraza de su ático, mientras la luna

iluminaba la Ópera de  
Sídney.

—Me gusta el ritmo de  
las grandes ciudades —  
concedió—. No estoy  
hecho para vivir en sitios  
pequeños.

—No sé... —comenté,  
inclinando la cabeza—.  
Yo en ocasiones tengo la  
sensación de que la vida  
en las ciudades grandes  
va más despacio que en

las pequeñas. Todo depende de cómo pasas el tiempo. En las grandes ciudades hay mucho anonimato. ¿No has querido perderte alguna vez? Puedes pasear por Oxford Street el día después de Navidad y que no te vea nadie.

Él apoyó la mejilla contra la mía. Y yo volví

a sentirme bien. Supe que la sensación era peligrosa, que antes o después me causaría dolor.

—Si te soy sincero, nunca se me ha ocurrido pasearme por Oxford Street, mucho menos el día después de Navidad. ¿Tú estás loca?

Sonreí contra su pecho.

—Sí. Supongo que tú, si necesitas algo, mandas a alguien a que lo compre.

Jack sonrió.

—De todos modos, vives en Hampstead. Y eso es un pueblo pequeño.

—Pero está cerca de todo. Tú también vives ahí, ¿eh?

—Yo me mudé a Hampstead porque tú vivías allí —le recordé, pero enseguida me corregí—. Porque mi trabajo está allí y ya sabes que trabajo muchas horas, así que tenía sentido.

—Te entiendo —me contestó—. ¿Dónde vivías antes?

—En el sur de Londres, Elephant and Castle.

Él se echó a reír.

—¡Seguro que a tus padres les encantaba!

Lo habían odiado, por supuesto.

—¿Por qué dices eso?

—Creciste con tres niñeras y con una casa en el árbol, supongo que no



les gustó que te mudases a un barrio tan poco aristocrático.

Yo contuve una sonrisa. Él me levantó la mano y me hizo girar sobre mí misma, como si estuviésemos bailando al son de una canción que solo nosotros podíamos oír.

—No les pareció muy sensato, no, pero desde

allí llegaba enseguida a trabajar. Y, además, me encantaba pasar las mañanas en el mercado de Borough, era un paseo agradable.

—¿Te gusta cocinar?

—No, no tengo tiempo para cocinar, pero me encantan las flores — admití—. Y el queso, que degustaba por la noche

con una buena botella de vino.

—Suenan muy bien.

—Sí.

—¿Y dejaste todo eso por mí?

—Todo, no. Hay una tienda de quesos muy buena en Hampstead, ¿sabes?

—¿Y flores?

—Siempre.

—Deja que lo adivine,

te gustan los lirios.

Me sorprendió que conociese aquella flor y, sobre todo, que se arriesgase a adivinar cuál era mi favorita.

—No. Me encantan las peonías y los ranúnculos. Son flores tan salvajes y caóticas que mi corazón canta cuando las ve.

—Qué poético —

bromeó Jack,  
apretándome contra su  
cuerpo.

—Son flores traviesas  
—añadí—. ¿Quieres  
tomar postre? —me  
preguntó.

—Hay otra cosa que  
me apetece más.

Jack se echó a reír y  
sacudió la cabeza, se  
apartó de mí y  
desapareció.

Volvió un momento después, con dos tazas de café en las manos, pero en ellas no había café, sino una bola de helado de vainilla.

Estaba dulce, pero yo no quería postre, antes de que me diese tiempo a decírselo, Jack sacó dos cerezas perfectas que tenía escondidas.

Yo sonreí al ver que ponía una encima de cada bola de helado.

—La guinda del pastel —explicó innecesariamente, y a mí se me encogió el corazón ante aquel gesto tan dulce y sensual.

Porque la broma de la cereza era nuestra.

Teníamos algo

exclusivamente nuestro.

Jack tomó una cucharada de helado y me la acercó a los labios. Yo la probé, pero pensé en la primera noche que habíamos pasado juntos, en el primer beso.

Y me olvidé del postre.

Me besó como no me había besado nunca antes. Fue un beso suave,



tierno.

Inspiró como si me estuviese respirando a mí y yo hice lo mismo, sonreí contra sus labios.

A pesar de todo lo que habíamos compartido, tuve la sensación de que aquel había sido el momento más íntimo. Era como hubiésemos conectado en todos los

aspectos.

Entonces el deseo se apoderó de nosotros.

Jack me echó hacia atrás hasta que toqué la barandilla de cristal que rodeaba la terraza. Me besó en el cuello, y siguió bajando hasta llegar al pecho, que se metió en la boca, haciendo que me estremeciese de placer.

Descendió todavía más y por fin se puso de rodillas. Su lengua en el clítoris fue una deliciosa invasión, pensé que aquello era lo que había necesitado. Me aferré a la barandilla con fuerza y me apreté contra él. Jack ya sabía lo que me gustaba y le bastaban un par de segundos para

hacerme arder de pasión.

Gemí y eché la cabeza hacia atrás, y llegué al clímax con la mirada clavada en las estrellas. Me tambaleé, estuve a punto de caerme hacia delante, pero las fuertes manos de Jack me sujetaron.

—Eres preciosa —  
murmuró, dándome un beso en la frente.

Yo intenté recuperar la respiración. El momento en sí era eso mismo: precioso.

Lo miré a los ojos y noté picor en los míos. ¡No podía llorar! Me habría muerto de la vergüenza. No obstante, no pude evitar tener la sensación de que Jack estaba pensando algo que

no sabía cómo expresar.

Lo observé, esperé a que se me calmase el pulso. Jack abrió la boca. Se me detuvo el corazón. Entonces, me dedicó una de esas sonrisas que me encantaban y me dijo:

—Vamos a la cama.

—¿Así que tú eres su  
media naranja?

Profesionalmente  
hablando.

Sonreí a Clint Sheridan, pero tenía la vista clavada en Jack, que charlaba en la otra punta de la habitación con un grupo de hombres y dos mujeres.

—Soy su asesora legal  
—respondí sonriendo.

—Pero dicen que supervisas todo su

trabajo.

—¿De verdad? —le contesté, arqueando una ceja y bebiendo champán —. Todo su trabajo es mucho.

—Me lo puedo imaginar.

Me caía bien Clint. Iba a dirigir la operación australiana, así que trabajaríamos juntos al



principio. Estaba un poco nervioso, pero en cuanto se adaptase al puesto, sería divertido y rápido. Ya se había ido relajando durante el tiempo que habíamos estado en su enorme apartamento de la costa norte de Sídney.

Las vistas eran espectaculares, diferentes a las del ático

de Jack, con la ciudad  
brillando a nuestros pies.  
El famoso Harbour  
Bridge estaba iluminado  
de rojo por algún motivo  
y daba la sensación de  
que flotaba sobre el agua.  
A lo lejos brilló una luz.

—¡Un espectáculo  
nocturno!

Clint sonrió, siguiendo  
mi mirada o porque me

había visto temblar al pensar que era un relámpago. Aunque me sentí tentada, no le pregunté si habían pronosticado tormenta. Ya no era una niña pequeña.

—¿Hace mucho tiempo que vives aquí?  
—le pregunté.

—Unos años —  
respondió—. Compré el

apartamento sobre plano.  
Pensé que lo alquilaría,  
pero después me  
divorcié.

—Lo siento, no lo  
sabía.

—¿Cómo ibas a  
saberlo?

Su sonrisa era  
encantadora. Era guapo.  
Y yo no me había dado  
cuenta hasta entonces. En

realidad, que otro hombre me pareciese atractivo mientras me acostaba con Jack Grant era como darme una ducha en medio de las cataratas del Niágara. No obstante, Clint era atractivo. Tenía los ojos oscuros, el pelo negro y espeso, era moreno y fuerte.

Umm.

—Cierto. En realidad, que estés casado o no, nos da igual.

—¿Y tú, estás casada?

—Por supuesto que no —respondí sonriendo, a punto de dejar escapar una carcajada.

—¿Qué es lo que te resulta tan divertido? — me preguntó con curiosidad.

Pensé que estaba en una edad en la que las mujeres, en general, estaban saliendo con alguien, prometidas, planeando su boda, casadas, recién casadas o hartas del matrimonio. Yo no estaba en ninguna de aquellas situaciones. De hecho, nunca había pensado en casarme.

De repente, recordé el aniversario de mis padres.

—Casi no tengo tiempo de organizar unas vacaciones, como para meterme en algo tan enorme como... eso.

—Me parece bien. El matrimonio está sobrevalorado.

Arqué una ceja y bebí



champán. Paseé la mirada por la habitación con desinterés, pero al llegar a Jack todo mi cuerpo reaccionó.

—Supongo que lo normal es pensar así cuando uno acaba de divorciarse.

—No debí casarme jamás —comentó él, encogiéndose de hombros—. No obstante,

he sacado de ello una valiosa lección.

—¿Cuál?

—¿Gemma?

Mis ojos se encontraron con los de Jack, que de repente estaba a mi lado. Su gesto era indescifrable.

—¿Interrumpo algo?

—Nunca he comprendido por qué se

pregunta eso. Es evidente que estás interrumpiéndonos — respondí, suavizando mis palabras con una sonrisa, aunque Clint se puso tenso a mi lado.

—En ese caso, continuad —nos alentó Jack, retándome con la mirada, en silencio.

—Clint me estaba comentando que el

matrimonio es un grave error.

Me aparté de Jack y dediqué a Clint toda mi atención, pero cometí un tremendo error. Como estaba completamente de espaldas al resto de la habitación, Jack me tocó el trasero y tuve que morderme la lengua para no gemir.

De repente, me  
temblaron las rodillas.

—Para mí, lo fue —  
intervino Clint sonriendo.

—Pues lo siento —le  
contestó Jack,  
clavándome los dedos un  
poco más—. Necesito a  
Gemma para una  
conferencia telefónica.  
¿Hay algún lugar en el  
que podamos estar

tranquilos?

—Sí, por supuesto, mi despacho —respondió Clint, atravesando el salón.

Jack subió la mano por mi espalda y la dejó caer antes de seguirlo. Tomamos el pasillo y, tres puertas después, Clint se detuvo y sonrió de manera profesional.

Era evidente que no

sabía cómo me había estado tocando Jack, ni lo que Jack y yo queríamos.

—Sentíos como en casa —nos invitó—. ¿Necesitáis agua? ¿Café? ¿Alguna otra cosa?

Jack negó con la cabeza y Clint se marchó, cerrando la puerta tras de él. El despacho era

grande y también tenía vistas al puerto. En el medio había un escritorio, junto a la pared, un sofá, y también una estantería con una cafetera y un bar.

Jack interrumpió la inspección abrazándome y besándome.

—¿Qué me estás haciendo? —gimió contra mis labios, en tono



de súplica y esperanza.

—No sé a qué te refieres —conseguí contestar, entonces me metió la lengua en la boca y no pude continuar.

Metió las manos por debajo de mi vestido, levantándolo solo lo suficiente para agarrarme del trasero desnudo. Apretó la erección contra

mí y mi cuerpo deseó más.

Jack enterró una mano en mi pelo y tiró de él mientras la otra me acariciaba entre las piernas. Gimoteé contra su boca, no podía desearlo más.

Y entonces me acarició íntimamente con un dedo y todo mi cuerpo ardió. Yo necesitaba

algo. Espacio. Aire. Pero él pasó la lengua por mi boca mientras seguía tocándome y yo sentí una espiral de placer que no pude controlar.

Volví a gemir y Jack me agarró el pelo con más fuerza. Me sentía atrapada por él, por aquello, por el deseo que sentíamos el uno por el

otro. Siguió  
acariciándome y yo  
temblé de la cabeza a los  
pies. Todo mi cuerpo era  
suyo.

—Venga, termina —  
me dijo contra los labios,  
como si me hubiese leído  
el pensamiento y supiese  
que iba a hacer lo que me  
pidiese.

Jack me besó mientras  
me acariciaba y yo sentí

que me derretía entre sus brazos. Todavía no me había recuperado del primer orgasmo cuando empecé a notar que llegaba el segundo, todavía más intenso. Me aferré a sus solapas y me dejé llevar.

Pero Jack no había terminado conmigo. Se bajó la cremallera del

pantalón para liberar su erección y yo supe que solo tenía un par de segundos para recobrar el sentido. Para intentar controlar una situación que me estaba consumiendo viva.

—No —le dije, pero había deseo en mi voz.

Él se detuvo, me miró a los ojos, había angustia en su expresión. Pero se

detuvo. Esperó.

—Siéntate —le dije,  
señalando hacia el sofá.

Vi alivio en su rostro  
mientras lo hacía.

—¿Tienes un...?

No había terminado la  
pregunta y él ya estaba  
buscando en su cartera.  
Le puse el preservativo y  
me senté a horcajadas,  
acogiendo su erección en

mi interior, y me di cuenta de que estaba tan perdido como yo.

Me moví arriba y abajo, balanceando las caderas. Jack clavó los dedos en mis caderas y se movió conmigo, pero yo tenía el control. Cuando noté que estaba a punto de llegar al orgasmo, me levanté casi por completo y él gimió.



Yo me eché a reír y volví a sentarme y a apretarme contra él mientras lo besaba en el cuello, en la garganta.

Y noté cómo el placer volvía a crecer en mi interior.

Los relámpagos iluminaban el cielo, cada vez más cerca, pero casi ni me di cuenta. Ni

siquiera fui consciente de  
que empezaba a llover.  
Solo era consciente de la  
pequeña tormenta  
personal que arrasaba  
nuestras almas.

# Capítulo 10

Me estaba observando, así que intenté dominar mi reacción, pero los rayos y los truenos invadían el cielo, la lluvia golpeaba los enormes ventanales, y yo

estaba temblando.

—Estás aterrada —  
murmuró, rozándome el  
hombro al ayudarme a  
quitar-me la chaqueta que  
me había puesto para ir a  
casa de Clint.

—No —mentí,  
apartándome de él para  
que no se diese cuenta de  
que tiritaba.

Me clavé las uñas en  
las palmas de las manos

y miré hacia el exterior. No podía soportarlo. Si hubiese estado sola, me hubiese puesto unos auriculares y me habría metido debajo de un edredón a esperar que pasase, pero no podía hacerlo, Jack seguía estudiándome con la mirada.

—Ha hecho un día

agradable, ¿de dónde ha salido esto? —pregunté con voz áspera.

—Estamos en el trópico —comentó él, quitándose los zapatos y la chaqueta al mismo tiempo.

La chaqueta estaba ligeramente arrugada por delante, por donde yo la había agarrado mientras Jack me hacía llegar al

orgasmo.

—Primero sube la temperatura y después estalla la tormenta.

—¿De qué me suena eso?

Jack sonrió de medio lado. Nosotros también teníamos nuestro propio clima tropical, calor y tormentas, rayos, truenos y relámpagos.

La luz de uno de estos últimos inundó el salón y yo me sobresalté.

—No es más que una tormenta —murmuró Jack, acercándose y levantándome el rostro con un dedo para verme mejor, para exponerme a su curiosidad, a su examen—. Pasaré.

A mí se me encogió el



estómago al pensar que la metáfora había tomado un nuevo camino. ¿Sería una indirecta? ¿Estaría refiriéndose al deseo que había entre nosotros? Lo nuestro también pasaría. ¿Qué otra cosa se podía esperar?

—Siéntate conmigo.

Me apretó la mano y me llevó hasta el sofá de piel blanco desde el que

las vistas del puerto eran espectaculares. La Ópera estaba iluminada de blanco y la lluvia hacía que la imagen fuese casi apocalíptica.

—Incluso el aire huele diferente —comenté, aspirando la espesa atmósfera con olor acre cargada de electricidad.

—Sí... —dijo él con

voz ronca.

Jack se sentó y yo fui a sentarme a su lado, pero tiró de mí para que me acomodase en su regazo. Y me dio un beso, un beso dulce, con el que pretendía hacerme sentir segura, pero que me asustó todavía más porque hizo que se me acelerase el corazón.

Sentí pánico. Aquello

era demasiado. Todo era demasiado. Estaba en el ojo de dos huracanes distintos y no sabía si iba a sobrevivir a ninguno de ellos.

—Ha ido bien la velada —comentó, acariciándome el brazo desnudo, reconfortándome y confundíendome al

mismo tiempo.

—¿Qué te parece el equipo? —le pregunté, pensando que tal vez hablar de trabajo me tranquilizaría. Que encontraría consuelo en la familiaridad de aquella vida.

—Competente — admitió, pensativo—. Aunque no estoy seguro de que Ryan vaya a

funcionar.

—¿Por qué dices eso?

Se encogió de hombros y el movimiento hizo que su camisa limpia rozase mi piel.

—Por instinto.

—Viene recomendado.

—Lo sé.

Jack se acarició la barbilla y yo recordé cómo había metido un

dedo en mi interior, cómo me había hecho llegar al orgasmo. Se me encogió el estómago y volví a notar humedad entre las piernas solo al recordar lo que habíamos hecho.

—Hay algo en él que no me convence. No sé el qué.

Yo volví a pensar en la velada, intenté

comprender lo que Jack quería decirme, y sacudí la cabeza.

—Ya veremos, supongo.

—Tiene un periodo de prueba de tres meses, ¿no?

—Sí. Apuntaré que hay que ver cómo va a los dos, si te preocupa el tema.



—Estupendo.

Hubo otro estallido de luz y yo salté.

Él apoyó la frente en mi hombro y, a pesar de que era un gesto extraño, me reconfortó.

—¿Se enfadaron tus padres?

—¿Mis padres?  
¿Cuándo?

Pensé que debían de

estar ya de vuelta en Londres, y que debía ir a visitarlos. Solo de pensarlo se me calmaron todos los calores.

—La noche que dormiste en la casa del árbol.

—Ah —dije, cambiando ligeramente de postura, acercándome más a él—. Se pusieron furiosos.

Sacudí la cabeza.

—Bueno, no es cierto, en realidad, se sintieron decepcionados.

—¿Decepcionados?

—Sí, avergonzados porque la gente pudiese pensar que no contrataban a personal lo suficientemente cualificado para cuidarme —le expliqué,

haciendo una mueca—. Y, tal vez, avergonzados por no haber ido a comprobar que yo estaba en la cama cuando habían vuelto de la cena, al fin y al cabo, eso es lo que habrían hecho la mayoría de los padres.

—¿No tenéis una buena relación?

—¿Por qué dices eso?

—Por el modo en que

hablas de ellos.

—No. No tenemos relación. No les gustan las decisiones que he tomado en mi vida.

—¿De verdad? ¿No les parece bien que hayas obtenido una doble titulación en Oxford?

—En absoluto. Se supone que tenía que casarme con un hombre

rico y respetable, que tuviese una propiedad tan grande como la nuestra, no mayor, salir en *Harper's Bazaar*, tomar el té en el palacio de Kensington —le conté, poniendo los ojos en blanco—. Me agoto solo de pensar en lo que mis padres querían de mí.

—No parece que te gusten mucho los actos

sociales.

—No. De hecho, la fiesta de su aniversario de bodas es dentro de una semana. Asistirá toda la aristocracia británica y, por supuesto, alguien de *Harper's Bazaar*.

—¿Y tú no quieres ir?

—Tengo que ir, pero...

Un trueno retumbó en

el apartamento y yo pensé que se iban a romper todas las ventanas. Que íbamos a morir.

—¿Pero?

No sabía si Jack estaba intentando distraerme o si de verdad le interesaba mi familia, pero hablar me distraía y eso era bueno. Además, había empezado a



abrirme a él y no me resultó callarme en aquel momento, así que continué.

—Yo siempre he sido la prueba de su felicidad. Su matrimonio es todo un éxito. Y tienen una hija. Una heredera. Estoy segura de que me llaman así, su heredera, cuando brindan cada año.

Porque, para ellos, esa es mi misión en la vida: heredar. Y lo odio. Lo he odiado desde que tengo uso de razón. A ellos les basta con que yo exista, no les importan mis aspiraciones, más bien, les ofenden. Y el hecho de que trabaje para ti es, sin duda, una vergüenza para la familia.

—Así dicho, parecen

unos engreídos egoístas.

—¿Sí?

—¿Lo son?

Pasó los dedos por mi piel, haciendo que sintiese calor, despertando el deseo en mi interior.

—Son el producto de su educación —le contesté, aunque después sacudí la cabeza, porque

eso significaba serle desleal a la abuela—. O de las expectativas de la sociedad. No lo sé. Son bastante... estirados. Fríos. Carentes de emociones.

Jack hizo una mueca.

—Es curioso. Así te habría descrito yo hace solo unas semanas.

Lo miré con sorpresa.

—Una cosa es

mantener una distancia profesional y, otra distinta, ser frío.

—Es cierto —admitió, subiéndolo los dedos hasta mi mejilla—. Tú hacías ambas cosas.

—No —protesté, ofendida.

—Parecías de hielo.

Intenté ponerme en pie, pero me sujetó.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Por qué tengo la sensación de que actúas cuando estás conmigo?

—No actúo —repliqué, clavando la vista en el puerto, que estaba siendo azotado por la tormenta.

Pero Jack insistió.

—No te comportas así

con nadie más. No me había dado cuenta hasta que te vi hablar con Wolf DuChamp. Y a partir de entonces me he estado fijando y me he dado cuenta de que solo eres así conmigo.

—Yo... Soy así.

—No —insistió él—. Todo el mundo te llama Gem, como si fueseis amigos. Te llevas bien

con Rose y Sophia. A Amber le encantas. Solo lo haces conmigo.

Separé los labios para negarlo, pero ¿cómo iba a hacerlo? Jack tenía razón. Nada más conocerlo, me había puesto a la defensiva porque había sabido que podía causarme problemas, que nos iba a



ser muy complicado luchar contra la química que había entre nosotros.

—¿Qué te pasa conmigo, Gemma Picton, por qué actúas como si tuviese la peste?

Se me aceleró el corazón. Aquella conversación era peligrosa. La verdad, la sinceridad y conocerse demasiado bien tenían

sus peligros.

—Tal vez pensé que si me mostraba cercana podrías confundirlo con otra cosa —murmuré en tono desenfadado, como si estuviese hablando en broma.

—¿Pero con Wolf, Barry o Clint, no?

Mi expresión era tranquila, pero por dentro

estaba temblando.

—No —respondí en un susurro.

No sabía qué me estaba pasando, pero mi cerebro me obligó a recordar que aquel hombre, que parecía haberse convertido en un hombre normal, seguía siendo el hombre que había conseguido una fortuna partiendo de

cero. Que era un hombre brillante, despiadado e incisivo. Que siempre conseguía lo que se proponía.

—¿Cuándo te diste cuenta de que esto iba a pasar? —me preguntó, pasando un dedo por mi pecho a través de la delgada tela del vestido.

Yo arqueé una ceja,

casi incapaz de respirar.

—Umm... supongo que la noche que me besaste y... me tocaste.

Era mentira. Lo había sabido nada más aceptar el trabajo. La cercanía alimentaría a la fatalidad. De hecho, no sabía cómo había podido frenar aquello durante dos años.

—Yo pienso que ya me deseabas antes.

—¿Sí?

Me aclaré la garganta y me puse en pie para ir a la cocina a servirme un vaso de agua mineral. En esa ocasión, Jack no me lo impidió.

Noté su mirada clavada en la espalda mientras entraba en la cocina y me servía un vaso de agua mineral.

Las burbujas parecían moverse de manera desesperada, incluso hipnótica.

—Sí.

Jack se levantó también, yo lo miré con impotencia.

—¿Qué quieres que te diga? —le pregunté—. Te conocía. Te conozco. Sabía que estabas enamorado de tu esposa,

que te acostabas con otras mujeres para olvidarla. ¿Me culpas de haber querido evitar esta locura?

—No, me culpo a mí por no haber permitido que lo hicieras — respondió, pasándose una mano por el pelo, sonriendo—. Por no haber sido fuerte, como



tú, que me deseabas,  
pero no ibas a hacer nada  
al respecto, ¿verdad?

Jack tenía los hombros  
anchos y era como si,  
sobre ellos, cargase con  
un peso enorme,  
invisible.

—Por supuesto que no.  
Para empezar, eres mi  
jefe. Por no hablar de la  
cantidad de mujeres que  
pasan por tu dormitorio.

Esta ha sido,  
probablemente, la mayor  
tontería de toda mi vida.

—Sí —admitió él,  
mirándome a los ojos—,  
pero no quieres que  
termine.

Negué con la cabeza,  
intentando refugiarme por  
fin en la sinceridad.

—¿Y tú?

—No —confesó él

sonriendo—. Aunque tengo otro miedo.

—¿Cuál?

—Me da miedo desearte tanto, necesitarte. Y me da miedo hacerte daño, Gemma.

—No lo harás.

Él asintió, pero no estaba convencido. Yo, tampoco. De hecho, habría dicho que era

inevitable que Jack me hiciese daño, tan inevitable como que el sol saldría por el puerto en tan solo unas horas, pero no me importaba. Estaba metida en aquello y no era más que un árbol en medio de una tormenta, intentando aferrarme al suelo con todas mis fuerzas aunque

el viento amenazase con arrancarme.

El ambiente se había puesto tan serio que deseé darle un toque de humor y hacerle sonreír.

—Apuesto a que tú de niño también eras un demonio.

—¿Por qué dices eso?  
—me preguntó Jack, haciendo un evidente esfuerzo por cambiar de

tema de conversación a pesar de que seguía perdurando la conversación anterior.

—¿Recuerdas con quién estás hablando? Eres testarudo y egoísta...

—¿Egoísta? Si siempre cuido de ti...

Noté que me ardía el rostro.

—No me refería al sexo —balbucí.

Él se echó a reír y esa fue mi recompensa. Fue una risa dulce y ronca, que me hizo estremecer.

—Ya veo...

Tal vez se compadeció de mí. Entró en la cocina y se apoyó en la encimera, yo me acerqué e imaginé el tatuaje que

llevaba debajo de los pantalones del traje y, sin pensarlo, apoyé la mano en su cadera.

—Lo cierto es que fui un buen niño —comentó.

—Entonces, ¿la terquedad llegó después?

—Supongo que sí —rio él.

Levantó la mano y la apoyó en mi cuello. Aspiré hondo su olor, el



momento, todo, intenté guardar aquel recuerdo en mi mente para disfrutar de él después. Era un momento perfecto.

—Me mandaron a un internado. Conseguí una beca.

—¿Y me halagas a mí?  
—bromeé.

—No tenía elección. Solo había una manera de

salir del lugar en el que había crecido. Tú, sin embargo, tienes una motivación que no comprendo. Lo tenías todo. Naciste siendo rica, en una familia que se remonta a la Carta Magna. ... Lo más sencillo habría sido quedarte con eso, habrías tenido una buena vida.

—Eso depende de qué

entiendas por buena vida  
—repliqué—. Yo nunca  
encajé.

—Me resulta  
imposible de creer.

—¿Por qué?

—Porque encajarías  
en cualquier parte.

—Te aseguro que no  
quería estar en casa con  
esa gente.

—Tus padres son unos

estirados. ¿Y tus amigos?

—A la mayoría los conocí después, en la universidad, en Goldman, en Deloitte.

—¿Y conmigo? —me preguntó, y se me detuvo el corazón un instante, antes de que continuase hablando y me diese cuenta de que en realidad no hablaba de sí mismo —. Wolf. Barry. Al

parecer, conoces a todos mis empleados.

—Ah, bueno, sí... Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti — contesté, redirigiendo la conversación.

—Sí.

Me atrajo hacia él y me sentó en la encimera, me separó las piernas y se colocó entre ellas. Lo

tenía tan cerca que debía de estar oyendo los latidos de mi corazón, solo los superaba la tormenta que había fuera.

—Mis padres estaban convencidos de que sería contable. Como mi padre, y mi abuelo antes que él. Siempre se me dieron bien los números. Cuando les conté que había comprado mi

primera empresa, se quedaron de piedra.

—Ya imagino.

Él se echó a reír. Me rozó la base de la garganta con los labios y yo gemí.

—Así dicho, parece fácil. Como si no hubieses querido ser contable y, en su lugar, hubieses elegido esto.

—¿Esto? —repitió él,  
echándose a reír y  
bajándome el tirante del  
vestido para besarme  
suavemente en el hombro

—¿Y tú cómo sabes  
que mi familia se  
remonta a la Carta  
Magna? —le pregunté.

—Porque me he  
informado.

—¿Qué?



Levanté la mano y él me besó en la parte interna de la muñeca. Cerré los ojos.

—Te he buscado en internet —me confirmó, dejando caer mi mano y agarrándome por el trasero.

Yo lo abracé con las piernas por la cintura.

—¿Por qué?

—Porque la otra noche me di cuenta de que era información que debía tener.

—¿Y por qué no me preguntaste en vez de buscarlo en internet?

—Preguntar habría llevado tiempo — comentó, encogiéndose de hombros.

—¿Y no tenemos

tiempo?

—Soy impaciente —  
admitió sonriendo.

—No tenía ni idea —  
dije yo en tono  
sarcástico.

Apoyó las manos en  
mis rodillas y subió con  
ellas por mis muslos.

—¿Te resulta extraño  
que te haya buscado en  
internet?

—Viniendo de ti, no.

—¿Porque yo soy extraño?

—Porque tú eres tú — lo corregí—. Dominante, exigente, maravilloso.

Jack se quedó inmóvil. No se esperaba el cumplido. Cuando volvió a relajarse, me dio un beso, y yo sentí que el corazón se me salía del pecho. Aquello era

perfecto. Tenía la sensación de estar en el cielo.

—¿Y tú no me has buscado a mí? —me preguntó en tono de broma, llevando las manos a la cremallera de mi vestido y bajándomela.

Mi cuerpo, hipersensible, sintió cada roce de sus dedos.

Lo había buscado, a él y a su mujer, pero no se lo quería confesar.

—Quería trabajar para ti —dije, encogiéndome de hombros—. Por supuesto que lo hice.

Su risa me demostró que sabía que le estaba mintiendo. O, al menos, que no le estaba contando toda la verdad.

—¿Por qué trasladaste tu despacho de Londres a la mansión? —le pregunté sin pensarlo.

Jack, que estaba bajándome la cremallera del vestido, se detuvo. Tenía los labios muy cerca de los míos y deseé besarlos, pero lo vi tan paralizado por la pregunta, que preferí

esperar a escuchar la respuesta.

—¿Perdón?

—Es solo que... como nos estábamos haciendo preguntas —balbucí, y tragué saliva—. ¿Fue por Lucy?

Su expresión era de... ¿angustia?

Sacudí la cabeza rápidamente.

—Olvídalo. No tenía



que habértelo  
preguntado.

—No, no pasa nada —  
me dijo.

Pero su expresión era  
la misma que si lo  
hubiese golpeado con un  
hierro candente.

—Lo hice por Lucy.  
Al final de su  
enfermedad. Quería estar  
cerca de ella todo el

tiempo. La habitación que hay junto a mi despacho era su dormitorio.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? La habitación en la que se acostaba con todas aquellas mujeres era la misma que su esposa había ocupado durante su enfermedad.

—Cuando murió no

quise... volver a la normalidad.

Suspiró enfadado y siguió bajando la cremallera de mi vestido, pero con desgana.

—Cada persona vive el duelo a su manera.

—Por supuesto. Aunque yo pensaba que lo iba a llevar mejor.

Había cerrado los

ojos, se había alejado de mí, pero al menos seguía hablando, y eso era suficiente. Tenía que ser suficiente.

—Tuvimos meses para prepararnos —continuó—. Ella estaba preparada. Al final su vida fue... estaba preparada para macharse. Mi terapeuta dice que pasé tanto

tiempo siendo fuerte para ella que después no me quedaron fuerzas para mí.

—¿Vas a terapia?

—Iba. Hasta que me dijo esa tontería. Como si uno pudiese medir cuánto apoya a otra persona. ¿Qué quería que hiciese, que reservarse las fuerzas para mí?

—No, no creo que quisiese decir eso. La enfermedad de Lucy debió de ser agotadora para ti. Imagino que te centraste tanto en sus necesidades que, cuando falleció, no supiste qué hacer contigo mismo.

—Todo mi mundo se tambaleó —añadió sin más.

Sentí pena por él, pero no se lo dije. Tenía el vestido caído hasta la cintura y me acarició los pechos como si estuviese aferrándose a una tabla de salvación.

—Todavía se tambalea —comenté en voz baja.

—Ahora es diferente.

Me pasó un dedo por

el pecho. Tenía la mirada clavada en él.

—Diferente, ¿cómo?

Sigo llorándola, pero puedo funcionar. Los días más duros no son los días en los que me siento triste.

—¿No?

—No, Gemma.

Me levantó y atravesó la casa para llevarme hasta el dormitorio, pero



yo no quería dar por  
terminada la  
conversación.

—¿Cuáles son tus días  
más duros? —le pregunté  
mientras él abría la  
puerta.

Me tumbó en la cama,  
pero yo me senté a  
escuchar su respuesta, sin  
importarme que llevase  
el vestido todo arrugado

a la altura de las caderas,  
que todo mi cuerpo  
estuviese desnudo ante  
él.

—Los días así. Los  
días en que me siento  
feliz y distraído. Los días  
que me olvido de ella.  
Cuando me doy cuenta de  
que no he pensado en ella  
en todo el día, como hoy,  
que solo he podido  
pensar en ti.

Me sentí feliz y fatal al mismo tiempo. ¿Cómo era posible que me sintiese triunfante frente a una mujer que había fallecido?

Me puse de puntillas para poder besarlo y, después, lo empujé hacia la cama.

—Que te sientas feliz no significa que la

quieras menos —le  
contesté mientras le  
desabrochaba la camisa y  
pasaba las puntas de los  
dedos por su pecho—.  
Solo significa que eres  
humano y que el tiempo  
pasa. Es normal. Es  
natural.

Él no respondió, pero  
me besó dulcemente,  
diciéndome con su  
cuerpo lo que todavía no

podía decirme con palabras.

La primera semana que Gemma había trabajado conmigo la había evitado como si la vida me fuese en ello. Estaba harto de que mis empleados dimitiesen, así que había desarrollado un modo de ponerlos a prueba

rápídamente. A partir de las seis de la mañana, empezaba a pedirles información, para ver cómo reaccionaban.

Gemma había sido increíble.

Cuando le había pedido algo que no tenía terminado, me lo había entregado en cuanto había podido, sin enfadarse. Había sido

sincera con sus carencias y me había mirado fijamente cuando yo había comentado que su ineficacia era fruto de una mala preparación.

Trabajaba hasta tarde, venía conmigo a París aunque la avisase solo cinco minutos antes y jamás se quejaba.

Entonces, un día, había

entrado en su despacho y me la había encontrado dormida, como en esos momentos. Con la cabeza apoyada en el escritorio y la melena dorada sobre el teclado del ordenador.

Aquella vez pensé por primera vez que no era para mí. Ya la deseaba entonces. Mi cuerpo había reaccionado al instante y había



fantaseado con hacerla mía, pero el placer habría sido transitorio. Gemma era como un objeto único y fascinante que yo no podría tocar jamás. Mucho menos, hacerle daño.

Pero aquí estaba yo.

Y ella.

En algún momento de la noche, mientras

dormía, Gemma debía de haberse marchado a su habitación, respetando así los límites tácitos que nos habíamos impuesto después de que yo le hubiese hablado sobre mi persona mucho más que a nadie en el mundo.

Aquello me enfadó. Me enfadó que Gemma hubiese aceptado esos límites.

Todavía no había amanecido, pero el cielo empezaba a teñirse de un resplandor dorado que ya salpicaba su mejilla y su brazo. Me pregunté cómo sería levantar la colcha y meterme en la cama a su lado. Apretarla contra mi pecho y despertarla a besos.

Pero

estaba

haciéndose de día y  
Gemma seguía estando  
tan fuera de mi alcance  
como dos años antes.

# Capítulo 11

*Mi avión aterriza a las siete. ¿A qué hora puedes estar en mi casa?*

Sonreí al leer el mensaje, pero se me encogió el corazón. Había pasado una

semana desde que había vuelto de Australia y Jack estaba punto de llegar. Había habido un problema con la bodega de Nueva Zelanda y había tenido que quedarse a solucionarlo. Como resultado, yo llevaba en un purgatorio sexual desde hacía siete días y siete noches.

Lo había echado de

menos, sí, no podía seguir fingiendo cuáles eran mis sentimientos.

Lo amaba.

Estaba enamorada de él.

Tal y como había descrito la abuela, me había dado cuenta de repente.

Pasé una mano por el vestido verde claro que

llevaba puesto y deseé que fuesen sus manos las que me tocasen.

*¿Mañana por la noche?*, le respondí.

Esperé un momento, pero no respondió. Imaginé que habría hecho una mueca al ver que no me ceñía a sus planes.

*¿A las siete y cinco de la tarde se considera que ya es por la noche?*,



contestó.

Me eché a reír. Me retoqué el maquillaje, que estaba perfecto porque no me había maquillado yo. También me habían hecho un peinado bastante conservador y me había puesto pendientes de diamantes.

Me puse los zapatos y

tomé de nuevo el teléfono.

*Ojalá, pero es la fiesta de aniversario de mis padres, ¿recuerdas?*

Metí el teléfono en el bolso y me lo puse debajo del brazo.

Me estaba esperando mi chófer. No Hughes. Mi chófer personal, al que utilizaba cuando tenía eventos familiares,

para agradar a mamá y a papá.

—Hola —le sonreí distraída, sentándome en la parte trasera del coche. Miré el teléfono.

*Se me había olvidado,  
¿no puedes pasar de ir?*

Yo me eché reír.

*Ojalá.*

*¿Qué llevas puesto?*

Sonreí, levanté el

teléfono y me hice una fotografía, la examiné rápidamente y se la envié.

Su respuesta fue casi inmediata.

*Muy sexy, lady Gemma.*

A mí se me encogió el corazón y, por un instante, contemplé la idea de no asistir a la fiesta. Sabía que mis

padres se pondrían furiosos, pero merecía la pena estar con Jack...

*¿Y qué llevas puesto tú?*, contraataqué.

Unos segundos después me llegó una fotografía suya. Se me aceleró el corazón. Era tan guapo.

Miré sus ojos como si lo tuviese delante y

escribí: *¿Viajas en traje?*

Él no respondió inmediatamente y yo guardé el teléfono en el bolso. Volví a sacarlo cuando el coche se detuvo delante del Ritz, pero no tenía ningún mensaje. Pensé que vería a Jack al día siguiente y recuperaríamos el tiempo perdido.

—Señora —me dijo el chófer, abriendo la puerta.

Yo le sonreí y salí al frío de la noche.

Varios flashes me golpearon el rostro. No había estado preparada, tonta de mí. Sonreí y miré al frente, hacia las enormes puertas de cristal.

La fiesta era en el Salón de Música. Ya había estado antes allí, en el cumpleaños de mi abuelo. Era un salón muy elegante, decorado en tonos dorados y rosas, con enormes arreglos florales y pesadas cortinas.

Llegaba tarde. Solo diez minutos, pero el



salón ya estaba lleno. La música era un cuarteto de cuerda y mis padres iban recibiendo a los recién llegados, todo parecía sacado de un libro de Jane Austen.

Me detuve y pensé en escabullirme e ir directamente a buscar a mi abuela, que debía de estar cerca de la barra, pero mi madre me vio y

levantó la mano para saludarme.

Yo juré entre dientes y volví a sonreír.

—Mamá —dije, dándole un beso en la mejilla—. Estás preciosa.

Lo estaba. Mi madre siempre estaba guapa. Estaba bronceada después de su viaje y

llevaba un vestido de encaje color crema que le favorecía. Papá iba de esmoquin.

—Bienvenidos a casa  
—añadí.

—Ah, sí. Cierto. No te hemos visto desde que hemos vuelto —replicó ella con desaprobación.

—He estado en Australia —le expliqué, sin saber por qué lo

hacía—. ¿Estuvo bien el viaje?

    Mi padre murmuró algo que no llegué a comprender.

    —Sí —asintió mi madre—. Estamos pensando en volver el año que viene, ¿verdad, cariño?

    —Ya veremos —le contestó él.

—¿Ha llegado la abuela?

Mi madre asintió y miró hacia el otro lado del salón.

—Está por allí.

—Iré a verla —sugerí, como si les estuviese haciendo un favor, aunque, en realidad, me lo estaba haciendo a mí misma.

—¿Has preparado el discurso, querida? —me preguntó mi madre justo cuando me estaba marchando.

Yo juré entre dientes, se me había olvidado.

Vi a la abuela a lo lejos y me acerqué a ella. Toda vestida de negro, parecía que iba de funeral.

Me acerqué riendo.

—Hola.

—Vaya, menos mal,  
por fin alguien que me  
cae bien.

Varias personas la  
oyeron y la miraron mal,  
pero yo sonreí de oreja a  
oreja.

—Cuéntame... la  
fiesta parece todavía más  
aburrida que otras veces

—comenté, y después me dirigí al camarero que había detrás de la barra y añadí—: Champán.

Este me sirvió una copa y me la dio. Mi abuela le pidió que rellenase la suya.

—¿Dónde está mi koala?

—¿Tu... qué?

—Has estado en Australia, ¿no? —me



preguntó con  
impaciencia.

—Ah, sí, pero hay que  
adentrarse en la  
naturaleza para ver  
koalas.

—Y, deja que lo  
adivine, tú tenías  
demasiado trabajo para  
hacerlo.

Asentí.

No había sido solo el

trabajo, sino Jack.

—Pero vi delfines desde la terraza de casa de Jack. Preciosos. Y había muchos.

—¿Y estaban en la terraza de Jack?

—No, abuela, estaban en el mar —reí.

—Evidentemente —dijo ella, dando otro sorbo a su copa de champán—. ¿Te acuerdas

del cumpleaños del abuelo?

—He pensado en ello al llegar.

—Aquella noche estaba feliz, rodeado de sus seres queridos —suspiró, con los ojos húmedos, luego miró a su alrededor—. Ha venido el alcalde.

Yo seguí su mirada.

—Sí. Papá ha estado trabajando en algo con él, me parece.

La abuela arqueó las cejas y yo bebí champán.

—Entonces, ¿lo has pasado bien? —me preguntó.

—Sí. Australia es un país precioso. Me gusta Sídney.

—¿Y por qué has

vuelto?

Reí de nuevo.

—Te estás convirtiendo en un disco rayado.

—Cariño, la vida es demasiado corta para andarse con rodeos, y yo te quiero demasiado como para mentirte.

—Vivo aquí. Y te echaría de menos, entre otras cosas.

—Iría a verte.

Nos interrumpió un viejo amigo de mi padre y, durante los veinte minutos siguientes, la abuela y yo charlamos educadamente con él.

Después vino alguien más y, después, la ahijada de mi abuela, Laurena, otro caso... Y entonces me di cuenta de

que eran las once y media.

Pensé que Jack ya debía de haber aterrizado. Con su traje. Tan guapo. Qué desperdicio.

Suspiré y volví a prestar atención a la conversación, asintiendo cuando tocaba, y me sentí agradecida cuando vino mi padre y me pidió que

bailase con él. La pista de baile era pequeña porque, a pesar de que había muchos invitados, a muy pocos les interesaba bailar.

Papá y yo siempre bailábamos. Me tomaba entre sus brazos y me hacía pensar en cuando era una niña pequeña y me subía sobre sus pies.



Eso era mucho mejor que dar conversación a sus amigos.

Sentí pena por la abuela, a la que había abandonado a los lobos.

—¿Qué tal el trabajo, niña? —me preguntó papá.

—Estupendamente.

—¿De verdad? Qué pena. Sidney me ha dicho que necesitaba a un

asesor con tu  
experiencia.

—¿Te refieres al  
alcalde Black? —  
pregunté.

—Admira tu trabajo  
desde hace tiempo. Me  
ha pedido que lo vayas a  
ver.

—Ya tengo trabajo,  
papá. Y me encanta.

Y entonces, como por

arte de magia, vi a Jack a nuestro lado, mirándome intensamente, como si solo estuviésemos los dos en el salón.

—¿Jack? —pregunté, dejando de bailar de golpe y apartándome de mi padre—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú me invitaste a venir.

Yo no lo había

invitado y ambos lo sabíamos, pero no iba a llevarle la contraria delante de mi padre.

—Ah, sí —contesté—. Se me había olvidado. Papá, este es Jack Grant. Mi... jefe.

Jack alargó la mano y apretó la de mi padre con su confianza natural.

—Milord.

Mi padre estaba impresionado, como casi todo el mundo que veía a Jack por primera vez. Eso me gustó.

    —¿Le importa si se la quito?

    —Ah, no, por supuesto que no.

    Mi padre retrocedió, pero yo no lo vi moverse porque toda mi atención

estaba puesta en Jack.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Había algo en su expresión que no entendía. ¿Estaba enfadado?

—Estabas muy tensa con esto de la fiesta. Nunca te había visto así.

Yo asentí lentamente. Como si aquella respuesta lo explicase

todo.

—¿Y?

—Había planeado estar contigo. Quería verte. Y estabas aquí — continuó, pasando la mano por mi espalda.

—¿Así que has venido? —murmuré, insistiendo porque necesitaba oír más.

—Más o menos.

Su sonrisa hizo que se me encogiese el estómago.

—Tampoco quiero estar aquí ahora — admití.

Él se echó a reír.

—¿Qué tal la semana?

Yo no podía creer que aquello fuese verdad. Jack Grant había venido a la fiesta de aniversario



de mis padres, estaba bailando conmigo, acariciándome la espalda, preguntándome cómo había sido mi semana, diciéndome que me había echado de menos. Tenía que estar soñando.

—Mucho trabajo. ¿Y la tuya?

—Ha sido perfecta — contestó, guiñándome un

ojo—. Nueva Zelanda es un lugar precioso y la bodega es increíble.

—Seguro que sí.

—Ya la verás en tu próximo viaje.

—Sí.

Intenté no imaginarme con Jack paseando por los viñedos, riendo los dos juntos bajo la puesta de sol.

—¿Jack Grant?

Jack suspiró y se giró hacia el hombre que lo había llamado. Lo reconocí, pero no recordé su nombre en aquel momento.

—Adam —dijo Jack—. ¿Cómo estás?

—Hacía siglos que no te veía. Aunque te he seguido el rastro, por

supuesto. ¿Tienes un momento? Me encantaría hablarte de un proyecto en el que estoy participando.

—La verdad es que...

Yo me aclaré la garganta y retrocedí.

—No pasa nada —dije en tono frío—. Voy a ver qué tal está mi abuela.

—Ah, ¿ha venido? —preguntó Jack—. Estoy

deseando conocerla.

Me miró a los ojos un instante y yo le sonreí mientras me alejaba.

—Ahora ya voy entendiendo todo un poco mejor —murmuró la abuela al verme llegar, con la mirada fija en Jack.

—¿Qué quieres decir?  
—le pregunté yo,

tomando su copa de champán y dándole un sorbo.

Me senté a su lado.

—Que no se trata solo de un trabajo —  
respondió ella,  
tocándome la rodilla.

Yo pensé en contradecirla, pero era mi abuela, me conocía demasiado bien.

—¿Qué quieres decir?

—pregunté en su lugar con cautela.

—¿Sales con él?

—Bueno, no del todo, más o menos.

—¿Lo amas?

Se me aceleró el corazón. La miré y negué con la cabeza, pero mi sonrisa me contradecía.

—No, es demasiado... demasiado pronto.

Reciente.

—¿Es secreto? —  
preguntó ella, con los  
ojos brillantes.

Yo suspiré. Ya no  
habría quien la parase.

—Sé guardar un  
secreto —murmuró.

Había pasado más de  
una hora cuando pude  
volver a tener cerca a  
Jack, y entonces estaba  
desesperada por tocarlo,



por besarlo, por estar a solas con él. Estaba casi a su lado cuando mis padres se subieron al escenario y la música se acalló.

    Mi madre era una comunicadora innata, que sabía dirigirse a la multitud y hacer el papel de esposa feliz a la perfección. Mi padre

brindó por ella y entonces me presentaron a mí. Su heredera.

Yo me obligué a sonreír y fui en dirección al escenario.

Solo quedaba el maldito discurso y por fin podría marcharme. Con Jack. La idea me motivó.

—Últimamente he estado pensando mucho

en el amor y en el matrimonio. En el salto de fe necesario para dar el paso. Se puede iniciar una relación con la mejor de las intenciones y que no funcione, que solo el amor no sea suficiente, se puede perder al amor de nuestra vida y sentir que nos han robado a nuestra alma gemela.

Miré a Jack mientras hablaba.

—También podemos enamorarnos, casarnos y que todo sea perfecto. Y vivir felices para siempre.

Me giré a sonreír a mis padres con la esperanza de que aquello significase algo para ellos. Era difícil de

saber, el bótox había  
hecho que fuese  
complicado averiguar  
qué sentía mi madre,  
podría ser  
desaprobación,  
impaciencia,  
aburrimento. No supe  
con cuál quedarme, así  
que miré hacia los  
invitados.

—Mi abuela me cuenta  
siempre cómo conoció a

mi abuelo, casi como si hubiese sido un capricho del destino. Como si su vida y su amor hubiesen sido inevitables y ella no hubiese podido impedirlo aunque hubiese querido.

Sonreí a la abuela y las lágrimas de sus ojos me hicieron sentirme orgullosa, porque sabía

que yo la comprendía,  
que entendía cómo se  
sentía.

—El matrimonio es  
algo extraordinario, y yo  
quiero felicitar a mis  
padres por sus treinta  
años juntos. Por mamá y  
papá.

Levanté la copa y les  
sonreí.

Mi madre asintió y mi  
padre me tiró un beso.

Los invitados brindaron también y yo me bajé del escenario.

Dejé la copa de champán en el borde de una mesa y no volví a mirar a nadie. En su lugar, fui hacia la puerta con paso decidido.

No me despedí de la abuela, ni de ningún invitado. Clavé la mirada



al frente hasta que hube huido. Era libre.

Continué andando, escaleras abajo, hasta el vestíbulo, y lo atravesé con los tacones tintineando contra el suelo. Llegué a las puertas de cristal y esperé. Y esperé.

No tuve que esperar mucho. En realidad, no llegó a un minuto.

No me habló, apoyó la mano en la curva de mi espalda y a mí se me encogió el estómago, casi se me doblaron las rodillas.

Salimos del Ritz y yo sonreí a Hughes, preparada para separarme de Jack, pero este no me lo permitió, mantuvo la mano en mi

espalda y en cuanto estuvimos en la limusina me agarró del hombro para hacerme girar.

Sus ojos estaban llenos de emoción, pero yo no sabía qué sentía. Solo sabía que me deseaba tanto como yo a él.

—¿Nos vamos? — pregunté, arqueando las cejas.

—Por supuesto.

Y entonces se inclinó sobre mí y me dio un beso en la punta de la nariz.

Como si todavía no lo quisiese lo suficiente.

## Capítulo 12

—¿Carrie?

Tenía la voz ronca y me picaban los ojos, pero respondí al teléfono. Estaba cansada. ¿Qué hora podía ser?

Me di cuenta de que

estaba en la habitación de Jack y sentí pánico.

Había dormido en su cama. Con él. Toda la noche. ¿O no?

Jack no estaba a mi lado y su almohada estaba fría.

Miré el reloj que había en su mesita de noche, no era tan temprano, eran más de las ocho, pero era domingo, y casi no había

dormido nada la noche anterior.

Me ruboricé al recordar cómo se habían redescubierto nuestros cuerpos. Al principio, con desesperación, nada más entrar por la puerta de su casa. Después, más despacio, de un modo más sensual. Como si estuviésemos

explorándonos,  
reconociéndonos. Y, por  
fin, de un modo  
dominante, con Jack  
utilizando mi anhelo para  
controlarme y yo,  
permitiéndoselo,  
disfrutando con ello.

No obstante, me di  
cuenta de que hacía  
semanas que no hablaba  
con mi amiga.

—¿Va todo bien? —le



pregunté.

—Soy yo la que debería preguntártelo.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño y pasé la mano por el edredón blanco.

¿Dónde estaba Jack?

—Supongo que todavía no has leído los periódicos.

Negué con la cabeza e

intenté recodar qué importante acuerdo teníamos pendiente. ¿Qué habría podido ir mal?

Juré entre dientes y me estaba poniendo en pie cuando Carrie empezó a leer:

—La bella y el multimillonario...

—¿Qué dices?

—¿Quieres que te lo lea?

—Hazme un resumen  
—murmuré en tono urgente, inclinando la cabeza hacia delante.

—El conocido multimillonario, filántropo y viudo, Jack Grant, podría estar preparado para retomar el control de su vida. Fue visto la noche pasada con lady Gemma Picton en el

Ritz, bla, bla, bla... —  
entonó Carrie, para  
después continuar  
leyendo—. La pareja  
lleva varios años  
trabajando junta, pero  
parece que su relación ha  
pasado a otro nivel. ¿Es  
posible que el  
multimillonario británico  
ya no esté en el mercado?

Hizo una pausa y  
después añadió:

—Y hay fotografías.

—Seguro que sí.

Me incorporé y me puse el albornoz de Jack, que estaba colgado de la puerta. Era azul oscuro y me llegaba al suelo. Olía a él y, como era de predecir, todos mis sentidos respondieron.

—¿Qué periódico es?

—pregunté, atándome el

cinturón con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

—El *Daily Gazette*.

—¿Y qué haces tú leyéndolo? —inquirí, aliviada.

—Me lo ha mandado mi prima, que sabe que somos amigas.

—Estupendo, no creo que nadie más que conozco vaya a leerlo.

—Lo siento, amiga,  
pero también sale en el  
*Telegraph*.

Cerré los ojos.

—Oh, oh.

—¿Es verdad?

Carrie parecía  
sinceramente  
preocupada.

—No —mentí yo.

—Pues en la fotografía  
parecéis muy

acaramelados... —  
añadió en voz baja.

—Las fotografías  
mienten. Mira... luego te  
llamo, ¿de acuerdo?

Colgué antes de que  
Carrie respondiera y abrí  
la puerta.

Jack estaba vestido,  
con una taza de café en la  
mano, delante de la  
ventana, con la vista  
clavada en la ciudad.



Había varios periódicos encima de la mesa. Me acerqué y vi que uno de ellos nos dedicaba toda una página. Había fotos de cada uno de nosotros, por separado, juntos, trabajando, como si llevásemos mucho tiempo con aquello.

Y, cómo no, también

había una fotografía de Jack y Lucy el día de su boda. Me llamaron la atención los ojos de ella, su sonrisa, la amabilidad que desprendía la fotografía.

Allí estábamos todos, los tres, en la prensa escrita, y aquello iba a quedar para la posteridad, para cualquiera que lo

quisiese consultar.

—Lo siento —le dije en voz baja, sin saber por qué me disculpaba.

—¿Por qué? —me preguntó, girándose con la mandíbula apretada.

Estaba increíblemente guapo y, al mismo tiempo, tenía un aspecto terrible. El tono de su piel era cetrino.

—Esto... —dijo,  
señalando hacia los  
periódicos con la cabeza  
—, no es culpa tuya.

—Lo sé, pero, no  
obstante, no es lo ideal.

Él asintió  
bruscamente.

—Le he mandado un  
mensaje a Amber —  
murmuró, pasándose una  
mano por la cara—, para

explicárselo.

Yo incliné la cabeza, entendía que quisiera contárselo a la hermana de Lucy.

—¡Malditos paparazzi! —bramó, haciendo que me sobresaltase al golpear con fuerza la silla que tenía más cerca—. ¡Ojalá desapareciesen todos!

—Eres más o menos

famoso —comenté yo en tono amable y, a pesar de la tensión que reinaba en la habitación, conseguí esbozar una sonrisa.

Pero Jack no estaba para bromas, así que yo me puse seria también.

—La fiesta de mis padres...

—No tenía que haber ido.

La intensidad de su reacción me sorprendió. Entendía que estuviese disgustado, yo también lo estaba. Y el momento no podía ser peor, justo cuando nuestra relación estaba empezando a cambiar.

—Jack —lo llamé con voz firme, para volver a tener su atención—.

Tampoco es el fin del mundo, ¿no?

Él me miró fijamente y no supe si estaba pensando que yo no entendía nada o si solo trataba de tranquilizarse, no dijo nada más.

En cualquier caso, yo necesitaba cafeína, eso era seguro. Fui a la cocina y puse la cafetera en marcha, el ruido que



hacía era lo único que se oía en todo el piso. Cuando el café estuvo preparado, me serví una taza y le di un sorbo.

—¿Jack? —repetí.

Él me estaba mirando como si no me reconociese. Un mes antes, aquello me habría acobardado, pero en esos momentos, ya no.

—Maldita sea, Jack. No hay motivo para preocuparse, son solo habladoras. Podemos hacer como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Que no hay motivo para preocuparse? — repitió él, enfadado, con incredulidad—. ¿Que no hay motivo para preocuparse?

—Sí, eso he dicho. ¿A  
quién le importa lo que  
hagamos tú y yo? ¿Qué  
importa que estemos  
juntos? ¿Qué más da?

—Por favor... —dijo  
él, dándome la espalda.

—Te lo digo con toda  
sinceridad.

Di otro sorbo al café,  
pero como Jack seguía  
mirando por la ventana,

dejé la taza en la encimera de mármol, me acerqué a él y lo agarré del brazo para hacer que se girase y me mirase. Se mostraba frío y distante, pero yo sabía que sentía lo mismo que yo.

—Llevamos acostándonos juntos más de un mes, nos acostamos en el despacho de Clint Sheridan, en su casa. ¿En

ningún momento se te ocurrió pensar que antes o después alguien se iba a enterar?

—No lo pensé, la verdad —admitió Jack—. Si no, habría tenido más cuidado.

—¿Y por qué te preocupa tanto? —le pregunté.

Lo miré fijamente y

Jack apartó la vista. Tuve la sensación de que estaba frente al mar y veía un barco hundirse a lo lejos. No podía llegar a él. El océano lo estaba devorando y yo no podía alcanzarlo.

—¿Aparte de porque han invadido mi intimidad?

—Eres un chico grande, estás

acostumbrado a eso.  
¿Qué más? —insistí.

—Esto es demasiado  
—respondió, sacudiendo  
la cabeza, pasándose una  
mano por el rostro—.  
Gemma, mira... Tengo  
algo esta mañana y ya  
llego tarde.

—¿Algo? —repetí yo,  
molesta.

—Sí, algo. Un

desayuno.

—¿Me estás tomando el pelo?

Apoyé la mano en su pecho y él se quedó inmóvil un instante, sonriendo de manera tensa, y después retrocedió para romper el contacto.

—No tengas prisa por marcharte —añadió en tono frío, autoritario—.



Márchate cuando quieras.  
Hughes...

—¡Maldito Hughes! —  
exclamé yo, acercándome  
a él—. No te vas a  
deshacer de mí tan  
fácilmente, Jack. Estoy  
harta. Decídetes. Quieres  
estar conmigo y,  
entonces, nos acostamos  
y tú desapareces de  
repente.

Él apretó la mandíbula y yo deseé darle una bofetada.

—¿Qué más da que nos hayan fotografiado juntos saliendo de una fiesta? ¿Qué más da que piensen que tenemos una relación? ¡En realidad, estamos juntos!

Jack retrocedió como si yo hubiese cedido a la

tentación y acabase de abofetearlo de verdad.

—Nos acostamos, trabajamos juntos, nos conocemos a la perfección. ¿Cuál es el problema?

—Ahora no puedo mantener esta conversación.

Cuanto más me alteraba yo, más tranquilo parecía él. ¡Y

eso me encendía todavía más! Me sentía como un hámster en una de aquellas ruedas que no dejaban de girar, incapaz de bajar de ella.

—Tenemos que hablar  
—repliqué con voz temblorosa.

—Sí, es cierto.

Su confirmación me causó más miedo que

alivio.

—Pero este no es el momento. Tengo algo esta mañana, de verdad, Gemma.

Pero yo conocía su agenda, estaba al tanto de todos sus movimientos, y no recordaba que tuviese nada aquella mañana.

—¿El qué? ¿Adónde vas?

Él apartó la mirada, tal

vez con culpabilidad, y yo me pregunté si me estaba mintiendo. ¿Lo habría hecho para deshacerse de mí? ¿Tanto deseaba evitar la conversación que teníamos pendiente acerca de nuestra relación que se estaba inventando una excusa para deshacerse de mí?

Pensé que prefería marcharme a suplicarle que me amase, que era lo que en realidad me apetecía hacer.

Pero justo cuando por fin iba a salir corriendo, en el último momento, confesó:

—Es el cumpleaños de Lucy.

La noticia cayó ante mí

como una bomba y retrocedí.

—Siempre desayuno con Amber el día del cumpleaños de Lucy. Y dado esto... —continuó, mirando hacia los periódicos—, me parece que es mejor que no llegue tarde.

—Así que es el cumpleaños de Lucy —repetí en voz baja, con el



estómago encogido y el corazón todavía acelerado.

No lo había visto hasta aquel momento, pero mis ojos lo encontraron con facilidad en aquel instante, había un vaso con whisky en una esquina de la mesa.

Cerré los ojos.

Jack se acostaba con

mujeres para olvidarse de Lucy. Y eso era lo que había hecho la noche anterior.

De repente, sentí pánico.

—Por eso me necesitabas anoche — dije con voz ronca—, ¿verdad?

Había estado segura de que nuestra relación estaba avanzando, de que

Jack me buscaba porque me necesitaba, porque me echaba de menos.

Pero el motivo siempre había sido Lucy.

Vi angustia y emoción en su mirada, pero no me importó. Me di la vuelta y, de camino al dormitorio, me quité el albornoz. Mi ropa estaba tirada por el suelo, como

la había dejado la noche anterior.

Me puse el vestido directamente, sin molestarme en ponerme la ropa interior, con dedos temblorosos. Jack estaba en la puerta, lo oí llegar antes de verlo, pero continué con lo que estaba haciendo. Me puse los zapatos.

—¡Cómo he podido

ser tan idiota!  
Necesitabas aliviar tu  
dolor y por eso me  
buscaste anoche,  
¿verdad?

Él no respondió a mi  
pregunta, pero murmuró:

—¿No podemos  
esperar a mañana?

Aquello era lo peor  
que podía haber  
contestado.

Apreté los dientes y asentí, porque, a pesar de que estaba furiosa, sabía que era preferible no tomar decisiones en caliente.

—Eres un cerdo —murmuré, pasando por su lado y golpeándole el pecho con el hombro al hacerlo.

Fui hasta la puerta del

apartamento, pero después cambié de opinión y volví hasta donde estaba él. Lo empujé en el pecho y, con los ojos llenos de lágrimas, me puse de puntillas y le di un beso en los labios.

Lo castigué con mis labios y sollocé. Lo odiaba. Odiaba a Jack, odiaba a Lucy, lo odiaba

todo, pero necesitaba que Jack lo entendiese.

Me aparté de él y le dije:

—Se trata de ti y de mí, Jack, de nadie más. ¿Lo comprendes?

Él siguió inmóvil, con los brazos en jarras, y me respondió:

—Mañana —se repitió en voz baja, como si me



lo estuviese rogando.

Yo asentí.

Aunque sabía lo que me depararía el día siguiente.

Sería el principio del fin. De nuestro fin.

Mirase adonde mirase, Gemma estaba allí. Estaba en las sábanas arrugadas de mi cama, en

la toalla con la que me secaba después de darme una ducha, en el cepillo de dientes que había al lado del mío. Estaba en la taza de café que se había quedado a mitad en la cocina.

Pensé que Gemma tenía que haber estado muy disgustada para no haberse terminado el café, nunca dejaba ni

gota.

Sonreí sin darme cuenta, pero me obligué a ponerme serio.

Estaba delante de los periódicos una vez más y miré la fotografía de Lucy. Tenía la sensación de que me habían clavado un puñal en el corazón, aquel dolor me era familiar. Lucy había

estado feliz el día de nuestra boda, yo también. ¿Cómo íbamos a imaginar lo que nos depararía la vida?

Apoyé un dedo en aquella página, como si pudiese tocarle el pelo a Lucy, pero no era más que un conjunto de puntos negros sobre un papel gris.

Juré.

Entonces hice lo mismo con la fotografía de Gemma, que era más grande que la anterior. Posé los dedos en ella, justo debajo de la barbilla. Me fijé en cómo me miraba... y se me encogió el estómago.

Me maldije.

¡Y cómo la miraba yo!  
¿Cómo había podido

permitir que aquello llegase tan lejos? ¿Me había vuelto loco?

Arrugué el periódico, los tomé todos y los llevé a la basura.

Ojalá pudiese solucionar aquel embrollo tan fácilmente.

Tenía que ponerle fin.

Gemma se merecía algo mejor, no podía permitir que un hombre

que nunca podría darle lo que quería jugase con ella. Gemma quería mi corazón, pero este ya no me pertenecía. Se lo había entregado a Lucy... que se lo había llevado con ella.

*Ya no quiero las  
estrellas. Que las  
apaguen, que  
empaquen la luna y*

*desmantelen el sol.  
Que sequen el océano  
y barran los bosques.*

Jack estaba frente a mi escritorio cuando llegué al día siguiente, perfecto, con una camisa azul que le sentaba muy bien, pero yo seguía demasiado enfadada, demasiado triste, demasiado dolida.

La abuela me había



llamado un rato antes para preguntarme por mi amigo, y yo no había tenido valor para contarle que mi amigo iba a terminar con nuestra relación.

—¿Quieres un café?  
—me preguntó.

Yo negué con la cabeza, porque estaba segura de que cualquier

cosa que comiese o  
bebiese me sentaría mal.

—¿Qué tal el desayuno  
ayer? —contraataqué.

—Bien.

Estaba segura de que  
no había ido bien, pero  
Jack no quería hablar del  
tema. Y cuando Jack no  
quería hablar de algo, no  
se hablaba de ese tema.

Dejé el bolso en el  
suelo con más fuerza de

la necesaria y después metí la mano en él y saqué la funda de mi MacBook.

—Ayer me sorprendió mucho que saliésemos en la prensa.

—A mí también — admití, acercándome a la puerta y cerrándola con cerrojo.

—He tenido poco

cuidado. No tenía que haber permitido que las cosas fuesen tan lejos.

—Tonterías —  
repliqué yo—. Ninguno de los dos lo hemos podido evitar. Esa es la verdad. Llevamos trabajando juntos dos años, te conozco. Yo no soy otra de esas mujeres a las que llevas a casa para un revolcón.

—Eso es verdad —  
admitió Jack, mirándome  
a los ojos con tal  
intensidad que hizo que  
se me acelerase el  
corazón—, pero no  
tenemos ningún futuro.

Lo dijo de una manera  
automática, casi como si  
hubiese estado  
practicando.

—¿Por qué no? —le

pregunté.

No iba a permitir que terminase con lo nuestro tan fácilmente solo porque tenía miedo.

—No tenía la intención de tener una relación —admitió Jack.

—¿Y? Eso no cambia lo que somos.

—Lucy...

Yo lo interrumpí, sacudiendo la cabeza de

manera brusca.

—No quiero que hablemos de eso, de Lucy y de ti. No te pido que renuncies al amor que sientes por ella, pero pienso que puedes amarme a mí también. Puedes ser fiel a Lucy y hacerme un hueco en tu vida a mí.

Jack apretó la

mandíbula.

—Me casé con Lucy para toda la vida.

Asentí despacio, en esos momentos ya casi tenía el corazón en los pies.

—¿Incluso después de su muerte?

—Sí.

Jack no iba a ceder, iba a ser imposible hacerle cambiar de



opinión, así que intenté cambiar de enfoque.

—¿Y qué habría querido Lucy?

Jack se aclaró la garganta y me dio la espalda.

—Eso no importa.

—Yo pienso que sí — lo contradije con determinación—. Si vas a poner a esa mujer como

excusa para terminar con nuestra relación, deberías al menos fingir que te importa lo que ella habría querido para ti.

—Lucy tuvo solo unos meses para hacerse a la idea de lo que le iba a ocurrir —me dijo él—. No pudo enfrentarse a cómo viviría yo después de que ella muriese.

—Tonterías —objeté,

enfadada.

Él se mostró resignado, frustrado, cansado.

—Tú no la conocías, Gemma.

Me acerqué más y le dije en un susurro:

—Sé que cualquiera que haya estado enamorado querría que su pareja fuese feliz, no

que desperdiciase el resto de su vida.

Jack se puso recto mientras yo le hablaba, como si así pudiese evitar mis palabras.

—Eso no importa.

Su actitud fue tan arrogante y derrotista que estuve a punto de echarme a reír, pero estaba cansada, muy cansada. Aquella

discusión                      estaba  
agotando mis energías.

—¿Qué                      estamos  
haciendo? —inquirí.

Él se giró para  
mirarme de nuevo.

—Hace tiempo que me  
hago la misma pregunta  
—admitió.

—¿Qué significa para  
ti?

Lo vi cerrar los ojos

con fuerza, como si no estuviese preparado para hablar.

—Eres mi asesora legal —empezó.

Lo dijo con tanta preocupación que yo sentí ganas de llorar.

—Y mi amante —añadió.

Me quedé inmóvil, asimilando sus palabras.

—No puedo ser tu

asesora legal en horario de trabajo y tu amante después. Las cosas no funcionan así.

—¿Por qué no? —me preguntó—. A mí me parece bien.

—Pero yo quiero más.

—No puedo ofrecerte más —admitió Jack con toda sinceridad.

Apretó la mandíbula y

yo levanté un dedo para tocársela.

—Ya me has dado mucho más. ¿No te das cuenta? —le dije en tono amable.

—No es posible.

Tenía la mirada clavada al frente, la mandíbula apretada. Conocía bien a Jack Grant, lo comprendía. Sabía que cuando tomaba



una decisión era imposible hacerle cambiar de opinión.

Y supe que había llegado el final.

No obstante, una cosa era saberlo y, otra muy distinta, aceptarlo.

—¿Cómo es posible que pienses que es solo sexo?

Él sacudió la cabeza.

—Tenía que haber sido más cauto. Nunca podré ser lo que tú quieres.

—¿Y qué quiero? — insistí, acercándome al precipicio de nuestra relación.

Jack me miró a los ojos. Y me rompió el corazón.

Tomó mi mano y la

apretó.

—No soy tu novio. Ni quiero serlo. Y no quiero tener una relación seria. Solo quiero acostarme contigo.

Aquello no pudo dolerme más, era insoportable, pero sabía que me lo merecía. Así era más fácil aceptar la verdad.

Levanté el rostro.

Tenía la mirada nublada por el dolor.

—Entonces, ¿hemos terminado?

—Sí —respondió él en tono emocionado.

No pude hablar. Esperé, conté hasta veinte en inglés, francés y ruso, y después saqué el ordenador y el documento que había

imprimido esa misma mañana.

—Este es el currículum de Carrie Johnson. Vendrá a hablar contigo a la hora de la comida.

Jack frunció el ceño, el repentino cambio de conversación lo había sorprendido, como si hubiese esperado que yo continuase discutiendo,

luchando por lo nuestro.

—¿Para qué? —  
preguntó, sin mirar el  
currículum.

—Para sustituirme.

Pasó un segundo hasta  
que ambos absorbimos el  
significado de aquella  
frase.

—Es una profesional  
excelente. Muy  
cualificada. Te gustará.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Es evidente que no puedo continuar trabajando para ti —le dije en tono decidido, cerrando la funda del ordenador con dedos temblorosos.

Me temblaban las manos, no podía fingir que estaba tranquila.

—No digas tonterías, Gemma. No puede ser.

—Que lo pienses hace que esté todavía más segura de mi decisión.

Me maldije, noté que las lágrimas corrían por mi rostro, pero me dio igual. Ya no me importaba nada.

Metí el ordenador en el bolso.



—Llevas dos años trabajando para mí. No puedes... solo porque... no puedes dimitir. No puedes dejarme.

¿Dejarlo? ¿Cómo podía decirme aquello, si me estaba dejando él a mí? Me mordí la lengua. No quería llorar más.

—No puedo seguir trabajando para ti, Jack.

Ni un minuto más.

Él me miró  
horrorizado.

—¿Y por qué no?  
Somos un equipo, ¿no?

—Sí, en la cama, y en  
la sala de juntas, pero no  
en la vida real.

Él tiró el currículum  
por los aires.

—No quiero a la tal...  
Carrie Comosellame.

—Vas a necesitar a

alguien, y esta tiene lo que hace falta para soportarte. Además, tiene unas piernas de infarto y un bonito trasero. Seguro que en una semana la tienes metida en la cama.

—Por favor, Gemma —dijo él, pasándose la mano por el pelo—. No hagas eso. Da la sensación de que eso es

lo único que hemos  
tenido...

—No lo he dicho yo,  
lo has dicho tú —  
repliqué enfadada—.  
Acabas de decir que  
somos amantes. Y  
trabajamos juntos.

Jack echó la cabeza  
hacia atrás y gimió.

—Quédate al menos  
una semana. Tenemos  
que esperar a calmarnos

un poco.

—No puedo.

—¿Por qué no? Solo una semana. Siete días.

—No se trata de eso, sino de mí, de mi corazón. Tal vez para ti solo haya sido sexo, pero para mí... lo es todo. Me he enamorado de ti, Jack. Te amo.

Esperé. Una parte de

mí aguardó esperanzada,  
esperanzada y  
desesperada también.

Pero Jack no  
respondió. Me miró  
fijamente, yo lo miré a él  
y, al no obtener ninguna  
reacción por su parte, me  
colgué el bolso del  
hombro y salí del  
despacho, con la cabeza  
agachada, sin tan siquiera  
darme cuenta de que

Hughes pasaba por mi  
lado.

Estaba destrozada.

## Capítulo 13

*Tenemos que hablar.*

El mensaje llegó a las tres de la madrugada. Lo leí y se me aceleró el corazón, se me saltaron las lágrimas, eso último me enfadó.



Lo borré y apagué el teléfono.

Cuando desperté, casi lo había olvidado. Preparé café, encendí el teléfono, e inmediatamente entraron cuatro mensajes más de Jack.

*No me puedes ignorar.*

*Lo de ayer me*

*sorprendió. No  
reaccioné bien.*

*¿Quedamos hoy a  
comer?*

*Por favor.*

Volví a apagar el teléfono y lo dejé en casa antes de salir. Después de haber estado atada a Jack, al teléfono, al ordenador durante los dos últimos años, por fin

había abierto los ojos. Y estaba empezando a ver.

Salí de Hampstead y atravesé Regent's Park hasta llegar al Museo Británico. No había estado allí desde que era adolescente y paseé por las salas con otra actitud, con la dosis perfecta de perspectiva. Al ver las tumbas egipcias, las momias tan bien

conservadas, los sarcófagos, me di cuenta de que solo era una persona.

Y Jack, otra.

Y que la vida era larga y estaba llena de aventuras.

Sentirme filosófica me hizo sonreír mientras salía, pero tenía el corazón roto, y entonces

me crucé con un hombre que debía de utilizar la misma loción de afeitado que Jack.

Abatida, me dirigí hacia mi restaurante favorito en Dean Street, me senté a la barra y comí un asado con una copa de vino mientras miraba pasar a la gente por la calle.

Después fui al cine y

volví paseando a casa.

Cuando por fin llegué estaba agotada y no estaba de humor para el enorme ramo de ranúnculos que había en la puerta. Sabía que era de Jack, así que pasé por encima con cuidado de no tocarlo ni con la punta del zapato.

Ya pensaría qué hacer

con él a la mañana siguiente. Cuando tuviese más energía. Con un poco de suerte, para entonces alguien me las habría robado.

Miré el teléfono como si fuese una granada de mano. No supe si encenderlo o tirarlo a la basura.

Supe que me estaba comportando como una

cobarde, pero lo dejé apagado. Les mandé un correo electrónico a mi abuela y a mi madre, advirtiéndoles de que había perdido el teléfono y que me escribiesen si había alguna emergencia, y me metí en la cama sin cenar.

Estaba destrozada.

A la mañana siguiente,



me despertaron unos golpes en la puerta.

Supe que era Jack porque nadie más iba a llamar golpeando la puerta con toda la palma de la mano, como si tuviese derecho a molestarme cuando le diese la gana.

Hice caso omiso, pero tenía ganas de llorar otra vez.

Oí su voz apagada,  
hablándole directamente  
a mi alma. Llamando mi  
nombre.

Me hundí todavía más  
bajo el edredón y enterré  
la cabeza debajo de la  
almohada.

Pero continué  
oyéndolo, maldecía en  
voz muy alta.

Hasta que, por fin, se

marchó.

Me quedé todo el día en la cama. Dormité, me dediqué a clavar la vista en la pared, volví a dormir. Nunca antes había estado enamorada y era la primera vez que me rompían el corazón, así que no tenía ni idea de si aquello era normal.

Me sentía rota en mil pedazos y no tenía

fuerzas para  
reconstruirme. En un  
momento dado tuve  
hambre y me dije que  
aquello tenía que ser una  
buena señal.

Saqué los pies de la  
cama, me puse un chal  
sobre los hombros al  
pasar por delante del  
vestidor, me vi en el  
espejo del pasillo e hice

una mueca.

Estaba pálida, despeinada, tenía los ojos enrojecidos y los labios arrugados.

Mi aspecto era terrible.

Hacía días que no iba a la compra, pero tenía sopa de sobre en la despensa. Miré la fecha de caducidad y vi que solo hacía dos meses que

había caducado, me dije que seguro que tenía sodio suficiente para resucitar a un muerto.

Vertí el contenido en una taza y la miré fijamente mientras esperaba a que el agua empezase a hervir.

Tuve la sensación de que tardaba una eternidad y entonces, después de

varios minutos, me di cuenta de que ni siquiera había puesto el agua a calentar.

Juré entre dientes y lo hice. El agua empezó a calentarse por fin y yo esperé, golpeando la encimera con los dedos, hasta que empezó a hervir, eché el agua en la taza y removí la sopa con un tenedor.

Mientras me tomaba la sopa, que no estaba tan mala como había esperado, recordé que le había dicho a mi madre que podía contactarme por correo electrónico. Así que decidí encender el ordenador por si acaso me había escrito.

Borré los correos de Jack sin leerlos.



Sentía curiosidad, pero sabía que nada de lo que dijese iba a cambiar lo que había ocurrido. Aunque Jack quisiese encontrar el modo de sentirse mejor, no se lo iba a permitir. Me había hecho daño y no iba a ser yo quien aliviase su culpa.

Me obligué a

concentrarme en otros correos para olvidarme de Jack. Había uno de la abuela y sonreí al imaginármela escribiéndolo en el iPad que le había regalado por Navidad. Debía de haber tardado una hora.

*Cariño:*

*Estoy preocupada.*

*No sé cómo*

*explicarlo, pero hace días que tengo un mal presentimiento. Y estoy segura de que tiene algo que ver contigo.*

*¿Podrías llamarme mañana?*

*Un beso, la abuela.*

Sentí que no podía quererla más. Era cierto que estábamos

conectadas, y que la abuela siempre sabía cuándo me ocurría algo.

*Todo va bien, pero te llamaré mañana. Te quiero.*

Apagué el ordenador y me terminé la sopa. Estaba agotada, pero no tenía sueño. Había estado dormitando todo el día, así que era normal. Encendí la televisión y

me pasé varias horas viéndola antes de volver al nido.

Me desperté con el sol, pensé en Jack y eso me hizo saltar de la cama. Estaba segura de que no iba a volver a golpear mi puerta.

Me puse ropa de deporte y al salir de casa el viento me golpeó la

cara. Intenté no pisar las flores y decidí que me ocuparía de ellas cuando regresase. Cerré la puerta con llave y empecé a correr por el estrecho camino que llevaba hasta la calle de las cafeterías.

Aunque no pretendía quedarme en Hampstead. Estaba demasiado cerca de Jack.

Tomé un taxi y le pedí que me llevase al Soho, donde me perdí entre la multitud, pero después de un rato necesité apoyarme en una pared.

De repente, el dolor era agudo y visceral.

Lo nuestro, fuese lo que fuese, se había terminado. Sentí que me partían el pecho por la

mitad, de un solo tajo.

Ya no quería estar rodeada de gente.

Me acerqué a la calle y levanté la mano para tomar un taxi, que se detuvo en la parada de un autobús. Llegó el autobús y el conductor nos comunicó su enfado tocando el claxon. Yo le hice un gesto con la mano, le di mi dirección



al taxista y me dejé caer en el asiento.

Debí de quedarme dormida, porque la voz del taxista me despertó al llegar a casa y me sobresalté.

—Gracias.

Pagué con la tarjeta de crédito y salí. Era primera hora de la tarde y me rugió el estómago

del hambre. Al final no había desayunado, pero no me había dado cuenta hasta ese momento. Volví a esquivar las flores una vez más, prometiéndome que las tiraría pronto, y cerré la puerta tras de mí.

Llevaba diez minutos en casa cuando llamaron a la puerta.

Se me aceleró el corazón.

Sabía que era Jack.

Me miré en el espejo que tenía enfrente. Seguía pálida, pero al menos me había peinado por la mañana y no estaba en pijama.

—Abre la puerta, Gemma.

Se me encogió el corazón. Siempre me había sentido fuerte en la

vida, pero, en aquellos momentos, no sabía si podría hacer aquello. No sabía si podría mirar a Jack sabiendo que no podía tocarlo, que lo nuestro se había terminado.

—¿Gemma? Me quedaré aquí todo el maldito día si hace falta.

No dudé de su sinceridad.

Pensé en los vecinos y decidí abrirle.

Y me quedé sin aliento al verlo. Porque estaba como era él, guapo, fuerte y poderoso, y porque parecía seguro de sí mismo, tranquilo.

Me miró, estudió todo mi rostro con sus ojos oscuros, recorriendo mis mejillas, mis labios, el

cuello, y vuelta a subir. Parpadeó, como para aclararse las ideas, y entonces dijo:

—Estás en casa.

Fruncí el ceño y mantuve la mano apoyada en la puerta, como si mi vida dependiese de ello.

—Sí.

Se inclinó y recogió las flores, que habían empezado a marchitarse.

Me dieron pena, sentí haberlas recibido de un modo tan frío.

Aquello no era culpa suya.

Entrecerré los ojos, tenía el corazón acelerado y roto al mismo tiempo, era como si hubiese una terrible tormenta en mi interior.

—¿Qué quieres, Jack?

Lo vi tragar saliva y me resistí a ponérselo fácil.

—¿Puedo pasar?

La pregunta hizo que me ardiera la sangre en las venas, pero me resultó tan extraña, viniendo de Jack, que me planteé dejarlo entrar. No lo hice.

—No.



Él me miró con exasperación.

—El otro día reaccioné muy mal. Lo siento.

Era cierto, pero eso no cambiaba nada. Tal vez, en otra ocasión, Jack habría encontrado la manera de ablandarme, pero no había nada que pudiese alterar la

realidad. Yo lo amaba y, cuando se lo había dicho, Jack había querido que me marchase.

Enderecé la espalda al recordarlo.

—No pasa nada —le contesté, consiguiendo esbozar una sonrisa—. Otra experiencia más en la vida, hay que pasar página.

Él gimió y sacudió la

cabeza.

—Yo no quiero pasar página.

—Has sido tú quien ha terminado conmigo —le recordé, decidida a no volver a llorar.

—Pero no quería hacerlo —me aseguró, mirándome a los ojos.

A mí se me encogió el corazón.

—Te asustaste al ver que salíamos en los periódicos.

—Era el cumpleaños de Lucy —se excusó—. Supongo que es comprensible que no era el mejor momento.

—La noche anterior me habías utilizado para olvidarla —le recordé, cerrando los ojos un

instante porque no podía soportarlo más—, mientras que yo pensaba que habías venido a verme a mí.

Jack aprovechó aquel momento de debilidad para empujar la puerta, tomar mi rostro con ambas manos y sujetarme mientras me besaba como si su vida dependiese de ello.

Como si aquello fuese lo más importante que había hecho jamás.

Me besó apasionadamente y yo sollocé y le devolví el beso, pero solo un instante. Entonces apoyé las manos en su pecho y lo empujé, y descansé la espalda en la pared mientras recuperaba la

respiración. Él me miró fijamente y cerró la puerta. Las flores volvían a estar en el suelo, pero en esa ocasión dentro de casa, entre mis pies.

—Me dijiste que me amabas.

Me lo recordó como si me estuviese retando a negarlo. Y yo no pude llevarle la contraria.

—Sí, ya me acuerdo.

—¿Y? —preguntó  
Jack—. ¿Es verdad?

—Déjame en paz, Jack  
—le pedí, enterrando el  
rostro entre las manos.

Me agarró las muñecas  
para bajar mis manos y  
poder verme la cara, y lo  
tuve tan cerca que deseé  
abrazarme a él a pesar de  
saber que no debía  
hacerlo. Lo que tenía que



hacer era pedirle que saliese de mi casa.

—He estado pensando en el amor, en que es algo que no se puede rechazar —continuó—. ¿Piensas que estás enamorada de mí? Pues demuéstramelo.

Tomé aire y lo miré a los ojos. Me estaba acariciando las muñecas y me estaba sujetando

con las piernas. Si no hubiese estado allí, me habría caído al suelo.

—No me des la espalda.

—Pero si has sido tú el que me ha dicho que no tenemos futuro — balbucí—. No puedo estar contigo. Ni puedo trabajar para ti.

Jack asintió, pero

levantó una mano y me acarició la mejilla.

—Cuando conocí a Lucy, fue un flechazo.

Aparté el rostro, sus palabras me dolían y no quería mirarlo. El dolor seguía siendo intenso. Quería apartarlo de mí, pero estaba tan serio, y a mí me gustaba tanto castigarme, que me quedé donde estaba, consciente

de que el hombre del que estaba perdidamente enamorada me estaba hablando de su esposa.

—Pero también fue un amor egoísta. La amé porque ella me necesitaba. Me hacía sentir como si fuese el centro de su mundo, y aquella sensación se convirtió en un vicio.

Me miró a los ojos, me traspasó hasta el alma. Y yo me sentí expuesta y avergonzada, porque solo podía sentir resentimiento por su difunta esposa.

—Quise salvarla. Me necesitaba y yo pensé que aquello era amor. No sabía que pudiese ser tan diferente.

Sus palabras me hicieron dudar.

—¿Qué quieres decir?  
—pregunté.

—Que siento como si alguien me hubiese hurgado en el pecho — me contestó, agarrando mi mano y llevándosela al corazón—. Estoy vacío aquí. Me despierto por las mañanas y pienso

que no voy a poder sobrevivir otro día más sin ti.

Me miró todavía más intensamente a los ojos, y esperó.

—Han pasado tres días, y no puedo vivir ni uno más sin ti. No sé cuándo empezaste a ser el motivo de mi existencia, Gemma, pero lo eres.

Sentí ganas de llorar y volví a apartar la mirada, tragué saliva, dolida, y quise sentirme esperanzada, pero mi cerebro no me lo iba a permitir.

—Si es solo buen sexo —le dije en tono gélido.

—Sé lo que es el buen sexo —me contradijo él —.  
Conozco



perfectamente la  
diferencia entre el buen  
sexo y lo nuestro —me  
aseguró Jack.

Yo me ruboricé y  
sacudí la cabeza.

—Lo dices porque no  
esperabas que te dejase.  
Te creo cuando dices que  
me echas de menos.  
Echas de menos acostarte  
conmigo. Y me echas de  
menos en el trabajo. Pero

nada de eso es amor.

Me obligué a mirarlo a los ojos y me arrepentí de lo que le había dicho. Porque el amor que yo sentía por él era suficiente para los dos.

—¿Cómo puedes decir eso?

Gemí con frustración.

—¿Que cómo puedo decirlo? ¡Has sido tú el

que lo ha dicho! Y pienso que tenías razón, que eso es lo que sientes.

—Me equivoqué. He sido un idiota. Pensaba que no podría volver a amar, pero estaba equivocado y tú me has cambiado la vida en dos años. No voy a permitir que me dejes. No debí permitir que te marcharas.

Tragué saliva e intenté comprender lo que Jack me decía.

—No te creo. Una cosa es que no soportes que te haya dejado y, otra muy distinta, que quieras... que estemos juntos.

—Es cierto, quería que fuésemos amantes y poder seguir trabajando

contigo como si nada hubiese ocurrido.

Asentí y me puse a temblar. De repente, me di cuenta de que no había encendido la calefacción y hacía frío en casa.

—Lo sé. Y a ti te ha funcionado muy bien. Eras capaz de desconectar cuando te convenía. Eso tampoco es amor.

—No, en realidad no podía desconectar, ese es el problema. Desde la primera vez que nos besamos, solo he podido pensar en ti. Me pasé todo el viaje a Tokio contando los minutos que faltaban para volver a verte. Cuando entraste en la sala de reuniones y te mostrarte tan fría, como

si casi no recordases cómo me llamaba, que te había hecho mía contra la pared de mi despacho... Gemma... He sido tuyo desde entonces, completamente tuyo.

A mí se me escapó un sollozo.

Jack parecía sincero, pero mi cerebro no lo quería creer.

—Lo he estropeado

todo. Y lo sé. No estaba preparado para lo que me ocurrió con Lucy y sé que habrá días en que no estaré tan bien como otros, días en los que recordaré la tragedia de su pérdida.

—Lo sé —susurré—.  
Es natural.

—El día de su cumpleaños, es duro —



continuó él—. Pienso que tendría que estar celebrándolo con ella y, sin embargo... Es uno de esos días en los que más noto su ausencia.

Su mirada estaba perdida.

—Lo más duro de darme cuenta de que te amo es aceptar que siempre voy a sentirme así. Tengo la sensación

de estar traicionándola al estar contigo, al amarte a ti.

—No —le dije, negando con la cabeza, triste por él—. Yo no quiero que elijas entre ella y yo. Somos diferentes y tu amor por nosotras es distinto. No tienes que ocultarme tu tristeza. ¿No lo

entiendes? Te amo, Jack, y eso significa que te amo también cuando estás triste, perdido y solo. Y que también te amo cuando echas de menos a Lucy.

Él me miró con sorpresa, como si jamás hubiese imaginado que diría aquello.

—A Lucy no le habría gustado nada cómo te he

tratado —admitió—. Le habría encantado que me enamorase de ti. Le habrías encantado tú.

Me acarició la mejilla. Acercó los labios a los míos. Estaban tan cerca, que respiré profundamente y casi pude saborearlos.

—Me gustas —susurró Jack—. Me gusta que

bebas casi tanto café como yo. Me gusta que no te aprendas ninguna canción. Me gusta que no me tolere ninguna tontería. Me gusta cómo utilizas ese magnífico cerebro y me agotas con tus razonamientos. Me gusta que me veas tal y como soy. Y que pienses que merece la pena amarme.

Era cierto, merecía la pena amarlo, pero todo era muy complicado.

Me mordí el labio y lo miré con otros ojos.

—No estaba preparada... para que lo nuestro se terminase. Para mí nunca ha sido solo sexo —le confesé.

—No, para mí tampoco —admitió Jack,

tocando mi mejilla y  
hablándome directamente  
de corazón a corazón.

Me dio un beso en la  
punta de la nariz, como  
había hecho después de  
la fiesta de mis padres, y  
se me encogió el  
corazón.

—Sé que en la vida y  
en el amor no hay  
garantías, Gemma. Lo sé  
mejor que nadie. No

obstante, no quiero desperdiciar ni un segundo más, quiero estar contigo. ¿Qué me dices?

—¿Acerca de qué? —  
le pregunté, sonriendo.

—Hagámoslo.

—¿El qué? —contesté,  
sonriendo.

—Vivir. Juntos. Tú y yo. Mientras dure. No



desperdiciemos ni un día más —me respondió, dándome un abrazo—. Quiero estar contigo. Te quiero a ti.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo casi desde que había salido del despacho tres días antes.

—Hagámoslo —le dije, sonriendo de oreja a oreja.

Nunca me había  
sentido tan bien.

Yo era Gemma y él,  
Jack, y por fin nos  
habíamos encontrado.

# Epílogo

—¿Gemma?      ¿Estás  
ahí?

Era extraño, pero  
después del tiempo que  
había estado trabajando  
para él, nunca había  
estado en aquella parte

de la casa. La misteriosa  
ala privada de la  
mansión. Y en esos  
momentos me pasaba  
casi todo el día allí, en  
su dormitorio, en su  
cocina, en su salón. Casi  
no nos habíamos  
separado en tres  
semanas, cuando Jack  
había venido a buscarme  
y había quebrado todas  
mis defensas.

—¿Sí?

Dejé el ordenador y me puse en pie, con un cosquilleo en el estómago.

Jack entró y yo contuve la respiración, como siempre, al verlo tan guapo. Iba vestido con unos pantalones vaqueros oscuros y una sencilla camiseta blanca,

estaba muy masculino, atractivo. Sin pensarlo, me acerqué a él, deseosa de tocarlo, de probarlo.

Él me leyó el pensamiento y se echó a reír.

—¡Espera a oír lo que tengo que decirte! —me advirtió. Pero al mismo tiempo me atrajo hacia él, metió las manos por debajo de mi camisa y

las apoyó en mis caderas.  
Gimió ligeramente al  
sentir mi piel, lo mismo  
que yo.

Lo comprendía.

Aquello, estar  
desnudos, tocándonos,  
era lo que  
necesitábamos.

—¿Recuerdas que  
tenía un presentimiento  
con respecto a Ryan?

Tardé unos segundos en recordar que, estando en Australia, Jack me había comentado que algo no le cuadraba.

—¿Sí?

Le brillaban los ojos y yo no entendía el motivo.

—Bueno, pues he pensado que tú serías una estupenda candidata para ocupar su puesto.



Lo miré confundida y emocionada al mismo tiempo.

—¿Se ha marchado?

—pregunté.

—Sí. No lo ha podido aguantar. Es un trabajo difícil. Y necesito a alguien en quien pueda confiar.

La idea me atrajo en aquel mismo instante.

Empezar de cero con la oficina de Australia sería un reto pero, no obstante...

—Australia está muy lejos —comenté, por si mi atractivo y sexy amante no se había dado cuenta de los problemas de logística que íbamos a tener.

—Está lejos de Londres, sí, pero

podríamos venir siempre  
que quisieras.

—¿Podríamos? —  
pregunté, mirándolo  
fijamente a los ojos.

Él sonrió y yo contuve  
la respiración.

—¿Por qué no?

Tiró de mi camisa  
para quitármela por la  
cabeza y me acarició de  
arriba abajo la espalda

desnuda.

—¿No pensarás que voy a permitir que te marches a Sídney sin mí?

Lo miré y me pregunté si se había vuelto un poco loco.

—Jack, tu negocio está aquí.

—Mi negocio soy yo  
—contestó él,  
encogiéndose de  
hombros—. Puedo viajar

siempre que sea necesario. O que los demás vengán a verme a mí. Pero la que tiene que disfrutar antes de sentar la cabeza del todo, eres tú, Gemma.

—Espera... —lo interrumpí, de repente, lo entendí—. ¿Has hablado con mi abuela?

Él asintió.

—Ajá.

Bajó los labios a mi clavícula. Me agarré a su camisa y me sentí feliz.

—Me ha llamado cuando se ha enterado de lo nuestro.

Me eché a reír.

—La verdad es que eso no me sorprende.

—Y me ha dado una lista de lo que quiere

para cuando venga a visitarnos.

—No me lo puedo creer.

—Le he dicho que siempre será bienvenida, y que podrá quedarse el tiempo que quiera. Me parece que va a instalarse un año o dos en la habitación de invitados.

Sacudí la cabeza,

riendo, pero Jack se acercó más.

—Tengo un apartamento justo en el piso de abajo —susurró—, así tu abuela no invadirá nuestra intimidad.

Asentí, agradecida por su comprensión.

—Pero, Jack, es un gran cambio. ¿Estás



seguro...?

—La vida es demasiado corta, Gem. ¿Quieres viajar? ¿Quieres ver mundo? Pues hagámoslo. Si no nos gusta, siempre podemos volver.

Me agarró por la cintura y me llevó hasta su dormitorio.

Nuestro dormitorio, el de verdad, el que

habíamos ocupado desde el día que Jack había venido a buscarme a casa.

—Aunque si necesitas que te convenza...

No me hacía falta, pero noté sus labios en el pecho y no pude responder. Asentí y murmuré algo incoherente mientras Jack

me acariciaba con los labios y me hacía vibrar y sentir calor por todo el cuerpo.

Me imaginé nuestra casa en Sídney, nuestro amor, y me deshice entre sus brazos, sabiendo que, viviésemos                    donde viviésemos,            seríamos felices.

Durante el resto de nuestras vidas.

